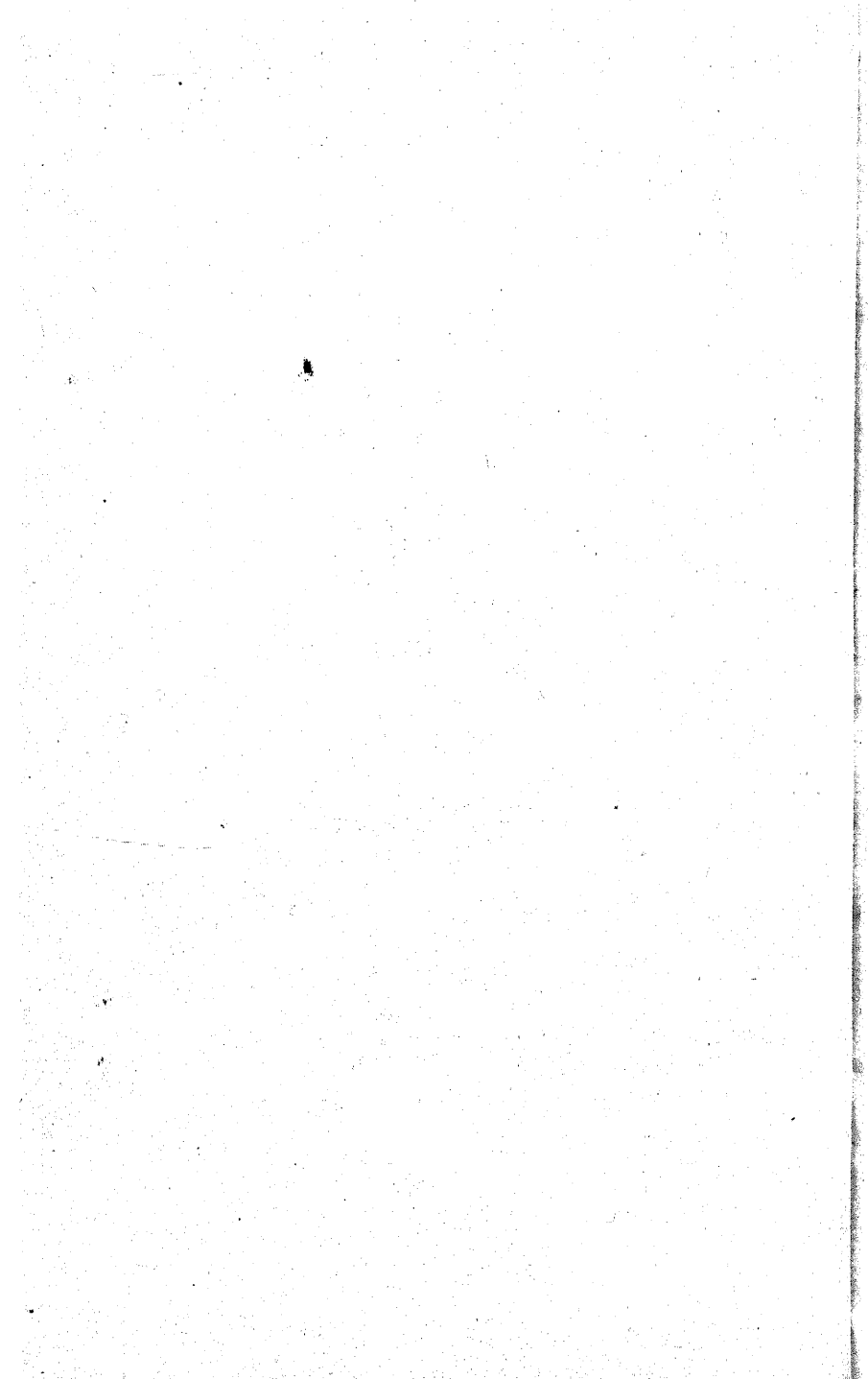




La Leyenda Tradicional.

TOMO SETIMO.



CASOS Y COSAS.

*Al Excmo Sr. D. Joaquin de
Zoroban y Soler
en testimonio de respeto y adhesión
de autores*

1. *Staphylinus* *Staphylinus*

Staphylinus *Staphylinus*

Staphylinus *Staphylinus*

Staphylinus *Staphylinus*

CASOS Y COSAS,

NOVELA ORIGINAL

DE

José I. Soler de la Fuente.



GRANADA.

IMPRESA Y LIBRERIA DE D. JOSE MARIA ZAMORA, editor.

1853.



—●●—
Es propiedad de su editor.
—●●—

~~Si se quiere~~
Dos y mas palabras á guisa de introduccion,
prólogo ó prefacio.

Como á la derecha mano de la cuesta que nombran de la Alhacaba, en la muy noble, muy leal y muy heróica ciudad de Granada, que comenzando en la *Plaza del Triunfo* conduce á la *Plaza Larga* en el Albaicin, hay un carcomido lienzo de muralla, resto de la fortaleza antigua á que dieron los árabes el nombre de *Alcazaba-Cadima*.

Detrás de estos murallones se encuentra en la actualidad una pequeña esplanada, donde existen las ruinas de algunas casas y un pequeño aljibe: la esplanada es conocida con el abstracto nombre de *las Minas*, y el aljibe por el de *la Gitana*.

Si tú, lector carísimo, fueses dado á la *arqueología*, la misma afición te habrá ya conducido á este lugar, que sin duda has recorrido con la siniestra mano en las narices y á paso de podenco escapado; mas si por el contrario, te ocupas de desenterrar antigüedades, tanto como yo de cuestiones diplomáticas, es seguro no habrás padecido tropiezo alguno en las cuestas del Albaicín.

Sin embargo, como pudieras ser devoto de nuestro Señor San Nicolás y subir á la iglesia, segun recuerdo me obligaba mi madre á hacerlo en su compañía, alguno de los dias 6 de cada mes, te aconsejo que dediques un rato de aquel en que no sientas tan cálido tu fervor, y salgas por consiguiente mas temprano de la iglesia para visitar aquellos contornos, y conocer el sitio donde acontecieron los principales sucesos de la historia ó cuento que he tenido la desgracia de escribir; lo cual no te hará

ganar indulgencias, pero tampoco te estará de sobra, suponiendo como supongo que no andarás falto de ellas, siendo devoto del arzobispo antiguo de Bari.

Una vez allí, no podrás menos de interesarte y deplorar conmigo el ruinoso estado en que vendrá á reducirse aquella poblacion dentro de algunos años.

El cuadro desolador que se presenta ante tus ojos, es un claro espejo donde refleja su desastroso porvenir.

Si, lector amantísimo, el Albaicin, ese rico y pobladísimo arrabal, centro en otros mas felices dias de la industria y riqueza granadina, será pasados algunos mas un monton de escombros é inmundicias, del que habrá que retirar la vista por no lastimar el alma con la presencia de los estragos de la destruccion, como sucede en *las Minas*... pero alto allá, que no pretendo calificar si la causa de este abandono es justa ó inmotivada; á otro corresponde el resolverla, que á mí únicamente atañe referirte la novela del mejor modo que mi escaso entendimiento me permita y Dios me diere á entender.

Mis intenciones al conducirte á este lugar no son otras que las que ya no desconoces cuando leas este renglon: es un re-

curso tan bueno como el mejor para hacer mas interesante mi narracion y que supla la verdad lo que le falta de ingenio.

Y aqui tienes mi prólogo : si te parece corto, ó mas bien, si no te pareciese su forma muy adecuada al objeto, puedes hacerlo tú mismo cuando hayas leído los capítulos que siguen; en el supuesto de que no encuentre mejor prólogo que el que se queda por escribir.

Con que á Dios y á ventura: librete de males y no de bienes, y concédame á mí la gracia de tenerla para entretenerte hasta el fin (no de los siglos, si no de mi novela), sacándola en paz de los trabajos que le aguardan en el mundo donde existe el padre que la engendró, que á juzgar por los suyos, tiene ya encima de sus renglones mas calamidades y plagas que acosaron á Egipto y otros pueblos, que sin ser Egipto^{tes} ni judios, no les fueron en zaga en esto de calamidades y plagas, con aumentos de males y no de gracia, en honra y gloria del prógimo, nuestro mayor enemigo.

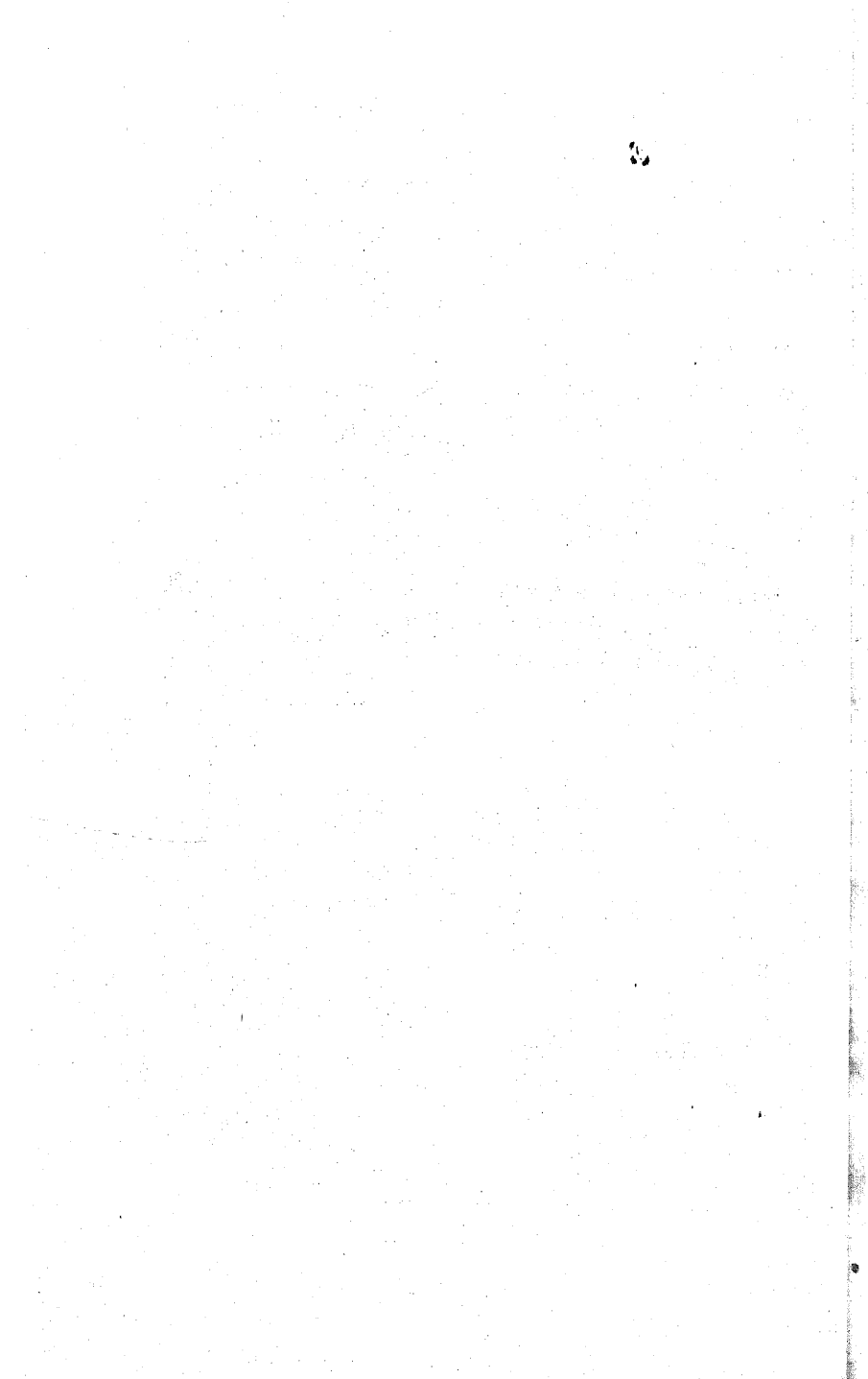
Ya debiera aqui concluir, pero me ocurre una advertencia que hacerte y no quiero dejarla en el tintero, y que me eche á perder la tinta, toda vez que llegue como lle-

gará si no la saco á un estado de putrefaccion: *Eccola qua*.

Si no te place mi libro, porque no es *pelucona* de Carlos III, pásalo de corrido; te aseguro que no se ofenderá mi amor propio, pero te aconsejo, por el bien de tu alma, que en semejante caso no hables mal de sus propiedades, ó cuando menos, añade por contera de tu censura, que no te has tomado el trabajo de leerlo, y Dios te tomará esta verdad en cuenta de tus pecados.

Con lo que se acaban las dos y mas palabras á guisa de introduccion, prólogo ó prefacio.





CAPÍTULO PRIMERO.

Donde sin preámbulos ni circunloquios se presentan en escena tres de los principales personajes de esta historia, ó hablando propiamente, cuatro.

Era el día 25 de diciembre del año de gracia de 1568, ó de otro modo, el primero de la Pascua que celebran los cristianos en conmemoracion del Nacimiento de Nuestro Redentor.

El reloj de la catedral daba las cinco de la tarde, y la plaza Nueva aparecia llena de gente agrupada en diferentes corrillos, donde se veian confundidos artesanos, frailes, alguaciles, aventureros de los tercios que pocos dias antes habian entrado en Granada

á las órdenes del marqués de Mondejar, y un sin número de vagos, cuya semilla en todas épocas ha sido abundante y productiva, sin otra mision en este mundo que la de llevar y traer, comentar, censurar y darse lustre al calzado y autoridad á su persona, vulgo, tono.

El que quiera noticias mas frescas sobre esta clase de polilla, de la que nada dice Buffon en su tratado de insectos, podrá ser satisfecho cumplidamente en la segunda mitad del siglo XIX; pero se advierte que no las busquen en los registros de la policia.

Volvamos á la historia.

A dichas horas, por lo regular, solia encontrarse la plaza del modo que la he presentado. Era el punto céntrico de todos los conocidos y amigos, donde se juntaban á tratar de sus asuntos, ó á darse cuenta de las noticias que durante el dia habian circulado por la capital.

Giraba entonces la conversacion de la mayor parte de los corros, por estar *à la derniere*, como ahora se diria, sobre el levantamiento de la taba ó distrito de Ugijar y los martirios que habian sufrido el párroco y feligreses victimas inocentes de la insurreccion morisca; asi como la proclamacion del veinticuatro don Fernando de Valor por rey de Granada, con el nombre de Aben-Humeya.

Mientras que los diferentes comentarios que se hacian desfiguraban completamente estos sucesos, iba de grupo en grupo una gitana sonando continuamente una engalanada pandereta que levantaba en su diestra mano, y pidiendo al propio tiempo con suma gracia la limosna que el agrado, benevolencia ó fortuna

de los circunstantes quisiera trocar en cambio del secreto que prometia revelarles acerca de su oscuro porvenir.

En uno de estos corros, que estaba próximo á la calle de *Gomeles*, no rendian el menor culto á las circunstancias actuales, y su plática versaba sobre muy distinta materia. Formaban este grupo un buen mozo, de enroscado bigote, morena tez, ojos atrevidos, larga, negra y suelta melena, coronada de un sombrero gris de grandes alas, con enhiesta pluma roja sujeta por un broche de diamantes; buena estatura, nervudos brazos y aire marcial y franco. Componian el resto de su traje un jubon encarnado, colete amarillo con valona y puños grandes y tiesos, calzon pardo, calzas verdes y zapatos con enormes lazos rojos.

Trascendia desde una legua á forastero... pero antes de entrometerme en sus asuntos particulares debo añadir á esta descripcion amalgamada, una tizona eminentemente larga, metida en una vieja vaina de cuero, de angosta y abollada contera que sobresalia notablemente por bajo de una ancha capa de grana, y en cuya empuñadura de ganchos descansaba con donaire la siniestra mano de su dueño, metida en duro guante de vaqueta.

Este guapo mozo, que podria tener veinte y cinco años á lo mas, se llamaba Hernando Ginés de Lara, y era una espada que el referido señor marqués de Mondejar habia comprado para el servicio de la patria, es decir, un aventurero.

Las personas que en compañía del soldado se encontraban á la sazon, eran un reverendo fraile de la

órden de Santo Domingo y un alguacil del Santo Oficio.

Detrás de una espesa celosia de la casa que formaba la esquina de la calle de Gomeles, que era una casa muy principal, se hallaba una mujer, en el otoño de la vida, fea como una noche buena sin colacion, y jorobada ademas como la intencion de su alma. Esta eminentisima señora, que ya tendremos tiempo de conocer mas adelante, no quitaba ojo del grupo en que estaba nuestro aventurero dirigiendo entonces la palabra al golilla del tremendo tribunal.

—Paréceme, seor alguacil, decia con voz sonora y grata, que no es el oficio que su merced ejerce el menos lucrativo en estos tiempos de revueltas, donde nunca falta algun descomedido morisco á quien multar en honra y provecho de los bolsillos particulares pertenecientes al imponente.

—Que lejos que va el soldado de la verdad de cuanto pasa, respondió desdeñosamente el golilla. Ya se acabaron los dias en que tan codiciosas gangas caian á mis compañeros; porque ahora, ¿cree usared que los perros del Albaicin tienen algun metálico que largar en recompensa de buenos ni de malos servicios que nuestra *profesion* pudiera proporcionarles? Pues se engaña el señor militar de medio á medio; antes se dejarian colgar del antepecho de sus ventananas que soltar ni medio maravedí, porque carecen de él.

—Sí, sí, ya sabemos que pertenece á un tribunal misterioso y no puede negar su dependencia, pero se lleva chasco conmigo.

—Juro que...

—No jure el golilla que se condena, exclamó el dominico con grave acento. Téngase en los justos límites de una locucion razonada.

—Perdóneme, padre, contestó algo mohino el alguacil; pero esto de no creer á uno por su palabra...

—Lo dicho dicho, compadre. Alojado estoy en la vivienda de un morisco renegado y no se me ocultan los manejos de la justicia. Pero, voto á las tentaciones de Satanás! ¿qué se me importa todo esto? Buen provecho les haga, pues nada pido ni quiero. Ahora dígame, padre, porque enterado de ello ha de estar, cual es la iglesia de Granada donde se cantan estos dias los mas solemnes mailines. Préciome de cristiano como Dios manda y deseo oirlos con toda devocion.

—Tales pensamientos honran á usarced, señor militar, y en prueba de lo complacido que por ello estoy, le diré que vaya mañana por la noche al convento de Santa Isabel la Real, donde le prometo que pasará un buen rato.

—No hará falta mi persona; justamente el tal convento no está lejos de la morada de mi patron.

—¿Y me permitirá ahora el buen soldado le pregunte yo á mi vez cuándo salen para las Alpujarras? Me parece que el gobierno anda moroso y...

—Nadie mejor que yo podrá complaceros, respondió vivamente el alguacil. Sirve un hermano mio en los tercios del marqués de los...

—¡Corte su charla el golilla! interrumpió prontamente el aventurero, y no se meta donde no fuere llamado. Mándeme, padre, cuanto quiera y verá de que modo es servido; pero en lo que atañe á los asuntos del rey, no sé ni quiero saber nada. Voy don-

de me mandan, peleo, eso sí, peleo como un tigre cuando es necesario, y cobro diariamente mi soldada en buena moneda. Esto es cuanto puedo decirle.

Mordiose el fraile los labios, y el alguacil se puso á tararear la marcha de las trompetas cuando iban al quemadero.

A este tiempo llegó á nuestros tres personajes la gitana de la pandera. Era una muchacha de diez y seis á diez y siete años, de un color trigueño claro, ojos negros y centellantes, sombreados por largas pestañas y coronados por dos lindas y arqueadas cejas; nariz aguileña y labios sonrosados que enseñaban cuando se entreabrian los dientes mas blancos y pequeños que jamás han adornado la boca de mujer alguna. Llevaba unas enaguas de seda color de fuego, que no pasando de la rodilla dejaban ver su torneada pierna desnuda hasta la mitad y su diminuto pié calzado por un zapato negro con botones de metal; una almilla ó corpiño negro ajustado á su elástico talle y guarnecido tambien de metálicos botones; una especie de manto de blanca franela, caido con gracia sobre sus hombros descubiertos en parte, y un collar de corales que rodeaba su garganta, perfecta cual la de una Hebe de la fábula, completaban el raro traje de la gitana, á quien no podia verse sin experimentar un vivo sentimiento de interés, y mas que por su hermosura por cierto tinte melancólico que daba á sus facciones la candorosa espresion de un niño.

Llegose pues á nuestro grupo, y dirigiéndose desde luego á Ginés, le dijo con ese acento cariñoso y *agitanado* propio de la raza á que pertenecía.

—Señor caballero, ¿quiere su merced que le diga la buena ventura?

Volvióse prontamente Lara al oír aquella voz y quedose admirado contemplando á la gitana. Esta, por su parte, fijó sus rasgados ojos sobre el aventurero y un vivo carmin tiñó sus mejillas al verse objeto de aquel exámen, sin embargo de estar á ellos acostumbrada.

—¡Dios poderoso, qué hermosa criatura! exclamó Ginés arqueando las cejas y como consigo mismo.

—¡Hola, muchacha! dijo á este tiempo el corche-te, ¿aun no te has retirado? pues ya puedes hacerlo, porque si da la *oracion*, que no está lejos, y te hallo en la calle, no hay remedio, te llevo al Santo Oficio, como satélite de las brujas; tales son mis órdenes.

—Vamos, señor soldado, repuso la gitana sin hacer caso del alguacil, venga esa mano, pues tengo para mí que no ha de ser muy ingrato el sino de su merced.

—¡*Vade retro!* gritó el fraile retirando la cabeza por no ver á la jóven que dió un paso mas hácia ellos.

—Toma la mano, querida, contestó alargándola el aventurero. Tal impresion me has hecho, que hasta el corazon quisiera entregarte.

—Sin duda ha sido estudiante el buen militar, contestó sonriendo la jóven y cogiendo entre sus manos delicadas la nervuda de Ginés.

—¿Por qué razon, hija mia? preguntó este cada vez mas prendado de los ojos que tenia delante.

—¡Toma! Porque derrama á su placer las flores sin reparar la alfombra donde caen... ¡Pero cómo le tiembla la mano!

—Sí, me tiembla de amor.

—¿Su merced está enamorado?

—¿Y me lo preguntas siendo adivina?

—Tienen los hombres el corazón tan profundo, que se necesita mucho tiempo para llegar hasta él.

—Pues el mío, lucero de la mañana, está tan á la flor que no hay necesidad de astrólogos para encontrarlo, y en prueba de ello que va ahora mismo á mostrarse á ti por medio de mis labios, diciéndote que te ama.

—¡Ave Maria! Súbito es en verdad el corazón del señor caballero. ¿Es de pólvora acaso?

—Sí, de pólvora, de yesca... y tus ojos son fuego, alquitran, volcanes...

—Despacio, despacio, joven, que si camina á ese paso, va á olvidarme en un segundo.

En este momento las campanas de todas las iglesias anunciaron la salutación de la Virgen.

El fraile, que se había separado tres ó cuatro pasos con el alguacil durante el diálogo anterior, empezó á rezar el *Angelus Domini*, y el corchete se descubrió como todos los que se hallaban en la plaza, á escepcion de Lara que seguía distraído conversando con la gitana.

Acabose la oración y el fraile se despidió del alguacil, no sin haber arrojado una fulminante mirada sobre la joven, diciéndole al golilla.

—Ved lo que son las mujeres. Ese buen militar que mostraba antes tan religiosos sentimientos, ni aun se ha quitado el sombrero al sonar la oración.

Y se alejó á buen paso murmurando:

—¡Todas las mujeres son hechiceras!

Y en parte no mentía el religioso.

El alguacil, viéndose casi solo, se acercó á la gitana y asiéndola por el brazo la apartó del soldado, merced á un fuerte empuellon, diciéndola:

—Ahora no te me escaparás, buena alhaja; ¿qué te dije antes?

Dió la jóven un grito y miró de un modo suplicante á Lara.

Este, que no necesitaba de semejante estímulo para disponerse á libertarla,

—¡Téngase el gavilan! dijo con voz estentórea, y deje libre á esa mujer.

—¡Respete usarced el fuero inquisitorial! contestó el alguacil, que como suele decirse vulgarmente, había tomado *entre ojos* al soldado.

—La Inquisicion no puede mandar lo que hace, repuso Ginés.

—La vara de alguacil que empuño desmiente esa asercion.

—No provoque mi saña, ¡voto á una legion de demonios, porque va á pasarlo mal.

—Reflexione bien ucé lo que piense, y absténgase de atropellar á la justicia de Dios.

—Menos charla, señor cuervo; dígole por última vez que suelte á esa niña.

—Por última vez repito, que todos los tercios castellanos no me harán infringir las órdenes que tengo ni renunciar un apice á mi derecho.

—Pues ahora verá el golilla que no son viento las palabras de Lara; y descargó al decir esto tan tremenda puñada sobre el rostro del alguacil, que le

hizo perder el equilibrio, y medir la tierra con su asendereada persona.

—¡Socorro! exclamó el estropeado ministril.

—Si no callas te aplasto con el pié, dijo Lara amenazándole.

Al caer el corchete dejó libre á la gitana, quien miró al soldado con el mas profundo reconocimiento diciéndole:

—Dios le pagará el bien que me hace, señor caballero, y se deslizó como una corza entre la gente que circulaba por la plaza Nueva.

—Espera, aguarda, exclamó el aventurero; como corre, ya no la veo... ¡Fuego de Satanás! yo he de seguirla y la encontraré.

Y se puso en seguimiento de la gitana. Una sombra, que salió de la casa donde estaba mirando la dama de la celosia, siguió á su vez al soldado. Al marcharse Ginés se levantó el alguacil, echando venablos y jurando vengarse, y la dama cerró la ventana.

Era ya enteramente de noche. No se conocia el alumbrado en aquel tiempo, y las calles aparecian tristes y medrosas.

Caminando á buen paso iba Ginés por la *carrera de Darro*, quien con esa vista perspicaz de los enamorados y á la ténue luz de un agonizante crepúsculo, habia distinguido ya las rojas enaguas de la jóven al volver la esquina de una de las calles que desembocan en la de San Juan de los Reyes, cuando fué detenido por una mano que le tiró suavemente de su capa.

Volvió la cabeza asaz mal humorado, y vió á una mujer cubierta de un tupido y negro velo. Era la

misma que salió de la casa de la calle de Gomeles.

—Mal hora, por su vida, ha escogido la dueña para detenerme. Busque mejor proporcion para sus ahijadas; y sin hacer caso de las señas que le hacia aquella para que la oyese, subió de prisa la cuesta. Pero ya no vió á la gitana.



CAPÍTULO II.

De lo que aconteció en Granada la noche del 26 de diciembre de 1568, con otras muchas cosas que si se indicaran, perderian el atractivo de la novedad.

Sonaban las once en el reloj de Santa María la noche siguiente á la en que pasaron los sucesos que acaban de referirse. Entoldado el horizonte por nubes cenicientas, derramaba una copiosa lluvia de nieve, que habia cubierto de una blancura deslumbrante los tejados y cúpulas de las iglesias y estendido una inmensa sábana de alabastro en las calles de Granada. Un viento sutil, uno de esos vientecillos bautizados despues

con el admirable nombre de *quebranta-huesos*, corria á través de los copos, haciéndoles tomar su direccion.

Todas las ventanas de la ciudad estaban herméticamente cerradas y en el mayor silencio aparecia el Albaicín, por cuyas tortuosas y estrechas calles patrullaban rondas y soldados, viéndose á buena distancia el mugriento farolillo, inequívoco distintivo de las primeras, que á la sazón se hallaba al abrigo de la nieve, merced á la parte de capa que lo cubria, propiedad del digno guindilla, su señor y dueño.

Sin embargo de la noche tan fria, veíase tal cual embozado, que asomando por alguna desierta callejuela, se encaminaba con ligeros pasos hácia la placeta de *San Miguel*. Desde este sitio hasta la puerta del convento de *Santa Isabel*, que estaba cerrada aun, había grandes grupos de hombres y mujeres, rebujadas en largos mantos y anchas capas, que esperaban la hora oportuna para entrar en la iglesia, donde iban á cantarse los mejores y mas solemnes maitines que habian oido pasados y presentes. Escuchábase á larga distancia el sordo rumor que las pláticas de estas gentes producía, paradas á la sazón y con la vista fija en la puerta del templo.

La nieve seguía cayendo sin interrupcion, cubriendo de blanco las copas y anchas alas de los sombreros que por allí se veían. Durante este tiempo nadie paraba la atencion en una tapada, que iba y venia á todos lados, dando señas y cruzando miradas y palabras con algunos encubiertos.

Oyose al fin el repique de las campanas del convento, giraron rechinando las puertas del vestibulo, y se precipitó la multitud por ellas con el ímpetu del tor-

rente, llegando en breve á la iglesia, donde escogió cada cual por su parte y como mejor pudo un buen sitio para escuchar á su placer la música sagrada.

Estaba el templo iluminado por infinidad de arañas pendientes de los altos arcos, y deslumbraba aquella horizontal ráfaga de fuego que se repetía en los espejos de las cornucopias y en el dorado de los retablos y cornisas, produciendo millares de reflejos y resplandores. El altar mayor parecía un ascua de oro y las platinas que decoraban el tabernáculo despedían tan vivos rayos, que vedaban á la vista fijarse en él por mucho tiempo.

No tardó en ocuparse la iglesia de tal modo que llegó á ser imposible la entrada. Los perezosos que iban acudiendo continuamente tenían que contentarse con quedar fuera, y pronto hasta la placeta que precede al vestíbulo se halló invadida, sin embargo de la nieve que seguía cayendo con la misma fuerza.

En el fondo de la nave y embutido en un rincón se veía á Hernando Ginés de Lara, con el sombrero en la mano, cubriéndose el rostro hasta las narices con una vuelta de su roja capa, y fijando sus miradas en una mujer, que á cuatro pasos de allí estaba, puesta de rodillas y volviéndole enteramente las espaldas. Era la misma que antes de abrirse la iglesia habló en secreto con algunos hombres. Nuestro soldado alargaba de vez en cuando el pescuezo todo lo mas que podía con el fin de verle la cara; pero esta empresa era imposible á no colocarse á su lado, y este era justamente el quid de la dificultad: por lo tanto, solo le era permitido, según hemos visto, el estirar su pescuezo; mas como este movimiento las-

timaba notablemente sus tendones, poco acostumbrados á elastecer de aquella manera, juzgó prudente estarse quedo, convencido tambien de la inutilidad de sus esfuerzos.

—¡Por el alma de mi padre, el buen marqués! se le oía murmurar por lo bajo, jurara que ese lindo talle, lindo á pesar de conocerse el cuidado que han puesto en desfigurarlo con ese manto negro, es el que ví y perdí anoche en el cuerpo de la gitana que me ha trastornado el cerebro. ¡Si volviera una vez siquiera ese rostro que tantas fatigas me hace pasar!

Y el enamorado galan esperaba y se inquietaba en vano, porque la encubierta permanecía inmóvil siempre y como si estuviera allí enclavada.

Un armonioso conjunto de voces é instrumentos que entonaron un dulce y espresivo coro, dió principio á los maitines.

Estinguiéronse los murmullos, y todos escucharon con religiosa atencion aquellos acentos divinos que en el silencio de la noche resonaban bajo las bóvedas del santuario como un himno celestial, anunciando al universo el nacimiento del Sagrado Niño.

Arrobado Lara por tan sublime cuanto embriagadora melodia, escuchaba con santo recogimiento y casi llegó á olvidarse de que existia.

La música sagrada escita de tal modo la sensibilidad de nuestras almas, que las aisla de todo mundano sentimiento.

Fugaces corrieron aquellas horas. Los maitines tocaron á su fin; perdiéronse en las bóvedas los últimos acordes, y volvieron á sucederse los murmullos de la muchedumbre.

Acontece en estos momentos, que la gente, no teniendo objeto que distraiga la incomodidad que ha estado sufriendo dos ó mas horas, se afana por salir y lograr el desembarazo que apetece; pero como todos quieren hacerlo al mismo tiempo y por lo general solo hay una puerta, le es forzoso esperar á que poco á poco vaya dándose salida. En este flujo y reflujo mendea de tal manera los estrujones, puñadas, pisotones y percances que se levanta un profano griterio producido por los lamentos ó imprecaciones de los que sufren, sin tener en cuenta, ni aun remotamente, el sitio donde se hallan.

Esto mismo sucedió en aquella ocasion.

—Ahora es la mia, pensó el aventurero; te he de conocer, bella tapada, mal que les pese á las piernas y brazos de los que sin presumirlo tengan la desgracia de separarme de tí; y santiguándose devotamente empezó á abrirse camino dando fuertes empujones á diestro, y á siniestro y pisando mas de un pié que hacia prorrumpir en alguna interjeccion de mala especie la boca perteneciente al dueño de la parte estropeada.

Pero Lara continuaba impasible en su faena, y ya conseguia alcanzar á la dama del manto cerca de la puerta, cuando fué despedido contra el altar frontero por un movimiento retroactivo de la multitud, hasta donde retrocedió tambien un sin número de personas, que cayeron de espaldas unas sobre otras.

En aquel instante varios hachones de viento alumbraron en la placeta los fieros y amenazadores rostros de unos hombres armados de alfanjes y gumias, que gritaban con ferocidad:

—*¡Mueran los opresores! ¡viva Aben-Humeya! ¡viva Aben-Farax!*

Este era el motivo de la confusion.

Repuesto Lara del violento choque que tuvo que resistir, conoció al punto que estallaba una conspiracion morisca, y abriéndose paso llegó no sin algun trabajo hasta la puerta. Detúvose allí un rato y mirando á todos lados por si conseguia encontrar á la tapada que en aquella confusion habia perdido, salió á la placeta y desenvainando la espada se encaminó hácia donde sonaba el estruendo de los amotinados.

En un momento se poblaron de moros las angostas calles del Albaicin, que corriendo armados y con antorchas, gritaban siempre:

—*¡Viva Aben-Farax! ¡mueran los opresores!*

Mas de una vez tuvo nuestro aventurero que hacer uso de su tizona para no ser víctima de la desenfrenada furia de los moriscos.

La gente que en el templo pudo refugiarse cerró las puertas, asegurando de este modo sus vidas, y los que por su desgracia quedaron fuera, unos murieron á manos de los revoltosos, y los mas afortunados consiguieron llegar á la ciudad donde llevaron la noticia del alboroto.

Mientras tanto las rondas del Albaicin hicieron frente á la rebellion, pues las componian bastante número de soldados, quienes socorridos á tiempo por el marqués de Mondejar que subió con sus tercios, lograron apaciguar el tumulto y prender á no pocos rebeldes que fueron conducidos á la cárcel de corte.

El aventurero, que durante la refriega se habia unido á las primeras rondas que encontró y dado muy

buenas estocadas, no teniendo ya que hacer, se dirigió con paso lento á la morada de su patron.

La nieve habia cesado, pero en su lugar llovía *á mas y mejor*. Sin curarse del agua, que lo calaba hasta los huesos, iba pensando Lara todavía en la dama de la iglesia, sin acordarse siquiera del combate, cuando al pasar por el sitio que llaman hoy *las Minas*, le pareció oír un leve ruido. Echó al momento mano á la espada, y dirigiéndose al lugar donde habia sonado, exclamó con desembarazo:

—¡Quién va allá!

Pero nadie le contestó. En este instante daba el reloj de la colegiata del Salvador las dos de la mañana.

—¡Mil rayos! prosiguió acercándose, ¡quién diablos andará aquí!

—Socórrame, señor hidalgo, ¡ay! socórrame que me muero, dijo una dulce voz con agonizante acento.

—Ante todas cosas, ¿quién eres? preguntó Ginés con suma desconfianza.

—Una mujer herida, contestó la misma voz.

—¿Y quién te quiere tan bien que así te recompensa?

—El alboroto de esta noche es la causa.

—¿Y qué puedo hacer por tí?

—Llevarme á mi casa.

—No es comision muy ligera, pero en fin, la caridad antes que todo. ¿Y vives muy lejos, prenda mia?

—En esa cueva de al lado.

—¡Sea pues por el amor divino! y cediendo Lara

á su buen natural, se puso la espada en la boca é inclinose para levantar el cuerpo de la mujer.

Si en aquel tiempo se hubieran conocido los fósforos, es seguro que no habrían faltado nunca á Lara, pues era hombre precavido, y en aquella ocasion le hubieran sido muy del caso; pero como las luces no habian progresado lo que en el dia, tuvo que buscar á tientas á la mal parada mujer, y sus manos tocaron un cuerpo húmedo y caliente. Lo colocó en sus brazos como mejor pudo y se dirigió hácia la cueva que le habian indicado. Empujó la puerta que cedió fácilmente, y penetrando por ella se encontró en una reducida aunque limpia habitacion, alumbrada por una candileja de barro, cuya torcida habia formado un grueso clavo, en torno del cual giraba una débil llama.

Sobre un escalon de piedra que habia en medio de la pieza depositó el soldado su carga; pero cual fué su sorpresa reconociendo en aquella mujer á la dama de la iglesia, que no era otra sino la gitana de la plaza Nueva.

Estaba lívida y desgredñada, cubierto el rostro de barro y sangre, y su vestido rojo empapado tambien de un líquido rojo y humeante.

—¡Ira de Dios! exclamó atónito Lara, ¡eres tú!

—¡Ay! señor caballero, el cielo le recompensará tanto bien, dijo con desfallecida voz la gitana.

—Pero precisamente que debas sufrir mucho, pobre niña; ¿dónde tienes la herida? Vamos, fuera escrúpulos, ¡fuego de Dios! Aquí donde me ves, soy un diestro cirujano que en mas de una ocasion ha

reanimado y fortalecido cuerpos con mas boquetes que la sotana de un salamanquino.

Un extraño silvido sonó á este tiempo á lo lejos, que se repitió mas cerca al cabo de un segundo.

—¡Ah! exclamó prontamente la gitana, haciendo un violento esfuerzo para levantarse, váyase, váyase al punto, señor soldado, su vida corre peligro.

—¿Pero y esa sangre? contestó Ginés con calma. No saldré de aqui hasta dejar curada la herida, sea quien fuere el que venga.

—¡Por favor! repuso angustiada y suplicante la jóven; ¿querrá su merced hacerme morir mas pronto?

—¿Qué diablos pasa aqui? contestó admirado Lara; ¿qué misterio te rodea?

—Todo, todo se lo confesaré cuando pueda; pero márchese ahora su merced, no quiero que muera, pues entonces muy poco tardaria en seguirle.

—¡Qué oigo, Dios! ¿Te interesas por mí acaso? exclamó alborozado Ginés.

En este momento sonó el silvido mas próximo.

—¡Salga pronto, señor, se lo pido por caridad! dijo medio desmayada la jóven.

—No insisto. Harto me pesa dejarte asi, pero haré tu voluntad. Adios. Mañana vendré á verte.

—Bien, bien, despáchese.

—Una palabra, ¿tu nombre?

—Violeta.

—Adios, Violeta, hasta mañana.

Salió Lara entre alegre y melancólico de la cueva. Habia encontrado á quien buscaba con afan; ¡pero en qué disposicion se la deparaba el destino!

Cuando el soldado traspasaba el umbral de la puerta cayó la gitana al suelo desfallecida.

Cortos instantes despues volvió á abrirse la cueva y entraron en ella tres embozados, quienes al ver á la gitana de aquella suerte la levantaron en sus brazos.

—¡Violeta! exclamó uno de ellos, ¡Violeta! ¿Estará muerta? ¡Oh! ¡Maldicion sobre nuestro desventurado sino!

—¿Quién ha entrado aqui? dijo otro mirando con recelo á todos lados. En el pavimento hay grandes pisadas señaladas con sangre.

—Sin duda ha sido descubierta y los infames la han asesinado. ¡Oh! ¡noche terrible para nosotros! ¡fatal noche!

—¡Pobre Violeta! dijo el que la tenia en sus brazos, tan jóven y... ¿pero será posible que esté muerta?

—¡Oh! no, vive, su corazon late, aunque apenas se percibe; corramos á salvarla.

—Sí, sí, salvémosla, no perdamos tiempo, busquemos al anciano Abul-Abbas, sus plantas son la vida.

—Apresurémonos; no abandonemos el instrumento que nos ha servido para la obra, aun cuando se haya desplomado.

—Sí, porque puede reedificarse con el mismo útil.

Y diciendo estas palabras salieron de la cueva llevándose á la gitana.

CAPÍTULO III.

**Que prueba hasta lo sumo lo poco inclinado que era
Lara á las aventuras de amor, cosa que no deja
de ser estraña aun en aquellos tiempos.**

El tercer dia de Pascua de Navidad de 1568 amaneció triste y nublado, pero sin nieves ni aguaceros. Un viento húmedo y frio llevaba en pos de sí el vaho que á manera de provistas chimeneas despedian las narices de los madrugadores transeuntes, que bien cubiertos con sus capas, pisaban la alfombra de lodo que en la noche anterior habian estendido los elementos por toda la ciudad.

Pero nada tenemos que hacer ahora en la calle, por cuya razon tendrán á bien mis lectores de acompañarme á un cuarto de la calle nombrada hoy de Panaderos, donde solo habia una cama, una silla, un desvencijado armario y un pedazo de espejo clavado en la pared.

El habitante de este ámplio recinto, estaba á la sazón sobre la silla ocupado en la importante faena de concluir su *toilette*, como diria en estos tiempos alguno de esos mancebos que hablan *bilingüe* sin comprender ni aun su propio idioma; pero que yo mas retrogado en mis costumbres, diré lisa y llanamente que estaba acabando de vestirse.

Dos golpecitos dados con precaucion á la puerta de la estancia, le hicieron volver por un momento la cabeza, y contestar al punto sin interrumpir su ocupacion.

—Ni llaves ni cerrojos guardan mi persona, con que empuje y adelante el que quiera.

Abriose la puerta, previo este permiso, y se presentó un hombre como de unos sesenta años, de aspecto venerable, vestido á la española; pero cierta espresion estraña que se dejaba ver en su fisonomia y un gorro encarnado que cubria su cabeza casi desnuda de cabellos, demostraban claramente á cualquiera granadino de aquellos tiempos que el viejo no podia ser sino uno de tantos moriscos convertidos como habitaban en el Albaicin.

Asi era efectivamente; hijo de un rico moro, de los que conocieron á Granada en todo el apogeo de su opulencia oriental, nació en los malos tiempos de su raza y se bautizó con el nombre de Esteban Gimenez, ape-

llido y nombre que hicieron tomar á su padre, cuando se bautizó tambien, mal de su grado, en la mezquita convertida en iglesia del Salvador, el dia 15 de noviembre de 1499, por el cardenal Cisneros.

Nuestro morisco jamás se habia mezclado en las turbulencias que por aquellos dias agitaban á Granada; vivia honradamente del producto de una pingüe hacienda en union de una hija, que como reciente sucesor de moros, ocultaba á toda mirada profana.

A pesar de su conocida hombría de bien, no estaba exento de todas las cargas é impuestos con que castigaban á sus compañeros. Cuantas tropas entraban en Granada eran alojadas en las casas de los moriscos, donde cometian mil escesos y desafueros, pues siendo por lo general hombres comprados sin disciplina ni temor, se entregaban continuamente á su atroz y horrible desenfreno.

Pero volviendo á mi relato, apénas el habitante del cuarto vió entrar al viejo morisco, le dijo sonriendo y acabando de atacarse las calzas.

—Hola, patron, buenos dias. ¿Es acaso su visita para anunciarme que pida la variacion de alojamiento? Muy natural es semejante deseo; ya ha pasado el tiempo que la ley prescribe, y hoy mismo quedará ucé servido.

—¡Libreme Dios de querer semejante cosa, señor caballero! contestó el huésped haciendo una gran reverencia; su merced quedará en mi casa todo el tiempo que le acomode. ¡Vaya! Pues estoy poco contento de tener un soldado como vuesa merced que ni alborota, ni ultraja, ni rompe. ¡Oh! si hiciesen todos lo mismo....

—Agradezco su favor en el alma, caro huésped, y crea que por mi parte tambien me seria sensible el dejarlo.

—Señor Lara (ya habrán presumido los lectores que no era otro el alojado), mi visita tan de madrugada no tiene otro objeto que el de enterarme del estado de su salud. La refriega de anoche pudiera haberle ocasionado algun percance, y como le ví entrar con el colete cubierto de sangre y no quiso contestar á mis preguntas, llenó mi corazon de temores, y he pasado muy mala noche cavilando en que podria ser ello, hasta que dije: En amaneciendo iré á ver como se encuentra, y si tiene alguna herida, le traeré unas yerbas que todo lo curan, cuyo secreto poseo un amigo mio, se pondrá bueno al instante, y aqui me tiene su merced.

Durante el largo discurso del patron, habia acabado de vestirse Lara, poniéndose otro colete, por haberse manchado de sangre el de la víspera, cuando llevó á la cueva á la malhadada Violeta.

—Gracias, amigo; gracias por el interés, contestó poniéndose el sombrero que era cuanto le faltaba; pero estoy sano, materialmente sano, sin embargo de haber pasado tambien una noche malísima.

—Y vuestro rostro lo demuestra á tiro de arcabuz, exclamó el buen viejo mirando fijamente á Ginés; tiene vuesa merced unos ojos tan hundidos y tan pálido color, ¿quiere alguna cosa el soldado?

—Nada, querido, nada, y puesto que me engañé en cuanto al objeto de su visita, voy con su permiso á tomar las órdenes de mi jefe y á recibir mi soldada.

—¿Y no me dice antes algo de lo acontecido la pa-

sada noche? ¡Caramba! Cuanto me asusté, señor soldado, al oír la algazara y los tiros. Parece que los malos moriscos quisieron hacer una de las suyas; ¿y sabe su merced lo que dicen por ahí? que á no haber faltado á su palabra Farax-Aben-Farax, dejando de auxiliar á los de Granada con seis mil hombres que tenía á su cargo en la sierra, á estas horas es Aben-Humeya rey de la ciudad.

—Si creerme quiere el buen Esteban Gimenez, contestó severamente Ginés, procure que esas palabras no vuelvan á salir de su boca: es un consejo que si lo desprecia puede pagar muy bien con su cabeza.

—¡Diablo! no señor, descuide usarced, que cuando yo hablo sé con quien lo hago y...

—Sin embargo, en los tiempos que alcanzamos, señor Gimenez, no conviene fiarse ni aun de su propia sombra; téngalo así entendido y precávase en adelante. Ahora, caro patron, hasta la vuelta.

—Vaya con Dios el soldado; pero ¡ah! Ya se me olvidaba lo mejor, continuó el viejo acompañándole hasta la puerta, ¿conocia su merced á la gitanilla que habitaba una cueva cerca de la Alcazaba? ¿una niña que iba por la ciudad diciendo la buenaventura?

Al oír Lara hablar de la gitana, que por semejantes señas no dudaba que fuese Violeta, detúvose y miró con atencion al viejo.

—Bien, si, la conozco, ¿y qué?

—¿Y qué? ¡Friolera! que esa ha sido el agente principal de los revoltosos en esta asonada.

Ginés tembló al escuchar estas frases.

—¡Bah! habladurias del pueblo, contestó.

—Cómo habladurias? No señor, que la vieron ano-

che, segun acaba de decirme mi vecino el hostalero, que es persona muy cabal, si señor, la vieron hablar antes de los maitines de Santa Isabel con los que despues alborotaron; pero no le arriendo la ganancia, la justicia debe estar ya informada y á estas horas...

No aguardó Lara á que el viejo concluyera y separose de él bruscamente murmurando.

—Mal haya amen, cuando no esperé anoche el resultado escondido cerca de la cueva.

El morisco Esteban, pues aunque no lo era en realidad asi lo nombraban en el Albaicin, y no veo una razon para que deje de llamar lo mismo, á este sempiterno hablador, que tiene muchos parecidos en el dia, digo que el morisco Esteban, viendo la súbita desaparicion del soldado y no encontrando por alli víctima á quien hacer sufrir el peso de su conversacion, volvió á subir la escalera, pues esta última escena habia ocurrido en la misma penumbra de la puerta, y para consolarse, diz la verídica crónica, que se puso á contar las doblas de un repleto saco que guardaba en su mismo aposento.

Entre tanto corria Ginés cual un desesperado por la calle de Panaderos, pálido como la cera, á causa del desvelo que las sensaciones del dia anterior le habian producido aquella noche.

Iba maldiciendo *in pectore* su marcha de la cueva, cuando no le faltaba valor para hacer frente al extraño peligro que en ella pudiera amenazarle: maldecia tambien su distraccion en no haberse aguardado fuera, para haberse impuesto de quienes eran los hombres del silvido, y se maldecia tambien asimismo sin comprender que en las grandes emociones que experimen-

tamos pierde nuestra imaginacion la facultad de discorrir, y solo despues de pasado el vértigo, es cuando se nos previene lo que en semejante caso deberiamos haber hecho, para hacernos desesperar cruelmente, puesto que el remedio llega siempre tarde.

Agitado por dolorosos presentimientos acerca de la suerte que pudiera haber cabido á Violeta, cada vez caminaba Lara mas de prisa, cuando al llegar á la plaza *Larga* le cerró el paso una mujer, poniéndosele delante cubierta de un negro manto y ocultas sus facciones bajo un espeso velo.

—Dispensadme, señor caballero, dijole al propio tiempo asiéndole de los pliegues de su capa roja.

A su pesar tuvo Lara que detenerse, y mirando con adusto ceño á la tapada le contestó asáz malhumorado.

—¿Qué me quiere la dueña? Ni la conozco, ni se puede, ni deseo conocerla; si es limosna lo que pide tome y déjeme en paz, y alargó una moneda á la mujer.

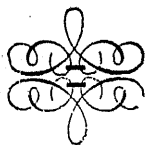
—Guárdese el soldado su dinero, que no mendigo el sustento, replicó esta algo ofendida; lo que pretendiendo únicamente es que me oiga un rato y le aseguro por su fe que no le pesará.

—¡Miren y con lo que me sale la quintañona! exclamó con rabia Lara; muy temprano ha tomado el carnaval, aun faltan, hija mia, algunos meses, aguarde á entonces y puede que me halle dispuesto á seguir la broma. Ahora déjeme, le digo, y arrancando su capa de las manos de la mujer desapareció por la puerta de la Alhacaba.

—¡Esto es para desesperarse! murmuró la del manto al verse tratada de aquella suerte. Ya va de dos, y

luego dirá la señora que no la sirvo bien y no querrá creer mis excusas, pero sin duda debe ir á algun asunto de interés cuando de tal modo corre. Anteanoche siguió á la gitana; justamente, no fué una casualidad... si fuera acaso... Lo mejor es ver donde se dirige ahora y podré de este modo sincerarme con la señora.

Hecho este razonamiento, tomó á buen paso la misma direccion que habia seguido Lara.



CAPÍTULO IV.

De como se encontraron dos ministriles en un mismo sitio y con la propia comision, y se refiere el cariñoso coloquio que tuvo lugar entre Avecilla y su tiernísima cónyuge.

En el dicho dia de Pascua y á la misma hora sobre poco mas ó menos que hemos visto á Lara en casa del viejo Esteban, ocupado en la indispensable tarea de vestir su desnudo cuerpo, acababa de llegar á la misma esplanada de las *Minas* un hombre ya conocido de nosotros, y que mas conocerá todavia el que continúe leyendo esta desaliñadá historia.

Por el redondo sombrero de alas caidas, ropilla y angosto calzon negro, media idem y zapato de alto

tacon con su magnífica hebilla tambien negra, corta capa suspendida del hombro izquierdo, y la blanca y escesiva gola que á semejanza de un copo de nieve sobre el plumaje de azabache de un cuervo, rodeaba un delgado pescuezo que remataba en una cara seca y huesosa aunque colorada, de hundidos ojos, rara y escelentísima nariz de dos puntas, puesto que en la natural se engarzaba una redonda verruga del tamaño de una avellana, fácil era reconocer al terror de los gitanos y perseguidor infatigable de toda heregia, brujeria etc., el alguacil del respetable tribunal de la Inquisicion, Simon Plumero y Avecilla, y al mismo en cuerpo y alma que dos dias antes vimos besar el suelo merced á la insinuante indirecta que dirigió á su escuálido rostro el puño del aventurero Lara.

No faltaba tampoco á tan perfecto ministril la blanca varilla, símbolo terrible de su terrible poder, y á pesar de que tan ligera ropa no era lo mas natural para mañana tan fria, aparentaba con su firme paso ser hombre á prueba de elementos, aunque desmentia en parte esta serenidad el par de sezonadas guindas, que por punta de nariz aparecian en su enjuto semblante.

El alguacil no iba solo: á guisa de capitan marchaba al frente de ocho soldados llamados de la Fe, al servicio de la Inquisicion.

No bien asomaba con su compañía por aquel sitio, cuando desembocó por la calle fronteriza otra patrulla de soldados compuesta del mismo número y á las órdenes de otro corchete, muy semejante en el rostro al de nuestro ínclito Avecilla. No sé lo que tiene esta gente de tribunales, que vayan ó no con el equi-

po de gala, todos se dan un aire muy parecido, distinguiéndose á la legua el curial del que no lo es.

La única diferencia que existia entre ambas patru-llas, iguales á primera vista, era la de ser pertene-ciente una al Santo Oficio y á la Chancilleria la otra, pues el alguacil era de corte y los soldados del ejér-cito.

Al llegar á la esplanada, encamináronse las dos compañías hácia la cueva de la gitana, llegando á en-contrarse como á unos quince pasos de la puerta.

Al mismo tiempo hicieron alto unos frente á otros y los jefes de ambas expediciones se dirigieron un mar-cial saludo con las insignes varillas.

Pero antes de seguir adelante, bueno será referir porque razon nuestro inquisitorial alguacil se hallaba en aquel sitio, á tales horas y con semejante acompa-ñamiento.

A las diez de la noche del infortunado dia en que su pésima estrella lo puso en contacto con Lara el aven-turero, entró en su casa nuestro hombre, donde lo es-peraba de muy mal talante su mujer Isidra Canequi, de edad problemática, pero con su desvergonzado y empingorotado moño, que á guisa de la *castaña* de nuestras dias, coronaba un rostro barbudo y estúpido, donde resplandecian mas que sus chicos ojos, el rojo ribete que los circundaba, á manera de párpado de perdiz ó cresta de gallo.

Este par de tortolitos no habian tenido fruto de conjuncion, y despues de treinta años de íntima com-pañía se encontraban como la primera noche de su boda, á escepcion del cariño y otras cosas que se ha-

bian gastado notablemente con el tiempo y esperiencias.

La mitad del alguacil, es decir su cara esposa, bajó en persona á abrirle, y al ver Simon la espresiva cólera que se retrataba en el semblante de aquella, juzgó oportuno conjurar la tormenta que ya sentia caer sobre sí; para lo cual, antes de que Isidra pudiera mover los labios, exclamó con acento de misterio y al oído de su esposa.

—¡Si supieras de donde vengo ahora!

Pero no le valió su táctica, porque la indignada Isidra, cerrando de golpe la puerta de la calle así que estuvo su esposo dentro, contestó con la voz mas avinagrada del mundo.

—Lo que debieras tú saber mejor que nada, era no tenerme esperando tanto tiempo, asomada á la ventana como una mona, con un frio de los infiernos, sin haberme avisado segun costumbre cuando le ocurren cosas de su oficio.

—Pero mujer, respondió Avecilla, subiendo la escalera y entrando en su cuarto, mujer, ten una poca de paciencia y permíteme siquiera que te dé cuenta y razon de mi tardanza. No podrás negar cinco minutos á tu esposo para sincerarse.

—Es que á mí no me engañas, replicó la arpia, haciendo un gesto bastante feo, porque los tribunales están cerrados estos dias, como lo ordena el calendario, y no podrás escusarte con ellos. ¿Piensas que no entiendo de leyes?

—¡Ay mujer mia! contestó el corchete tomando asiento; mucho sabrás de jurisprudencia; pero ignoras que el Santo Tribunal á que tengo la honra de

pertenecer, está siempre abierto para administrar justicia, y castigar desmanes y desafueros cometidos contra la heroica religion de Nuestro Señor Jesucristo.

—¿Qué tiene que ver la doctrina de Jesus con la tardanza de esta noche? ¿pretendes liarme acaso, como acostumbrabas hacer con los demas cuando te conviene?

—Pues justamente, Isidra, el servicio de Dios es la causa de mi retardo, y si consientes en dejar á mi palabra que se insinue, te lo contaré todo, para reconquistar el cariño que la espresion fiera de ese rostro de cielo me indica haber perdido.

—¡Vamos á ver! dijo Isidra un poco mas tranquilizada con aquella galanteria de su marido, fruta de que rara vez disfrutaba.

—Asi, asi te quiero, palomita de mi alma, amable y complaciente como buena compañera, y como estabas cuando...

—¡Bribonzuelo! exclamó ya del todo sosegada la mujer de Plumeró, sin saber aun la causa de la conducta de su cónyuge. Tales son las peripecias que obra siempre una adulacion á tiempo.

—Has de saber, mujer mia, continuó Simon, que el tribunal me paga para que vigile dia y noche, con el objeto de impedir las irreverencias y heregias que suelen cometerse á cada paso por los enemigos de la Iglesia nuestra Santa Madre. Cumpliendo, pues, estrechamente con mi obligacion, esta tarde he descubierto un mal cristiano y una hechicera, que sin duda es la causa del ateismo de aquel, como se deduce por lo que vas á oir.

—¡Jesus! ¡Jesus! exclamó Isidra haciendo la señal del *ligum crucis*, *liberanos Domine!*

—¡Amen, por los siglos de los siglos! concluyó Avecilla. Continúo: figúrate pues un hombre, un aventurero, que en primer lugar dice y blasona de buen cristiano: que viene una gitana, enemiga por naturaleza de Dios, que habla con el soldado, y tanto lo atrae con sus sortilegios, que embebido contemplándola, dan las oraciones y permanece con su sombrero encasquetado á presencia de todo el pueblo de Granada, y con notable indignacion de un santo sacerdote, que á dos pasos de la gitana era espectador de semejante escándalo.

—¡Ave Maria y qué de sacrilegios se cometen! contestó verdaderamente admirada la mujer de Simon; pero todo eso no me esplica el por qué...

—Despacio, hija, despacio; que vaciarme no puedo cual desea tu afán: no hay solamente lo que te he contado; ¡friolera! ahora entra lo peor, que es la parte mímica del particular. Has de saber, queridísima consorte, que tu amante esposo, tu inocente Plumeró, ha visto la muerte á dos dedos de sí, como quien dice, porque quiso únicamente, en honra y servicio de Jesus, prender á la gitana, no solo por el mal ocasionado, sino cumpliendo la orden que existe de arrestar á esos perros cuando se encuentren en las calles despues de las oraciones. Pero, amiga, lo mismo fué querer usar de mis prerrogativas, cuando ¡pif! me sacude el mancebo tan descomunal puñada en la nariz, que tu pobre Avecilla cayó al suelo como un atun, y sabe Dios lo que hubiera sido de él, á no llevarse tras sí al agresor la mujer que lo maleficiaba.

—¡Pobrecito Simon! ¡eres mártir de la fé! contestó Isidra espantosamente agitada, haciendo un cariño á la verruga de Plumero.

—Si, querida, mártir, infeliz mártir, espuesto bárbaramente al encono de los viles judios, respondió aquel acariciando el *peinado-castaña* de su cónyuge para corresponder á una amabilidad tan escesiva.

—¿Y qué hicistes al verte atropellado de semejante manera?

—Lo primero de todo, levantarme como mejor pude, y despues correr á casa del inquisidor mayor, á formular una queja contra el irreligioso soldado, vapulador de la justicia, y á denunciar por bruja á la que impulsó el movimiento horriblemente pesado del militar.

—¿Y qué has conseguido, hijo mio?

—Cuanto pedia; y ya tienes esplicado el motivo de mi tardanza. Mañana se estenderán los autos de prison, y ambos irán por ahora á purgar sus pecados en los calabozos de la Inquisicion, hasta que se sustancie el proceso. ¡Oh! ya verán esos condenados que el alguacil Avecilla no se duerme sobre pajas, y está siempre alerta para atisbar y denunciar los daños cometidos en ofensa de la religion.

Despues de esta razonada plática, que dejó á Isidra íntimamente satisfecha de la justísima conducta de su palomo, se retiraron ambos esposos á descansar. Y es fama que esta notabilísima noche la pasaron hablando todita entera, entretenidos en recordar las dulzuras de su luna de miel, que por desgracia iba ya mas que menguante.

P. S. Ha llegado á saber despues el cronista,

que á esta conversacion tan estemporánea dió lugar precisamente la verruga del uno y la castaña de la otra, acariciadas y puestas en conmocion por ambas mitades. *Nota aclaratoria para mayor ilustracion del asunto.*

Al dia siguiente recibió nuestro alguacil la orden de prision que le habian prometido, pues cosa fácil era conseguirlo en aquellos tiempos del Santo Oficio, y ved aquí por qué razon, el tercer dia de Pascua de Navidad, se presentó Avecilla con su tremenda escolta en las *Minas*, donde tuvo el disgusto de ver á un cofrade suyo, que pertrechado como él, iba á recolectar tambien á la pobre Violeta, sospechosa de secundar las miras de los revoltosos moriscos.

CAPÍTULO V.

Trata de la singular batalla que estuvo á pique de trabarse entre el alguacil de la Inquisicion y el de la Chancilleria, y de la negociacion que hubo para que no se verificase, de la que fué victima el enamorado mancebo.

—¿Se podrá saber, amigo cofrade, por qué causa toma la misma direccion que yo?

—¿Y querrá decirme ucé el motivo que le impulsa á encaminarse donde se dirige mi tropa?

Tal fué el saludo que de palabra se hicieron ambos ministriles.

—Tome usarced y lea, contestó A vecilla desdoblando un papel.

—Hablen cartas y callen barbas, respondió el de la Chancillería alargando á su vez otro papel á Simon.

—Esta órden se halla en debida forma, dijo estando con el reverso de su mano un golpecito en el papel, como para atestiguar la verdad con que razonaba.

—Nadie ha puesto en duda estas firmas, contestó el otro levantando el suyo en alto.

—Por consiguiente no me obstruya el paso.

—Déjeme usar de mi derecho.

—Yo represento la Chancillería en pleno.

—¡Yo la Inquisición!

—Respete ucé los birretes y garnachas (1).

—Y usarced las heróicas cruces verdes y coronas clericales.

—Me obligará á usar de la fuerza.

—Vereme en la presicion de atropellar á ucé.

—¡Atrás, seor curiana!

—¡Paso, señor cuervo!

—¡Compañía!

—¡Soldados!

—¡A ellos!

—¡A ellos!

Iba indudablemente á empeñarse una horrorosa lucha alguacilesca, que hubiera inmortalizado el nombre de los impertérritos golillas, cuando el de la Chancillería suspendió las hostilidades asaltado de un luminoso pensamiento.

—¡Alto, señores, alto! se apresuró á decir. Entendámonos, señor cofrade, que un esceso de celo en

(1) Ropaje antiguo de los oidores.

defensa de su causa le ha obstruido notablemente su cerebro. Sepamos antes de todo á quien viene á pescar en estos sitios.

—Manifiésteme primero ucé el nombre de la persona que va á recibir su galfada, contestó un tanto amostazado Avecilla del modo con que le trataba su compañero.

—Para concluir, diré á ucé que se me ordena proceder contra el individuo de una gitana llamada Violeta.

—Pues sepa usarced, señor camarada, que en busca de la misma vengo yo, y á mayor abundamiento, para prender á un esclente perillan.

—Entonces conocerá ucé que no podemos los dos llevarnos á una misma persona; por consiguiente, conténtese con el perillan y déjeme á la gitana.

—Nunca consentiré el mas leve menoscabo en mis facultades; vengo por dos, y dos he de llevarme.

—Allá lo veremos, replicó algo sério el de la Chancilleria. Por ahora, procuremos principalmente su captura, que luego dispondrán de su persona los tribunales.

—Me aplasto á la verdad de su argumento, respondió Avecilla; caiga el pájaro en la red, que luego disputaremos la propiedad.

Y unidos ambos colegas y sus destacamentos, se dirigieron á la puerta de la cueva.

Mientras el altercado de los alguaciles llegó Lara á las Minas, y absorto en sus pensamientos penetró en la cueva de Violeta sin haber visto á los soldados. La tapada asomó á este tiempo por aquel sitio, y vió entrar al aventurero.

—¡Ah! dijo para sí; he aquí descifrado ya el enig-

ma. Su modo brusco de recibirme consiste en la gitana: ¡famoso descubrimiento! corramos á dar cuenta á la señora del motivo de su esquivéz.

Hecho este razonamiento, desapareció por el camino de San Nicolás á buen paso.

.....

Grande fué el sentimiento de Lara al ver desierta la cueva. Desolado corria por aquel pequeño recinto repitiendo sin cesar el nombre de Violeta; pero sus voces ni aun tenían eco. En una de sus vueltas resbalaron sus piés por una superficie húmeda, y cayó de bruces al suelo. Era sangre; pero fría, helada.

—¡Violeta! ¡Violeta! exclamó levantándose fuera de sí; ¿dónde estás? ¿por qué me separé de tí, pobre criatura?

Yendo y viniendo como un demente hácia todos lados, reparó en un pequeño nicho que habia en la segunda pieza de las dos de que constaba la cueva, cuyo local recibia la luz por una alta claraboya. Detúvose un instante y respiró un aromático ambiente. El suelo estaba tapizado de hojas de limonero y flores de violeta, y en el centro del nicho colgaba solitario un pequeño cuadro con marco de oro, representando la figura de un hombre joven y buen mozo.

Al ver Lara el retrato, lo arrancó de su sitio y se puso á examinarlo con detención.

—¿Quién será? decia interiormente cediendo á una curiosidad que no estaba exenta de celos; ¿quién puede ser sino su amante? continuó con languidez. ¡Su amante...! ¡cielos...! Por otra parte, tampoco tengo derecho á quejarme; ha podido hacer su voluntad: es

libre; libre como la tórtola de lo bosques; nada tiene que ver conmigo.

Con estas razones procuraba consolar el mancebo su naciente amor burlado.

—Pero de todos modos quiero buscarla; quiero saber su paradero, su estado, y entonces... le devolveré este objeto que aquí pudiera ser robado, y me agradecerá el interés al menos.

Efectivamente, guardose el retrato, y se dispuso á salir; pero al llegar al umbral de la cueva, halló el paso obstruido por una muralla de alabardas y arcabuces.

Eran las tropas que auxiliaban á los alguaciles, quienes por un piadoso y cristiano sentimiento de amor á sus personas, se habian quedado á retaguardia, echando delante á los soldados.

—¡A ese! ¡á ese! gritó Avecilla al columbrar á Lara.

Los soldados se apoderaron de Ginés, que no opuso la menor resistencia. El estado fatal de sus ideas le tenia en una postracion absoluta.

Ademas, su magnífico espadon lo habia olvidado en su cuarto, distraido por las difusas relaciones del hablador Gimenez. Con su daga solamente hubiera sido un loco empeño hacer frente á tantos hombres armados.

—Registrad vosotros adentro, exclamó con estentórea voz el alguacil de corte luego que el aventurero estuvo atado, y ponedme á la gitana á tan buen recaudo.

Los soldados buscaron en balde, noticiándolo asi á

los dignos corchetes. Entonces AVECILLA se dirigió á Lara interrogándole.

—¿Dónde se oculta tu cómplice, buena pieza?

Nada contestó Ginés; pero echó tan tremenda mirada al alguacil, que le hizo retroceder espantado.

—¿No quieres responder? bueno, dijo el colega de Plumero; las cuñas le harán despegar el pico.

—Puesto que lo hemos encontrado *in fraganti* en casa de la gitana, debe forzosamente saber su paradero, replicó el inquisitorial alguacil.

—Habla usarced como un señor oidor, contestó su compañero; suyo es el preso, lléveselo muy enhorabuena, que yo voy á dar cuenta del resultado de mi comision.

Tornáronse á saludar ambas aves de rapiña, pero con mas cortesía que lo hicieron anteriormente, y cada cual marchó con su escolta por donde habia venido, sin que Lara, preocupado con la desaparicion de Violeta y el encuentro del retrato, preguntase la causa de su prision, no obstante lo cual, el vengativo y cruel Simon le iba diciendo por el camino:

—Sepa el militar, tan orgulloso como temerario, que no en balde es el alguacil, á quien tuvo la osadía de abofetear, individuo del Santo Oficio. Mire otra vez, y mírelo muy despacio, en qué casta de persona sienta sus descomunales dedos, pues mas le valiera haber muerto cien veces al mismo presidente de la Chancilleria, que arrollar ni aun de palabra al dependiente mas insignificante de la Inquisicion, que protege la majestad de nuestro buen monarca don Felipe II, que Dios guarde dilatados años para el mas alto y poderoso encumbramiento de la misma. Amen.

CAPÍTULO VI.

Donde Violeta cuenta su historia.

Habia en la época á que se refiere nuestra verídica narracion, un sitio retirado por el *camino de San Diego*, hácia la misma parte en que ahora se halla situado el *Mirador de Orlando*, donde se levantaba una blanca casita, rodeada en el verano de frondosas pararas y fragantes rosas. Dominaba desde su torrecilla los risueños cármenes de *Dinadamar*, el solitario monasterio de Cartuja y parte de la ciudad de Boabdil. El sol de invierno caldeaba sus reducidas aunque lim-

pías habitaciones, y el sañudo huracan no penetraba por sus ventanas de claros vidrios.

En este retiro vivia tranquilamente un viejo muslim, respetado de todos sus compañeros por las maravillosas curas que debian á su profunda ciencia y vastos conocimientos en la botánica.

Sin embargo de que tambien se habia bautizado, conservó su primitivo nombre de Abul-Abbas, con el que era conocido de todos los vecinos del Albaicin y Granada. La justicia jamás le habia incomodado á pesar de ser problemática su religion, merced á la intachable conducta que en su solitario albergue observaba.

Cariñoso y franco con los que iban á recibir de sus eficaces medicinas la salud que les faltaba, ni aun gratitud exigia en premio de sus afanes, y en el mismo consuelo que derramaba sobre la humanidad, aliviando sus dolores, hallaba el viejo Abul su mejor recompensa.

A este oscuro retiro fué conducida la gitana por los que se la llevaron medio muerta de su pobre cueva. Era el dia 2 de enero de 1569. Un sol brillante habia disipado la niebla con que amaneciera, y se ostentaba sobre el azul espacio, claro y rfulgente. La tierra, cubierta por tantos dias de agua y de nieve, se alegraba del grato calor que recibia, mostrando su contento en la lozania de sus trigos y la verdura de su yerba. Los pájaros piaban en las ramas de los desnudos árboles acariciando con el pico sus entumecidas alas, que estendian despues volando, para disfrutar mejor el vivífico rayo del reanimador planeta por tanto tiempo oculto.

Gozando tambien de su grata lumbre estaba en la torre de su casa el viejo Abul-Abbas, y curando á la vez las heridas de Violeta. Los eficaces cuidados del botánico y sus medicinales yerbas habíanla arrancado de la muerte, que de otro modo la hubiera inevitablemente sobrevenido.

Sentada en un muelle almohadon de pluma, con un vestido rojo, semejante al que llevaba cuando la vimos en la plaza Nueva al principio de nuestra historia, y el cual debia á la munificencia del viejo Abbas, estaba la gitana, siempre hermosa, siempre hechicera, y el pálido color de sus mejillas favorecia á la encantadora y melancólica espresion de su rostro.

Acabó el anciano de vendar la herida, y se sentó junto á la jóven mirándola con paternal cariño.

Frisaria Abul-Abbas en los setenta años, y su barba larga y blanca, unida á la triste dulzura de su semblante, le daban cierto aire de semejanza con los antiguos patriarcas.

—No debes estar triste, hija mia, deciale á la gitana; pasado mañana, y tal vez mañana mismo, estará completamente curada la herida; ¿por qué, pues, mostrarse tan pesarosa?

—Perdonadme, padre mio, si parezco ingrata á vuestros beneficios, que mi vida entera no basta á satisfacer... pero... ¿qué quereis? tengo siempre en mi memoria la desgracia que persigue á mi raza aventurera, y nada basta para hacérmelo olvidar.

—¡Pobre niña! ¡Cuán injusto es el mundo en que vivimos! Te odia, te escarnece, ¿y por qué? ¿qué daño le has causado? Por ventura, ¿no trascurre tu existencia olvidada de todos, sin tener mas roce con ellos

que el que te es preciso para adquirir un pedazo de pan?

—¡Ay señor! ¡demasiado ciertas son vuestras palabras! mas por desgracia no nos comprende así el mundo. Cuando para no morirme de hambre cruzaba calles y plazas, bailando al compás de la pandereta y ejerciendo la gaya ciencia, única habilidad que poseo, algunos me miraban con lástima, otros con brutales intenciones, que se revelaban en la cínica espresión de su semblante, y la mayor parte con cólera y desprecio; pero zumbando siempre en mis oídos los dicterios de holgazana y aventurera con que me escarnecían al pasar.

¡Cuántas veces me retiraba cansada y angustiada, con las lágrimas en los ojos y la pena en el corazón, creyendo escuchar aun las injurias que se complacían en arrojarme al rostro! ¿Y qué podía hacer la infeliz gitana, rechazada en todas partes, aborrecida de aquellos á quienes se llegaba á pedir por caridad que le enseñasen una ocupacion para alcanzar su subsistencia? Abandonada desde mi niñez, sola en el mundo, sin una mano que protegiera mi aislamiento, ¡ay! ¿qué me restaba en la vida? ¿cómo mantenerme? ¿cómo vestir mi desnudez? Ejercía la sola habilidad que había aprendido, y por eso me maltrataban y decían que era enemiga del trabajo!

—¡Pobre hija mía! exclamó Abul-Abbas conmovido en extremo.

—¡Cuántas y cuántas veces, continuó lánguidamente Violeta, sentada á la puerta de mi cueva, que bañaba la luz clara y hermosa de la luna, recordaba los sufrimientos del día; y al repetir maquinalmente los

insultos de que habia sido objeto, dejaba de comer el negro pan ganado con mi trabajo, y lleno de lágrimas lo arrojaba al suelo, entregándome despues al dolor mas vivo y cruel pensando en mi desdichada suerte! ¿Y creereis una cosa, padre mio? pues amaba este padecer, que heria mortalmente mi alma, porque era el único compañero de mi soledad.

—Y dime, Violeta, exclamó el viejo morisco llorando á su pesar; dime, pobre gitana, ¿te ha faltado alguna vez esa resignacion santa con que sufrias tu penosa adversidad?

—Nunca, señor, nunca, contestó tranquilamente la gitana, lloraba y nada mas. Cuando mi dolor era demasiado intenso para mis fuerzas, corria á un departamento de mi cueva, donde siempre habia flores, que cuidaba de renovar todas las mañanas, y postrándome alli de hinojos ante un retrato de mi padre, me estasiaba contemplándole, y su vista era un bálsamo saludable que mitigaba el punzante dolor de mis heridas. Mas, ahora que recuerdo... ¿quereis decirme, padre mio, si podré salir mañana?

—¿Por qué ese afan, querida hija? ¿Tan mal te hallas en mi compañía que ya deseas abandonarme? contestó con acento de dulce reconvencion el viejo.

—¡Ah señor! replicó afligida la gitana; ¡cuán poco conoceis mi corazon! Suponerme tan ingrata, cuando lo único que ambiciono seria el estar eternamente con vos, siempre á vuestro lado...

—Y lo estarás, Violeta mia; con tu presencia rejuvenecerás las tristes horas de vida que le resten á este débil anciano: serás el vástago frondoso donde repose la yedra, marchita y amarillenta por el peso de los

años. ¿Pero qué interés te mueve á desear tu salida?

—Anhelo tener conmigo el retrato de mi padre; ¿si viérais cuán hermoso es?

—¿Mas quién te dió ese retrato? ¿Conociste á tu padre por ventura? Si no estás fatigada, cuéntame tu vida desde la época mas lejana que recuerdes. ¡Si supieras el cariño que me inspiras!

—Mi historia, señor, ya la sabeis; sufrir y llorar siempre, ¡siempre! Era muy niña, y vivia con una vieja gitana, llamada Aurora, en la cueva que siguió despues dándome abrigo. Cierta dia, ¡oh! lo recuerdo muy bien por la dolorosa impresion que me produjo, ví entrar á Aurora pálida y cubierta de sangre.—¿Qué teneis, madre mia? exclamé arrojándome en sus brazos.—Nada me contestó. El vivo dolor que experimentaba le impedía hablar. Despues de algunos instantes, durante los que procuraba atajar en balde la sangre que á borbotones salia de una profunda herida que le dividia la cabeza, supe que se la habia causado una turba de muchachos, que continuamente la perseguia arrojándola piedras á las voces: *¡á la hechicera! ¡á la gitana!*—Mis cuidados fueron inútiles; por desgracia era muy vieja, y aquel golpe la condujo al sepulcro. Pocos momentos antes de morir me llamó á su lado, y señalándome con su descarnado dedo el retrato y un collar de corales, que estaban siempre pendientes de la pared, y cuyos objetos, aun sin saber nada, miraba yo con un grande cariño, me dijo: «Viola, guarda esa imágen en tu seno; es la de tu padre... En cuanto al collar...» Una convulsion que le acometió á este tiempo ahogó las palabras en su garganta: cinco minutos despues ya no existia.

Mucho lloré á la buena vieja que me habia criado; pero tuve sola que consolarme. Recordando sus últimas palabras, púseme el collar, que debería tener alguna relacion con el retrato, y me dirigí á varias mujeres para que me enseñasen algun oficio... una ocupacion en que invertir el tiempo y ganar mi vida... porque tenia hambre... ¡Ay! burláronse de mis tormentos, y me arrojaron á la calle cerrando sus puertas: mi único recurso entonces fué recorrer el pueblo bailando en las plazas públicas como todos los de mi raza.

De este modo he crecido, y así ha pasado mi vida; triste y desgraciada. Una noche, no hace mucho tiempo, oí con asombro que llamaban á mi puerta; dudando estaba un momento si abriria, cuando estalló al impulso de un violento empuje, y se llenó mi habitacion de embozados. Eran, como supe despues, partidarios de Aben-Humeya, y... para qué cansaros con pormenores, vieron aquellos hombres en mí un instrumento útil para sus maquinaciones, y amenazándome de muerte, me obligaron á servirles... ¿Qué resistencia podia oponerles? sola... abandonada... El segundo dia de Pascua me trajeron un vestido de dueña, para que disfrazándome de este modo, fuese de noche á la *placeta de S. Miguel*, y á los encubiertos que hallase debajo del álamo del centro (1), antes de los maiti-

(1) Este antiquísimo árbol que por espacio de muchos años habia permanecido frente á la puerta de occidente de S. Miguel como un vecino fiel y pacífico, fué hecho pedazos en la noche del 2 de setiembre de 1852, para que sirviese de combustible en un horno.

¡Pobre Granada! misero resto de la grandeza en que brillaste

nes de Santa Isabel, les dijese: *Farax vendrá á las doce*. Asi lo hice; permanecí luego en la iglesia, y á la salida, queriendo huir prontamente, asustada del motin que se habia promovido por mi causa, atravesé por medio de la refriega, y fuí herida en el costado. Sin embargo de la sangre que derramaba y del vivo dolor que sentia, logré llegar arrastrando hasta la puerta de mi cueva. Débil, aterida por la nieve de que estaban empapados mis vestidos, caí sin fuerzas al suelo, y Dios sabe lo que hubiera sido de mí, á no haberme amparado un hombre compasivo que pasaba á la sazón por aquel sitio.

—¡Pobre niña! ¡cuánto padecer! exclamó acongojado el botánico; y aquel hombre...

—Ese hombre, continuó con emocion febril Violeta, es el único que se ha interesado por la vagamunda gitana, que la ha protegido, y me atrevo á decir que hasta amado. ¡Ay señor! yo tambien conozco que le amo; siento en el corazon un impulso que me arrastra hácia él; y su rostro, risueño y varonil, siempre está presente en mi imaginacion; ya cierre mis ojos el sueño reparador, ya los abra la luz del nuevo dia.

—¿Será tal vez ese hombre uno de los que aquí te condujeron?

—¡Ah! no señor... Esos hombres le hubieran muerto á haberlo encontrado conmigo. Esos hombres eran mis verdugos. Una vez los he visto aquí durante mi enfermedad, y su recuerdo me horroriza. Proteged-

un dia, triste sombra de tu pasado espléndido y glorioso, débil recuerdo de tu opulencia artistica y poética! ¡Pobre Granada! ni aun respeta el espíritu mercantil del siglo XIX la osamenta de tu esqueleto!

me, padre mio; no me entregueis á esos hombres si volviesen para llevarme: por lo que tengais de mas sagrado concededme este favor.

—Tranquilízate, hija mia; no te apartarán de mi lado; conmigo vivirás en adelante; te lo juro.

—Pero observad que su audacia llegará al extremo de arrancarme á la fuerza de vuestra casa, si me consideran conveniente á sus intentos.

—¡Oh! no temas, no, Violeta. ¿Quién será el osado que arrolle del viejo Abul el retiro silencioso?

—¡Cuánto bien me hacen vuestras consoladoras palabras! Gracias, señor, gracias; y Violeta se arrojó en los brazos del morisco, bañando con sus lágrimas el venerable rostro del anciano.

La pobre bailarina no habia gustado jamás la dulzura del consuelo.

—Te olvidas de una cosa, Violeta, dijo el viejo, por la que mostrabas mucho interés al principio de tu historia.

—¡Yo! ¿y de cuál?

—El retrato de tu padre.

—Es verdad; pero tambien á vos se os olvida otra, ó mas bien no habeis querido decirme cuando podré salir para traérmelo.

—¿Estará aun en la cueva?

—Sin duda; ¿quién se habrá atrevido á entrar en la habitacion de una gitana?

Dos golpes que sonaron en este momento á la puerta de la casa interrumpieron á nuestros personajes.

Sobrecogiose de espanto Violeta creyendo que los moriscos volvian por ella. Desprendiose el botánico de los brazos con que esta le enlazaba, y fué á saber quien era el que turbaba el sosiego de su tranquila mansion.

CAPÍTULO VII.

Quien era el que llegaba á la casa del viejo, y á lo que dió lugar su venida.

Abrió el viejo Abul su puerta, y se encontró con un soldado de buen porte y mejor estatura. Llevaba colete azul, sombrero blanco, espada larga, ancha daga y un arcabuz terciado sobre el hombro. El barro de que aparecían salpicados calzas y gregüescos, daban á conocer que acababa de llegar de algun viaje; traia un papel en la mano, que entregó al morisco tan luego como se dejó ver en el umbral, diciéndole:

—Creo no haberme equivocado.



Miró el botánico el papel con visibles muestras de disgusto, y contestó devolviéndolo al soldado.

—No señor, á mi casa viene dirigido; pase, pues, adelante; pero le advierto para mientras permanezca en ella, que tiene que servirse así propio: carezco de criados y de bienes para mantenerlos.

Nada respondió el alojado á tan brusco recibimiento, y siguió al dueño de la casa: entraron en una sala decentemente amueblada, cuyas ventanas caian al jardin.

—Este departamento es el de ucé, señor militar, dijo el viejo con sequedad indicándoselo al soldado; y volviéndole la espalda, se dispuso á salir murmurando:

Ya extrañaba que no se hubiesen acordado de mí para regalarme semejantes huéspedes; y no podian haber venido en peor ocasion... este será algun desalmado como toda esa polilla de aventureros, capaz de... ¡Oh! ya pondré á Violeta á buen recaudo, resucitando los usos de mis antepasados.

Ya iba á salir del todo, cuando volviendo el rostro á su alojado, le dijo:

—Oiga ucé: si necesitase cualquier cosa no alborote la casa á gritos, segun es costumbre entre sus compañeros; con un golpe que dé en el techo me tendrá al instante en su presencia.

El forastero inclinó levemente la cabeza, y Abul-Abbas salió cerrando la puerta.

Luego que aquel se vió solo, sentose en un taburete, dejó su arcabuz en el suelo, y echando el brazo sobre una tosca mesa que á su lado tenia, quedó sumergido en meditacion profunda.

Tendria al parecer el soldado de unos treinta y cin-

co á cuarenta años, ojos negros y penetrantes, nariz aguileña y un enorme bigote, al que no ha mucho debería haber acompañado una fuerte y espesa barba, pero que toda rasurada entonces, dejaba libres las formas de su rostro, marcando de un color blanco azulado la parte inferior de sus tostadas mejillas.

Después de algun tiempo de reflexion incorporose sobre su asiento, y sacando del bolsillo de sus gregüescos un sucio y arrugado pergamino, escrito en árabe, comenzó á leerlo con mucha pausa, repitiendo varias veces sus palabras.

El pergamino decia lo siguiente.

«Débiles y medrosos los leones por la esclavitud que arrastran, no tornarán jamás á su fiereza sin la presencia de un jefe: indispensable es su venida. Dos algaradas se han frustrado por su falta; venga, pues, y se exterminarán los opresores.»

—¿Será cierto? exclamó al cabo de unos cortos instantes; ¡ah..! no lo creo. La presencia, la voz de un jefe podrá infundir alientos á esa gente acostumbrada á las cadenas que les agobian; pero será una llama efímera, un puñado de pólvora sobre unas pocas ascuas... humo y nada mas; humo que se disipa con el viento. ¡Ah..! ¡si por el contrario me engañase..! ¡si levantarán los leones su garra entumecida..! ¡ay de los tiranos que adurmiéndose entre flores nos arrojan á la cara sus espinas y despojos..! El polvo de sus huesos de lecho nos serviria, y nutriríamos nuestros perros con la sangre de sus arterias.

Los ojos del soldado brillaron con un esplendor siniestro. Después de unos momentos de pausa, en que pareció saborear aquella idea, hizo trizas el pergamino

no y atacó el arcabuz con sus pedazos. Levantándose en seguida, tocó en el techo con la misma arma y se puso á pasear.

No tardó en presentarse Abul-Abbas.

—Buen viejo, le dijo aquel, me hallo muy cansado; ninguna hosteria debe hallarse por estos sitios; dadme algo de comer y decidme su valor, que al punto se-reis satisfecho.

—Bien, bien, contestó el morisco; conozco su situacion, y siendo por hoy solo... ¿lo entiendes? únicamente por hoy se le dará de comer.

El viejo volvió á marcharse, y el soldado, viendo el jardin, saltó por la ventana, y comenzó á mirar y oler algunas plantas como gozoso de encontrarlas, examinando otras con la curiosidad y alegria del mas consumado botánico. Ya se disponia á volver, despues de haber recorrido todo el jardin, cuando hirió sus oidos un grito agudo, sofocado prontamente. Miró hácia todas partes; pero sin ver á nadie. La torre de la casa, de donde pareció haber salido, estaba desierta. Parose un rato á escuchar si volvía á repetirse... Sucedió un prolongado silencio: ni el mas leve rumor se percibia. Dirigióse entonces á la casa, y al saltar á su aposento vió al anciano Abul, que lo estaba buscando por todos lados, con un pernil de pato en una mano y una escudilla de legumbres secas en la otra.

—El patron sabrá dispensarme, se apresuró á decir el soldado notando el desapacible gesto que puso al mirarlo entrar de aquel modo; pero aficionado á plantas como lo demuestra la escelente coleccion que posee, conocerá el deseo que debe inspirar su vista

á otro aficionado, perdonándole la libertad que se toma en ir á examinarlas sin su permiso.

Aquel modo de producirse, impropio en el aventurero de sus dias, por ser extraño á toda clase de miramiento, unido al placer que experimentamos cuando solemos hallar en otra persona nuestras propias inclinaciones, desarmaron la cólera del anciano, tornando en gozo el rencor de que estaba poseído.

—¡Cómo! ¿sois botánico por ventura? exclamó con alegría.

—Anhelo conquistarme ese título, aunque estoy muy lejos de él en la actualidad, contestó modestamente el soldado.

—Ya veremos luego la razon que le asiste para mostrarse ignorante; por ahora, tome estos manjares, que es lo único de que puedo disponer.

—Mas es de lo que me prometia; gracias, amable patron.

Y el militar se puso con gran donaire á despavilar el pernil y las legumbres.

—Debo decir al consumado botánico, prosiguió mientras comia, que será bien corta la incomodidad que le proporcione. Tal vez tenga que desalojar su casa dentro de dos dias; pero viva en la seguridad que jamás olvidaré la acogida que le he merecido.

—Puede hacer el señor soldado lo que le convenga, respondió el patron, á quien iba interesando cada vez mas su huésped; y bueno será tambien que sepa que mi casa siempre estará abierta para él.

Ya se habia desvanecido en el viejo Abbas toda la incomodidad que le produjo la venida del soldado, apareciendo su corazon generoso y bueno.

—Esta tarde me será preciso salir, dijo aquel dando fin á su frugal comida, y tal vez no vuelva en toda la noche: os lo advierto para que no me esperéis.

—Agradezco su atencion; pero antes de que se marche, ¿me será permitido preguntarle al soldado, con qué nombre le habré de conocer en lo sucesivo?

—Llamadme Fernando si os parece: por tal nombre respondo á mis camaradas.

—Pues señor Fernando, hasta mas ver; la puerta de la casa está enfrente de la de vuestro cuarto.

—Os estimo la advertencia.

Hizo el botánico un afectuoso saludo al militar, y subió á la torrecilla, donde halló á Violeta pálida y agitada al parecer de fuertes emociones.

—¡Ah padre mio! dijo al verle subir; ¿quién es ese hombre que he visto en el jardin?

—¡Violeta! ¿qué te ha sucedido? exclamó asustado Abul notando las descompuestas facciones de la jóven.

—Ese hombre, decidme por favor quien es, continuó con exaltacion.

—¡Quién ha de ser! El que llamó hace poco á nuestra puerta; el alojado que debemos á la munificencia de la justicia.

—¡Abul! ¡Abul! ¡ese hombre es mi padre!

—¡Tu padre! exclamó absorto el buen viejo.

—Sí, sí, prosiguió la gitana; es la imagen del retrato: sus ojos... la espresion de su semblante... ¡oh, sí! el mismo... el mismo... lo he reconocido sin embargo de no ser tan jóven. Id, padre mio, corred á mi habitacion, mirad el retrato, y quedareis, como yo, persuadido de que es mi padre ese soldado.

En este instante se oyó cerrar de golpe la puerta de la casa.

—¡Violeta! exclamó el anciano con precipitación; ¿quieres que lo llame...? aun no puede estar lejos.

—Si, llamadlo; ansio convencerme de mi felicidad; pero no... no le llameis; se avergonzará de reconocer por hija á una gitana.

Ya era tarde. El anciano habia bajado las escaleras con toda la ligereza que le permitian sus años; abrió la puerta y corrió hácia el camino: cuanto anduvo fué en balde. El soldado habia desaparecido.



CAPÍTULO VIII.

**Se trata de una reunion de moriscos, donde se dejan
entrever sus odio y maquinaciones.**

En la *placeta del Mentidero*, en el Albaicin, habia por los tiempos á que se remonta nuestra narracion, una casa de mezquina apariencia, pero grande y rica en el interior. Era habitada por un morisco llamado Anselmo Perez, de edad provecta, ojos torvos y suspicaz intencion. A juzgar por los registros de la policia, era el tal Anselmo Perez el cristiano mas justo y mas perfecto modelo de los nuevos católicos que pudiera hallarse en ciudad morisca; pero séame permitido decir en honor de la verdad, que en esto sucedia como

en muchos de los informes que toma la justicia, ó hablando mas claramente, que eran falsos de todo punto; pues el señor Anselmo Perez, con su hipócrita sonrisa, que vagaba siempre en sus delgados labios, y su monita sagaz, con la que engañaba á cuantos pretendian saber de su vida, era nada menos que el fundamento mas sólido que tenian en Granada los rebeldes de las sierras, como podrá convencerse de ello el que leyere cuanto en este capítulo se relata.

La noche del mismo dia que llegó á casa de Abul el soldado Fernando, ó por mejor decir, la del 2 de enero de 1569 á las once en punto de ella, llamaba un hombre envuelto en una larga capa negra guarnecida de anchas pieles, á la puerta de la casa de que llevamos hecha mencion. Despues de un largo rato de espera, abriose un ventanillo rejado que tenia en el centro, asomó un pálido y enjuto rostro, y una voz chillona y gangosa articuló las siguientes palabras en árabe.

—*Fatah* (1).

—*Kazib* (2), contestó el de afuera.

Acto continuo rechinó la puerta sobre su quicio, dejando libre paso al que llegaba. Tornó á cerrarse en seguida, y el mismo Anselmo Perez con una linterna en la mano guió al desconocido á través de pasadizos y corredores. Al final de un estrecho callejon levantó una trampa oculta en el suelo, é hizo ver á su compañero el principio de una escalera oscura y medrosa que quedó descubierta. Bajó el embozado sin

(1) Victoria.

(2) Venidera.

titubear ni decir una palabra, y siguióle Anselmo, cerrando tras sí la trampa. Como veinte escalones descendieran, cuando se hallaron en un magnífico aposento alumbrado únicamente por los claros resplandores que salían de una puerta situada en el ángulo izquierdo: hacia allí se dirigió el hombre de la capa atravesando resueltamente los umbrales, y se halló en una estancia cuadrilátera. Las paredes estaban adornadas con cenefas de primoroso alicatado, y menudas y caprichosas labores trabajadas en estuco; apareciendo en el techo, formado de cúpulinos, embutidos de concha y nácar. Tres lámparas de metal suspendidas del arco de entrada, sostenido por cuatro columnas de mármol de Carrara, alumbraban aquel recinto, donde había doce ó quince hombres de siniestro semblante, que á la llegada del embozado suspendieron la conversacion que traían en voz baja, volviéronse hacia la puerta, y se inclinaron hasta el suelo con visibles muestras de humildad.

Tanto el nuevo intruso como los hombres de la estancia, iban vestidos á la usanza española.

—Bien venido sea el enviado del Aguila de los montes, dijo uno de los circunstantes.

—No podrán quejarsele sus hijos, contestó el recién llegado. Han dicho los leones: «Necesitamos la presencia de un jefe; de un jefe elegido por el que proclamamos rey de Granada...» y aquí lo tienen ya. Es cierto que ha luchado con inmensos, con innumerables obstáculos; pero lo llamaban sus hijos, y los ha vencido todos. ¿Qué me queréis pues? Yo soy Abil-Malehk de Andarax, el enviado por el hijo de reyes, por el grande Aben-Humeya.

Los ojos negros del que hablaba paseáronse con orgullo por todo aquel concurso, fijándose un momento en otros ojos pequeños y grises, atraídos por la corriente magnética que estos despedían. Empero pudo mas la fijeza del de los negros, y los párpados contrarios se interpusieron entre el fluido que de unos á otros corría.

—Abil-Malehk, señor de Andarax, exclamó uno de los moriscos; ya te conocemos por el favorito del monarca, y solo tu presencia y tus palabras será bastante á disipar la negra nube que vemos estenderse sobre nuestro porvenir. Siete dias han corrido desde que estalló la mina preparada... pero sin fruto... voces y cuchilladas: he aquí en resúmen cuanto conseguimos; y no presumas, Abil, que en la errada direccion ha estribado la pérdida del golpe, no. La empresa fué bien conducida, testigos cuantos ves; mas los ánimos inquietos no estaban conformes: habia recelo, sí; recelo, y no infundado por desgracia: Aben-Hatar, que delante se halla, y el buen Anselmo Perez podrán confirmarte la verdad de mis palabras.

Abil-Malehk, pues ya sabemos el nombre del embozado, miró con asombro á los moriscos, y replicó:

—Recelo... ¿y de qué sospechaban?

—De que los vendiese algun traidor.

—¡Un traidor...! nombradme al punto al infame; nombrádmele, vive Dios, que no calentarán mañana su cabeza los rayos del sol naciente.

Titubeó el morisco antes de responder; pero solo fué un momento.

—¡Aben-Humeya! contestó resueltamente.

Un rayo fué para el enviado la contestacion del moro; mas reponiéndose prontamente, miró con la mayor

sangre fría uno á uno los rostros de cuantos allí se encontraban, y todos fueron repitiendo:

—Sí, ¡Aben-Humeya! ¡Aben-Humeya!

Un largo silencio sucedió á esta acusacion general. Anselmo Perez fué el primero que, dando un paso hácia Abil-Malehk, lo interrumpió diciendo:

—El día 18 de diciembre salió de Granada un hombre, disfrazado de morisco, que llevaba para Aben-Humeya una carta del marqués de Mondejar, y el emisario volvió á la siguiente noche con la respuesta. La del 26 era la señalada para el levantamiento de la ciudad. Los sublevados habian de ser protegidos por Farax-Aben-Farax, que con seis mil *monfies* penetrarian de pronto en Granada. Llega la hora, el grito de rebellion es alzado por nosotros, y Aben-Farax no parece, y la mayor parte de los nuestros son acuchillados, y todos quedan sin honra. Señor de Andarax, ¿es cierto lo que digo...? Aqui hay traicion y es necesario acabar con ella.

Palideció de rabia Abil-Malehk viendo el descaro de Anselmo Perez; pero no articuló una palabra. Entonces el morisco de los ojos grises exclamó adelantando tambien un paso.

—Yo, Malehk, yo estaba en Andarax cuando fué el supuesto moro. Yo ví al rey leer detenidamente la carta y contestarla en seguida. Nada dijo á sus soldados de semejante misiva; únicamente habló contigo en secreto... y aquel silencio le acusó. Despues me mandaste venir á Granada para prevenir á Muley-Hassan, conocido por Anselmo Perez, lo que habia de hacerse el 26 de diciembre, y en esto vieron algunos un pretexto para alejarme de tu lado y poder obrar libremente. Tus ene-

migos, porque los lienes en gran número, hicieron correr la voz de que se intentaba una vileza; la carta del de Mondejar confirmaba su opinion, y he aquí descubierta la causa de ese recelo, que vino á fomentar la traicion del 26 de diciembre; porque ha sido una traicion. Pregunta, uno por uno, á cuantos aquí nos hallamos, que somos, como tú sabes, las cabezas de tribu que reconocen por jefes nuestros partidarios de Granada, y de todos oirás las mismas espresiones que han salido de mi boca.

Calló el moro y los demas inclinaron sus cabezas en señal de asentimiento.

—He aquí el motivo, continuó despues Anselmo Perez, que nos obligó á pedir al rey un jefe iniciado en todos sus designios, para que desvaneciese las dudas y sospechas escitadas por su conducta, dudas que atraviesan cual punzadores dardos el corazon de los verdaderos hijos del Profeta, y empañan, fuerza es decirlo, aunque penoso, el brillante esplendor de su corona.

—De esa corona que el pueblo muslim ha colocado en sus sienes, repuso el de los ojos grises.

—¡Sí! ¡sí! añadieron en coro los demas conspiradores.

—¿Y que podrá arrancarla del mismo modo..? ¿No es este vuestro pensamiento? Acabad de una vez. Ya estais viendo mi calma. Abusad de ella á vuestro antojo, exclamó irónicamente Abil-Malehk sintiendo en su corazon una ira difícil de dominar.

—Enviado del rey de los moriscos, señor de Andarax, dijo Perez con audacia: comprometidas se hallan innumerables familias, y...

—¡Silencio por Mahoma! interrumpió Abil-Malehk.

irguiendo su cabeza y con ofendido acento. Esos cargos que vuestra credulidad é hipocresia se atreve á formular contra el monarca, nuestro amo, son altamente injustos, y podria responder en su nombre. El rey dispone de su voluntad segun cumple á sus designios, y nadie tiene derecho para pedirle cuenta; pero Aben-Humeya no es tirano, ni se engrie con la corona que ciñe su cabeza. El monarca que habeis elegido se declaró vuestro padre desde el instante en que le aclamásteis bajo la encina de Cadiar, y va á daros pruebas por mi conducto de la firmeza de sus palabras. Sabreis el contenido de la carta del de Mondejar; de la carta que ha levantado esa tenebrosa nube que oscurece el porvenir de su pueblo y empaña su corona de rey; pero cumple á mi decoro advertiros que cedo en esta explicacion á un generoso sentimiento, no á la fuerza ni al temor. La carta dirigida á Aben-Humeya por el comandante de los tercios castellanos, era para obligarle á desistir de una guerra en la que tarde ó temprano habia de sucumbir por hallarse aislado y sin recursos ni esperanzas, prometiéndole en nombre de S. M. el rey Católico, el perdón para sí y todos sus súbditos, y aun de otorgarle algunas mercedes. Este es el verdadero contesto de esa carta que tanto os ha alarmado: falta ahora imponeros de su respuesta.

—Basta, basta, dijeron algunos moriscos sojuzgados por la franqueza de Abil-Malehk, y algo corridos de la ligereza con que habian acusado á su rey.

—No basta, jefes, no basta, continuó con majestad el favorito. Habeis acusado sin pruebas, guiados de alguna maléfica intencion, y quiero enseñaros á cono-

cer á vuestro monarca para en adelante. «Se agradece al buen marqués de Mondejar sus promesas y voluntad; pero es de hierro la de Aben-Humeya, que se quiebra antes que doblarse.» Ahí teneis la contestacion de ese rey traidor, contra el que no habeis temido lanzar tan infamante cargo.

Calló Abil-Malehk, y ninguno de los presentes desplegó sus labios. Este, despues de haberlos vuelto á mirar con altanería, prosiguió.

—Esta noche parto para Ugíjar. Dentro de ocho dias os emplazo en este lugar para la lectura de ese documento; á su respaldo está de mi puño el borrador de la respuesta. Por lo que hace al socorro que os faltó la noche del 26 de diciembre, acusad á la providencia. Intransitables los caminos en fuerza de la abundancia de nieve, le fué imposible á Farax-Aben-Farax el llegar á la hora convenida. Si necesitais pruebas de ello, no faltarán, ¡vive Dios! prometo que habeis de quedar tan satisfechos de la verdad de mis palabras como lo está mi corazon. Pero os aviso que si ahora Aben-Humeya, á quien represento, se humilla hasta el extremo de convertirse en reo ante sus vasallos, es solo por esta vez, ¿lo entendeis? Porque guay de vosotros si esta leccion no es bastante á curaros para siempre del mezquino recelo que tan injustamente habeis concebido. ¡Silencio! nada quiero oir, continuó viendo á Perez dispuesto para hablar. Uno de vosotros ha de acompañarme hasta Ugíjar. Deseo quitar todo motivo de duda.

—¡Pero señor...! exclamó algo turbado el primero que habia hablado.

—Lo exijo, y mi voluntad ha sido siempre ley. A tí

te escojo, Ali-Athar. Mas antes de partir voy á haceros mi última advertencia. Conozco el móvil de cuanto ha pasado. No me es desconocido el verdadero traidor en este asunto; y si una miserable envidia ha podido ofuscar su razon, obligándole á cometer semejante vileza, bueno será prevenirle, que no siempre está el águila dispuesta á despreciar al gavilan que la incomoda.

Y acercándose al de los ojos grises, le dijo poniéndole una mano sobre el hombro.

—Abu-Agius, codicias el señorío de Andarax que me concedió Aben-Humeya... y odias á su poseedor; ¡pero ay del rastrero tigre que molesta al pacífico elefante! Nada tienes que hacer aquí; vuelve á Andarax y espera las órdenes del rey. Aliatar, ven conmigo: caballos nos dará Perez. ¡Señores, hasta dentro de ocho dias!

Saludáronle humildemente los moriscos, y salió de la estancia seguido de Ali-Atar y Anselmo Perez, que obraban maquinalmente dominados por la superioridad de aquel hombre. Los demas moros quedaron silenciosos y reflexivos.

No tardó en reaparecer el dueño de la casa.

—Partieron, dijo al entrar. Llevan mis mejores caballos de Fez.

Abu-Agius, como fué llamado el de los ojos grises, hizo una seña de inteligencia á Perez, que fué contestada por otra.

Algunos momentos despues se retiraron los moriscos diciéndose mutuamente.

—Hasta dentro de ocho dias.

CAPÍTULO IX.

En que se va á la casa de la dama de la celosía, donde se declara un misterio, que aunque lo hayan adivinado algunos, no es razon para que lo dejen de saber todos.

Nuestros lectores, si á bien lo tienen, podrán ir con nosotros á la casa situada en la plaza Nueva, esquina á la calle de Gomeles, donde si mal no recuerdan, miraba aquella señora, por entre una celosía, los personajes que al principio de esta historia conversaban próximos á aquel paraje.

Era la una de la tarde del mismo dia que prendieron á nuestro guapo Lara, ó lo que viene á ser igual,

la del tercero de pascua de Navidad, ocho dias antes de los sucesos referidos en el capítulo anterior; y en un salon adornado de ricos sillones, alfombra tunecina, tapices de Damasco, mesa con tapete de idem guarnecido con franjas de oro, y ademas muebles y útiles necesarios para presentar un lujo propio de categóricas personas (cuya eleccion y número dejo al capricho de mis lectores que podrán representarlo á su gusto), estaba un hombre vestido de negro, sentado junto á la mesa, leyendo en un antiguo libro de pergamino. Era delgado, viejo y de facciones regulares, que á pesar de los fatales signos que el tiempo inexorable habia marcado en todas ellas, indicaban claramente haber sido en su juventud, si no un perfecto Narciso, un hombre de los que pasan por guapos en el mundo, y que á mas de un corazon femenino haria palpar. Cuidado, lectores míos, que lo dicho es meramente una suposicion; ignoramos sus antecedentes, pues nuestro conocimiento con este personaje tiene la misma antigüedad que el vuestro. Nos apresuramos á hacer esta advertencia, para que la dicha suposicion, ó si *quier especie*, no pueda en ningun tiempo servir de base á la calumnia para asestar sus tiros contra la pureza de este señor, porque no pertenecia al mundo; era sacerdote y miembro del Santo Tribunal de la Inquisicion, y se llamaba don Iñigo de Vargas.

Leyendo en su libro á través de unos anteojos de plata, dirigia de vez en cuando algunas palabras á una mujer vestida con elegancia, que con malisimo gesto y de peor talante, bordaba las faldas de un traje de seda.

No hacemos el *boceto* de esta señora, porque medio lo trazamos al darla á conocer en la ventana de la casa en el primer capítulo de esta narracion. Era, pues, la misma, y solamente añadiremos para completar aquel, que tiene cuarenta años, algunas canas entre el cabello, boca fruncida, nariz larga y ojos malignos y pequeños, en los que cualquier observador podria leer cierta espresion de apetitos sensuales, que estaban en directa oposicion de su figura (permítasenos esta frase). Añádase á lo espresado el consabido apén-dice de la espalda, y habremos terminado el diseño.

Si en aquellos dias hubiera vivido en Granada el respetable doctor Gall, de seguro al reconocer la cabeza de esta vieja señorita, que se llamaba doña Catalina de Vargas y era sobrina del inquisidor, hubiera encontrado bárbaramente desarrollada la protuberancia, que estaria mas lejos de imaginar en vista de semejante *facha* y semejante *fecha*, valiéndonos de las espresiones de un fecundo y contemporáneo autor dramático.

Convengan conmigo, por la pasion de Cristo, que la sola palabra amor parece indicar, desde luego, belleza, sublimidad y poesia; y apuesto la joroba de doña Catalina, á que no encuentran una historia ó novela donde sean los amantes tuertos, zambos ó contrahechos. Me argüirán, y con muchísima razon, que iguales emociones puede sentir la fea que la bonita; si señor, no hay la menor duda en ello; pero si es mal visto en una hermosa un desordenado apetito de sensualidad, concédanme, por el divino martirologio, que es atrozmente insoportable en una fea, sobre todo, si ya es *dura* como la que ha dado lugar á esta digresion,

por aquello de que en sí propia tiene lo bastante para repugnar sin que necesarios sean los vicios. Harto injusto es pensar de esta manera; nadie escoge el molde en que ha de ser vaciado; no debería ser así; pero por desgracia lo es en este mundo sublunar; y como no blasono de reformista, ni aun por asomo, digo lo que sucede y lo que se piensa sin entrometerme á analizar si es bueno ó malo. Basta de circunloquio y vamos al grano.

Se hallaba sentada doña Catalina próxima á la ventana que tenia el aposento, la cual daba en frente del palacio de la Justicia. El sitio donde el inquisidor leía se hallaba á grande distancia del de su sobrina, así es que tenia que levantar la voz cada vez que se dirigia á ella. Esta parecia bastante inquieta: miraba con frecuencia por la ventana, enredaba la hebra, que rompía en un momento de cólera, y tornaba á enhebrarla rápidamente.

—¡Cuánto tarda...! ¡me consumo...! murmuraba de vez en cuando apretando los dientes.

—¡Catalina! dijo don Inigo observando la poca atención que le consagraba, me marchó á mi gabinete; cuida de avisarme cuando venga Avecilla. No sé lo que tienes hoy... te encuentro tan incómoda... y luego, apenas has escuchado mis traducciones del árabe...

—Ciertamente, tío; ni yo mismo sé lo que me pasa, contestó desabridamente la sobrina.

—¡Bah! contestó el de Vargas haciéndose el desentendido; no te olvides de llamarme tan pronto como se presente el alguacil. Y colocando el libro debajo del brazo, se fué de la sala murmurando: Bien

me sé lo que tienen estas doncellas cuarentonas... pero mejor será callármelo.

Al desaparecer don Iñigo de la puerta tiró al suelo el bordado Catalina, y asomándose á la ventana, permaneció como cinco minutos, pasados los cuales volvió á sentarse ya mas sosegada, y dando un terrible suspiro acompañado de un ¡gracias á Dios! mas terrible todavía.

Entreabrióse un momento despues la puerta de la sala, y una voz conocida nuestra pronunció respetuosamente las ceremoniosas palabras de ¿se puede entrar?

—Adelante, contestó Catalina con impaciencia.

Prévio este permiso, se presentó en la estancia una mujer, la misma tapada que siguió á Ginés despues de haberle detenido en la plaza Larga.

—Mucho me ha desesperado con su tardanza la dueña, dijo ásperamente Catalina al acercarse la mujer.

—Si supierais, señora mia, el frio que he pasado toda la mañana, aguardando su salida de la casa del morisco Gimenez, no me recibiriais tan mal.

—Pero al fin, ¿ha podido hablarle...?

—Si señora, y mas le valiera á su humilde criada no haberlo conseguido.

—Esplíquese y concluyamos.

—Es que ahora... acaba de sucederme lo propio que anteanoche... y...

—¡Cómo! ¿Tampoco ha querido escucharla? preguntó con desaliento Catalina.

—Ni mas ni menos, señora, dijo plañideramente la llamada dueña, y que por tal la tenia al servicio de su sobrina el inquisidor don Iñigo.

—¡Ah! qué desgraciada soy! exclamó la doncella

mas bien colérica que acongojada; y continuó con visibles muestras de despecho: si hubiera podido preveer cuan poco vale la dueña para ciertos asuntos, tiempo hace que me escusaria tan malos ratos como el presente, sirviéndome yo misma

—Pero, señora, considere su merced...

—Tenga en su lugar la lengua mientras hable su señora: sepa de una vez y para siempre, que estoy muy disgustada de sus servicios. No parece sino que tan árdua empresa es el dar una cita á un hombre. Aseguro que cuanto me ha referido son cuentos de su invencion, y que nunca le habrá hecho la mas insignificante seña, pues pasa de despropósito imaginar solamente que rehuya un soldado de estos tiempos es- cuchar al mensagero que le busca, si tiene faldas y aspecto de dueña. Ya vé como no se me engaña, doña Gómez; procure servirme mejor en adelante, ó dispóngase para salir de mi casa.

Despues de esta filípica *casera*, se levantó Catalina con el aire de una reina ofendida, y se dirigió á la puerta.

Doña Gomez se apresuró á detenerla, diciendo medio llorosa y compungida:

—Puesto que me obligais... Dios me es testigo de que no queria revelarlo... pero conozco que es indispensable para sincerarme ante vuestros ojos... Harto temia causaros un disgusto.

—Mucho preámbulo es ese, dueña; diga, diga presto lo que sepa...

—¡Ay señora! dulce señora mia...! Si ese hombre...

—Ante todas cosas; pudo averiguar su nombre...?

—Se llama Hernando Ginés de Lara, y está al servicio del marqués...

—Bien, bien, siga ahora.

—Decia, que si ha desdeñado escucharme, ha sido....

—¿Por qué? vamos, acabe.

—Porque tiene su corazon ya entregado, y al parecer con toda su alma, puesto que le incomoda hasta la idea de alguna nueva aventura.

Una palidez mortal cubrió el semblante de Catalina.

—¡Con que soy despreciada! dijo balbuciente de cólera.

—¡Libreme Dios de decir semejante cosa! ¿ni cómo seria posible cuando no conoce de vos ni aun vuestro nombre?

—¡Y qué importa! ¿Deja acaso por tal motivo de verse ajado mi amor propio?

—Ama á otra... ¿y quién es mi rival?

—Pásmese la señora, vergüenza me da el pensar-lo; una aventurera, una mujer perdida...

—Pero dueña, ¿quién es!

—La gitana que habreis visto mas de una vez decir la *buenaventura* en la plaza y tocar la pandereta?

—¿Violeta...?

—La misma, señora, la misma.

—¿Y no me engaña la Gomez?

—Es tan cierto...

—¿Ni cree engañarse?

—Lo he visto entrar en su cueva. Ademas que anteayer la siguió.

—Pudo hacerlo con otro fin, dueña, á veces las apariencias...

—¡Ay señora...! ¿cómo entonces explicar su esquividad para conmigo? No me equivoco: el amor salta á los ojos y estos venden el secreto. Una persona algo ducha conoce á primera vista...

—Basta: quiero convencerme por mí propia, interrumpió Catalina, quien procuraba acariciar la idea de que tal vez estaria en un error su servidora.

—Bien, yo me encargo de satisfaceros, contestó esta, alegre de la ocasion que se le presentaba para vindicarse.

En este momento volvió á entrar en la sala don Iñigo, y al propio tiempo un criado anunció al alguacil Avecilla. Doña Gomez, haciendo una cortesía, se internó en las habitaciones interiores, y Catalina empezó por la vigésima vez su bordado.

—Loado y reverenciado sea Dios en tan santa como respetable casa, dijo Avecilla entrando gravemente en la sala con el sombrero en la mano.

—*In secula seculorum*, contestó don Iñigo; bien venido sea el azote de los enemigos de Jesucristo.

Aquel cumplimiento llenó de gozo al corchete, haciéndole inclinar hasta el suelo su cabeza.

—Así es en efecto, señor, respondió despues, ó á lo menos procuro con todos mis recursos parecerlo; mas por desdicha el demonio anda listo, y burla en ocasiones el delicado y esquisito celo de los miembros del santo tribunal.

—A lo que presumo, replicó el de Vargas, no viene muy satisfecho el señor Avecilla de la comision de hoy.

—No, señor, no. Diría una mentira, la primera que hubiese salido de mis indignos labios, si lo contrario afirmara. Hoy ha sido para mí mal día... sin embargo de haberme persignado tres veces al levantarme, como cumple á todo buen cristiano, y á mas, buen servidor del Santo Oficio, porque me precio de serlo.

—Ya conoce el tribunal los sentimientos que en defensa de la religion animan al buen alguacil, y está reconocido cual corresponde. Cuando vaque la vara de prision, esté seguro...

Segunda reverencia de Simon.

—No soy merecedor de recompensa alguna, don Iñigo, dijo en seguida; pero me someto gustoso á los fallos del tribunal.

—Esa mansedumbre hace subir notablemente el valor de sus servicios.

Tercera inclinacion de Avecilla.

—Dadme ahora cuenta, continuó el de Vargas, del cumplimiento de la órden que firmó ayer nuestro reverendo padre el inquisidor mayor. ¿Ha capturado los irreligiosos?

—A medias, señor, á medias nada mas. La hechicera voló de su aquelarre abandonando la víctima, es decir, al hechizado, que es quien está en nuestro poder; pero no haya miedo que tambien caerá ella. Me he impuesto la terrible penitencia de no comer sino de sol á sol, y muy poco, hasta que una la bruja al maleficiado para purgar juntos sus delitos.

—Caridad, hermano alguacil, que todos somos prógimos.

—Si señor, caridad para con todos, justicia para con los réprobos y ganaremos el reino de los cielos,

como dicen que dijo nuestro santo padre el inquisidor general fray Tomás de Torquemada.

—Trae el parte de la captura del acusado?

—En toda regla, tomad.

—«Hernando Ginés de Lara, soldado al servicio del marqués de Mondejar,» dijo don Íñigo leyendo el aviso. Bien, veremos la parte de culpa que tiene y se juzgará con arreglo á ella.

Una exclamacion involuntaria salió del pecho de Catalina, que habia escuchado todo el anterior diálogo, al oir el nombre del aventurero, exclamacion que hizo volver maquinalmente las cabezas de inquisidor y alguacil.

—¿Tiene su señoría alguna orden que comunicarme? dijo este disponiéndose para retirarse.

—Nada por ahora, buen Simon.

—Pues con vuestro permiso me retiro hasta mañana.

Inclinose por cuarta vez Avecilla y salió de la estancia; el inquisidor volvió á su gabinete, y Catalina quedose pensativa murmurando:

—Preso...! ¿con que lo tengo casi en mi poder? ;y esta imbécil dueña que nada sabe...! Veremos lo que me conviene hacer en este caso.

Y poniéndose una mano en la mejilla, quedó largo tiempo sumergida en sus meditaciones.

CAPÍTULO X.

De como es bueno tener muchos amigos, pues si no hacen favores, pueden proporcionar distracciones y siempre es hacer algo.

En la *placeta de Santiago*, situada en medio de la *calle de Elvira*, se levantaba corpulento y sombrío el edificio donde el tribunal de la fe se reunía para sentenciar á los acusados de faltas contra la religion, que tambien encerraba en el propio local, del que aun quedan vestigios.

El lector me permitirá correr un velo que oculte los sombríos cuadros que tenía intencion de presentar, porque mi humor se entristece, y no es cosa de hacer lo mismo con el de mis lectores, que me culpa-

rán con doble motivo por la digresion y su género. Todo se reduce á un par de páginas menos: háganme gracia de ellas y pasemos á la historia.

En un reducido calabozo, cubiertas de toba las paredes por la excesiva humedad, salto de ventilacion, insalubre y asqueroso, estaba tendido sobre un monton de paja nuestro guapo aventurero Hernando Gínés de Lara, acusado por el alguacil Simon Avecilla del inaudito crimen que sabemos.

No crean nuestros lectores que cual otro Amadis de Gaula se hallaba encantado con el objeto de su cariño, sin acordarse siquiera de que existia. No señor: nuestro soldado adoraba á Violeta; pero esto no se oponia á que pasada la primera sorpresa, y viendo que lo encerraban nada menos que en la Inquisicion, señora que no era amiga de bromas, preguntase el delito que se le imputaba para semejante atropello, y diese á los diablos y se desatara en improperios contra el vengativo y mal intencionado Avecilla, que tan mal rato le proporcionaba, jurando cortarle las orejas la primera vez que se le pusiera á su alcance.

Si señor; todo esto hizo y mucho mas; pero adelantó tanto como si nada hubiera hecho, pues ni le dijeron por qué se le habia preso, ni le valió para que dejaran de encerrarlo en el calabozo donde lo hemos encontrado.

Dos dias se le pasaron en rabiar y desesperarse, negándose á tomar el pedazo de pan negro y la vasi-ja de agua que el carcelero le llevaba de veinte y cuatro en veinte y cuatro horas. Pero al tercer dia, conociendo que si espiraba de inanicion ni podria tornar á ver á Violeta y declararla su cariño, que era

su mas ardiente deseo, ni realizar lo que en segundo grado le cosquilleaba notablemente, cual era el segar las *aurículas* del golilla, se resolvió á comer, esperando el dia de su libertad, que atendiendo al resultado del escrupuloso exámen de conciencia que habia tenido tiempo de hacer, no estaba lejos, puesto que la sentia mas lijera que bolsillo de poeta.

A esta benéfica resolucion contribuyeron no pocas las instancias del carcelero, conocido antiguo de Lara, pero hombre incorruptible en el ejercicio de sus funciones, el cual ofreció, para hacerle menos penoso el cautiverio, proporcionarle todos los dias un cuarto de hora de recreo, relatándole algunas de las leyendas que contenia un manuscrito encontrado en uno de los calabozos del edificio, cuyo autor hacia pocos dias que fué llevado al quemadero; añadiendo que no le dejaba el espresado manuscrito por estarles prohibida la luz á los presos. Hernando accedió de mil amores á la propuesta del filantrópico carcelero, que ya que no daba libertad, proporcionaba alguna distraccion á los pobres reclusos, y como en el momento mismo en que hemos introducido á nuestros lectores en el calabozo del infortunado Ginés, es la hora en que le lleva el cotidiano alimento, y se halle dispuesto el carcelero á dar principio á la lectura de la leyenda auxiliado de la luz de su linterna, leyenda que se propone oir Hernando con todo interés sentado sobre su blanca cama de paja, no nos parece justo despreciar la oportunidad que se nos presenta de escucharla tambien nosotros, pidiendo, como pedimos, al carísimo lector su respetable beneplácito.

La leyenda, pues, es como sigue.

CAPÍTULO XI.

Empieza la leyenda del carcelero.

LA CAMPANA DE LAS TRES.

I.

Ya hacia tiempo que la ciudad de Granada se encontraba sumida en las tinieblas de la noche. La oración de *alajá* (1) era dada y las calles aparecían desiertas y silenciosas. Los turbulentos moros que por segunda vez habían alzado por rey á Boabdil el *Zogoribi*, hijo de Muley Hacen, durante la ausencia de

(1) Muy entrada la noche.

su tio, conocido por el *Zagal*, reposaban tranquilos en sus lechos sin pensar en que no estaba lejos el día de su completa ruina.

Era en la primavera de 1494. El estandarte de la cruz, guiado por Fernando V y su augusta esposa, se aproximaba trayendo en pos de sí los valientes capitanes, flor de la caballería española, á poner por décima vez sitio á la última ciudad morisca, al pueblo que habia abrigado dentro de sus muros los míseros hijos de otros pueblos, hundidos bajo la vigorosa planta castellana.

Claro y hermoso se dejaba ver el cielo en la noche á que nos referimos. Una brisa fresca y suave difundia los perfumes de que se impregnaba al besar las flores de los huertos del Albaicin, y esta misma brisa movia suavemente las tocas de dos moros que, envueltos el uno en un rojo y riquísimo alquicel y el otro en un jaike de fina franela blanca, subian lentamente por una callejuela del barrio *Hajeriz*

Atravesaron silenciosos multitud de calles y place-tas, dejando tras sí los floridos cármenes que embelle-cian aquellos contornos, y llegaron á la plaza de *Bib-al-Bolut*. Fatigado en extremo parecia encontrarse el de el blanco jaike, pues su respiracion era cada vez mas penosa, lo que notado por su compañero, le hizo parar cuando llegaron al centro de la plaza, diciéndole con dulzura.

—Descansa un momento, buen Jusef, me olvidaba que los galgos de mil ojeos no pueden trepar la mon-taña al par de los que solo han oido pocas veces el cuer-no de batida.

—Y mayormente si los colmillos del jabalí han he-

cho mella mas de una vez en su cuero. Perdona, señor, añadió sentándose, si cometo en tu presencia tanta accion, pero me será imposible seguirte como no repose un momento de esta suerte.

—Mi cariño hácia tí te releva de toda ceremonia... descansa en hora buena; pero dime, ¿nos queda mucho que correr para llegar al fin de nuestra expedicion?

—No mucho, señor, no mucho.

—¿Y crees que estará el mochuelo en su nido?

—Nunca lo abandona. El sol lo sorprende en sus meditaciones y su última mirada al hundirse en el oca-so lo vé sumergido en profunda abstraccion.

—De modo que esta misma noche... voy á saber...

Una viva agitacion que no pudo reprimir el compañero de Jucef le impidió continuar.

—Prosigamos, señor. Este corto descanso me permite seguir, dijo á este tiempo Jucef levantándose.

—Guia pues, contestó únicamente el otro y ambos volvieron á ponerse en marcha. Siguiéron la plaza adelante, desviándose de los murallones del castillo *Hinznarroman*, y al cabo de media hora, durante la cual volvió á cansarse demasiado Jusef, llegaron á una sucia y angostísima callejuela donde era imposible la entrada de dos personas á la vez. No tenia salida y reinaba en ella la mas profunda oscuridad.

—Entra, señor, dijo Jucef cediendo el paso á su compañero, hemos llegado. Esta calleja es el término de nuestra marcha.

—Guia, guia tú, contestó aquel con voz algo temblorosa, y entró en la callejuela precedido de Jucef.

Dieron unos cuantos pasos y se detuvieron al fin

porque habian llegado al muro que cerraba la salida. Sacó entonces Jusef un silvato y le hizo sonar dos veces de un modo extraño.

Un ruido sordo dejose oir á poco á la derecha de los moros, y se iluminaron de pronto las aberturas de una vieja puerta que á favor de aquella claridad se vió tras de un arco ogivo. Poco despues giró sobre sus goznes y apareció en el umbral un negro con una lamparilla en la mano.

—¡Eb-Bonaben! dijo entonces Jusef.

Inclinose el negro al oir este nombre y retirase á un lado dejando el paso libre.

—Entremos, señor, esta es la casa, continuó Jusef, dirigiéndose á su compañero.

Entraron los moros, cerrose el porton tras ellos con grande estrépito y la calle volvió á quedar envuelta en la mas densa oscuridad.

II.

Por un callejon estrecho y largo condujo el esclavo á los musulmanes á un patio grande y de irregular figura. Una escalera de desmoronados peldaños se encontraba frente al callejon, por la que subieron, no sin penoso esfuerzo del viejo Jusef. La escalera daba

á un corredor oscuro desde el que se veia el estrellado firmamento. Siguieron el corredor, una puerta que mas parecia ventana por la desmesurada altura de su escalon, fué abierta por el negro, volviéndola á cerrar con cuidado luego que por ella penetraron.

Una señal del conductor les dió á entender que esperasen en aquel sitio, y desapareció por una escalerita abierta en el muro de la derecha, dejando á los moros en las mas espantosas tinieblas.

—Por Mahoma, que precauciones son las que el sabio gasta, exclamó mal humorado el que acompañaba á Jusef. Ni el mismo Boabdil usa de tanta ceremonia para recibir en su palacio.

—Culpa solo, señor, á tu capricho, contestó el viejo, si él te hace sufrir tamañas impertinencias. Bastaba únicamente la mas leve indicacion tuya para que este sabio esperase el momento oportuno de verte en lugar de ser tú el que aguardaras.

—Silencio, Jusef, ya te he comunicado mi desig-nio. No quiero que la adulacion influya en lo que oir me prometo.

—Cúmplase, pues, tu voluntad.

El ruido de pasos y los reflejos de una luz que á este tiempo penetraron por la escalera, dieron á conocer la vuelta del esclavo.

Bajó este al último peldaño y desde alli les hizo señas para que lo siguiesen. Subieron la escalera con no poco trabajo, pues era de caracol y bajísima de techumbre, y se hallaron al fin de ella en una pieza cuadrilonga alumbrada por una lámpara de toско barro. Una alfombra moraña y de burdo vellon que cubria el pavimento era el único mueble que la adornaba.

Al extremo de la pieza un arco con bonitos calados y sostenido por una columna de mármol negro daba entrada á otro departamento. Una cortina de seda del propio color de la alfombra cubria el claro del arco. Alzola el negro con la mano derecha y con la siniestra indicó á los moros que pasasen. Hiciéronlo así; pero no bien sus plantas habian pisado aquella estancia, el mas súbito terror apoderose de sus ánimos, especialmente del compañero de Jucef.

Sus ojos se habian fijado en un hombre, cuyas facciones desaparecian bajo una luenga y entre cana barba, sobre la que brillaban dos ojos verdes entre unas órbitas rojas. Un gorro negro y en forma de pirámide cubria su cabeza á estilo de coraza y su cuerpo se ocultaba entre los vastos pliegues de una larga y ancha túnica tambien negra. Estaba sentado en un banco de tijera y sobre sus rodillas descansaba una tabla blanca y delgada en la que imprimia triángulos, círculos y estraños signos con un compás. Un agimez sin celosia abierto á su frente dejaba ver el cielo donde tenia fijas sus miradas. Multitud de huesos humanos sembraban el pavimento de esta horrible habitacion, y la flamígera y humeante llama de una resinosa tea colocada en la columna vertebral de medio esqueleto, despidiendo un olor sofocante y nauseabundo, hacia blanquear aquel terrible osario, dando de lleno sobre tres cráneos iguales, que puestos con escrupulosa simetria uno sobre otro formaban un espantoso grupo en un rincon de la estancia.

Al ruido que hicieron los árabes al entrar volvió lentamente la vista hácia ellos el rey de tan lóbrego

recinto, y les dijo con voz sorda y pausada sin moverse de su asiento.

—Bien venidos, hijos de Ismael. Decidme que es lo que esperais de este olvidado y despreciado viejo para que vengais á distraerlo de sus estudiosas meditaciones.

Largo tiempo pasó antes que ninguno de los dos moros pudiese contestar. El pavor los tenia mudos. Jusef fué el primero que rompió el silencio diciendo.

—Respetable Eb-Bonaben, no te hagas tan despreciado de los hombres como piensas. Prueba de ello es y poderosa, que tu fama ha volado por toda la ciudad y movido mas de un deseo de consultar tu sabia penetracion. Adivinas el porvenir de los pueblos y de los hombres y...

—Viejo, interrumpió el astrólogo con gravedad, no adivino, leo. Hay un libro celeste, un libro inmenso donde con claros caracteres escrito se halla el destino de todo lo creado. Cada pueblo tiene su página; cada ser su periodo.

—¿Y dónde se halla ese gran libro? preguntó con verdadera emocion el que acompañaba á Jusef.

—Allí, contestó sentenciosamente Eb-Bonaben, y señaló con su diestra el diáfano azul del cielo.

—Pues bien, exclamó despues de un momento de silencio, oye, sabio; oye lo que á decir voy, y lee luego tu respuesta en el libro de los destinos. Yo soy un buen creyente, celoso como ninguno de las glorias de su pobre pueblo, terrible y prepotente un dia y hoy abatido y casi destrozado. Cien reyes ondeaban su musulmico estandarte en las innumerables torres de sus dominios, y ahora solo un puñado de valientes defien-

den el Koran en la única aunque valerosa fortaleza que ha resistido el embate de otros tantos monarcas enemigos. Granada con sus mil trescientas torres hace frente al devastador impulso castellano, y si llegan á vacilar sus cimientos se hundió para siempre en España la ley del Santo Profeta que adoramos. Ahora bien, sabio de los sabios, yo he tenido un sueño siniestro, fatal, un sueño que presagiaba desastrosos males á nuestra causa; quiero conocer el destino que á este pueblo tiene señalado la poderosa mano que lo rige. Habla, lee en ese gran libro que á tí solo te es dado descifrar, y dime lo cierto que pueda haber en mi sueño.

Calló el muslim y la ansiedad mas viva se pintó en su rostro medio encubierto en el rojo alquicel.



CAPÍTULO XII.

Continúa la leyenda del carcelero.

El fatídico personaje de la barba, que habia escuchado con grave atencion al moro, lo miró un momento con sus verdes y pequeños ojos, dejándose sentir en aquel la terrible influencia de esta mirada, pues bajó al instante los suyos como abrasados por los destellos que despidieron los del mago. Despues los dirigió al cielo, contempló largo tiempo los hermosos luceros que tachonaban el espacio, paseo luego la vista por toda la estancia y volviéndola á fijar por último en

el moro del alquicel, le dijo señalándole con su dedo el estrellado firmamento.

—¿Cuántos puntos luminosos ves en ese círculo que desde aquí te trazo?

—Tres, contestó despues de haber mirado.

Bajó la mano entonces Eb-Bonaben poniéndola en direccion de un extremo de la estancia.

—¿De cuántos cráneos consta el grupo que se vé blanquear en aquel sitio?

—De tres, respondió admirado el árabe.

—¿Y cuántos nos hallamos aquí? volvió á preguntar el sabio con voz de trueno.

—Tres, contestó aquel cada vez mas sorprendido.

Permaneció el astrólogo un momento pensativo y luego añadió.

—Hijo del Islam, ¿conoces por ventura el modo que los nazarenos tienen de contar el tiempo perdido? ¿sabes el nombre que dan á la oracion que canta nuestro mueden desde el alminar de la plaza de la Mezquita despues de haber pasado el sol la mitad de su diurna carrera? Pues escucha, muslim, llaman á esa hora el número que tres veces me has repetido.

—¡Las tres! exclamó el moro sin comprender las palabras del viejo. ¿Y qué quieres decirme con eso?

—¡Imbécil naturaleza! contestó el mago con el desprecio mas marcado. ¿Cómo no te dice tu propio instinto, ya que no tu corazon, que ese número ha de ejercer una fatal influencia sobre tu mísera vida? ¿No se estremecen las fibras de tu cuerpo al sonido de esa voz?

—¡Mago! exclamó un tanto inquieto el jóven árabe, el deseo de mi consulta solo alcanza á la monar-

quia musulmana y de ninguna manera se estiende á mi persona. Vé derecho al asunto para que me sirva de tí.

Brillaron con siniestro fuego los verdes ojos del anciano, y fijando en el moro una mirada terrible contestó con calor.

—¿Y quién te dice, presuntuoso jóven, que me desvío del punto sobre el que necesitas mi ciencia? ¿Por ventura no eres tú esa monarquía que tanto te interesa su conservacion? Para mi saber de nada sirven las ficciones; ¿piensas que no he reconocido bajo ese rojo alquicel la persona de Boabdil, mezquino y cobarde rey de Granada?

—¡Miserable! exclamó Boabdil (pues no era otro el compañero de Jusef) encendido de coraje viéndose descubierto y al oír además los dictérios del astrólogo.

—¡Silencio! contestó el viejo levantándose con majestad y estendiendo hácia Boabdil una imperativa mano; silencio, usurpador de tronos, parricida infame, ten esa lengua traidora y escucha tu sentencia.

Era tal la fascinacion que el misterioso anciano ejercia en aquel momento sobre Boabdil y Jusef, que estaban como anonadados, sin ser dueños de la mas leve accion.

Adelantose Eb-Bonaben lentamente hácia Boabdil diciendolo con atronador acento.

—¿Quieres saber el destino reservado á tu reino? Pues vas á oirlo de boca de un amigo del viejo Hacen tu padre, á quien has muerto á pesadumbres arrebatándole el trono... á tu padre, que te queria y...

—Mientes, Eb-Bonaben, mientes, interrumpió con

audacia Jusef; la sangre del esclavo Atar-lik aun humea sobre el pavimento del real palacio para desmentirte. ¿Qué hubiera sido de Boabdil á no escapar por la ventana protegido por su madre Aixa? Corrido hubiera la suerte de sus hermanos asesinados alevosamente por el libertino Hacen.

—Te engañas, Jusef, te engañas; jamás el padre tocaría á su hijo querido: si embriagado aquella fatal noche por el venenoso amor de Zoraya parecia atentar contra Boabdil... hubiera á su vista pasado aquel sanguinario vértigo como una exhalacion en noche serena... ¡ay! harto lo sé, pues era su confidente, su amigo. Pero... escucha, hijo maldito... cada dia que pasa quita un florón á tu corona. Málaga, Alhama, Loja, Baza, Velez, y cincuenta pueblos mas han caido en poder del cristiano: van cortando las ramas del árbol para herir con mas seguridad el tronco... Ya un poderoso ejército capitaneado por las mas valerosas lanzas de Europa se dirige á la vega, á tu vega, tan florida y fértil, que verás talada y cenagosa con la sangre de los tuyos..... Granada será de los nazarenos, y su rey, el que ha derribado á otro para sentarse en su puesto, no perecerá en la lucha á muerte que ha de trabar el coloso cristiano con los restos del imperio musulmico, no; no morirá defendiendo su patria, porque es cobarde, sin honor y la entregará á sus enemigos; y cuando en el ejército cristiano sea llegada un dia la hora de las tres, el mueden no cantará la oracion de *alazar* (1), porque el estandarte católico ondeará en las almenas de Granada; y su rey,

(1) Media tarde.

abalido y destronado, arrastrará la cadena de la esclavitud con que le aherroje el rey cristiano... y oirá en su derredor: *¡Las tres! ¡Granada por Castilla!* y zumbarán en sus oídos estas terribles palabras que continuamente le pondrán delante de sí su oprobio y deshonor... pero no morirá tampoco, porque carece de corazon y vergüenza y no minará su torpe vida semejante baldon..... Ya estás servido, Boabdil; no ignoras el destino que cabe á tu reino. Márchate luego, nada aqui tienes que hacer.

Calló el mago. Un silencio sombrío sucedió á sus aterradoras frases. Levantó Boabdil los ojos, que bajos permanecieron hasta entonces, y se encontró con la amenazadora vista del astrólogo fija en él y su diestro brazo estendido en direccion de la puerta.

--Salid, volvió á repetir con voz hueca y retumbante.

Y como obedeciendo á una fuerza superior salieron de la fatal estancia con la cabeza inclinada y sin desplegar los labios.

El negro los esperaba en la sala de la morada alfombra con la lamparilla en la mano. Volvieron á cruzar callejones y á descender por las tortuosas escaleras que antes habian subido hasta que llegaron á la puerta de la callejuela. Descorrió el esclavo un enorme cerrojo y salieron de la casa de Eb-Bonaben.

Tomando entonces el mismo camino que trajeron bajaron el Albaicin, y despues de un cuarto de hora llegaban á divisar los centinelas de la *torre de los Picos*. La aurora hacia entonces replegar el manto de la noche y los pájaros del bosque saludaban su claridad.

Nada habian hablado durante el camino. Rey y va-

sallo, ambos pensaban en la horrorosa prediccion del mago.

Rodearon la fortaleza, y llegando á la torre de los Siete Suelos abriéronse de par en par las ferradas puertas á una seña de Boabdil; mas antes de penetrar por ellas detuvo este á su compañero, y llevándole á un lado y poniéndole en los oidos su boca, le dijo con una voz casi imperceptible.

—Mañana será talada la guarida del mochuelo, y ni las plumas de sus alas han de hacer sombra en las ruinas. Su graznido no ha de oirse jamás, ¿lo entiendes? Así lo quiere el rey.

—Mañana morirá el astrólogo, fué la respuesta de Jusef.

Y ambos entraron en la Alhambra.

III.

Han pasado siete meses, durante los cuales el imperio agareno en España iba socavándose poco á poco y tocaba ya á su término. El ejército cristiano, estendido en la ancha vega granadina, se habia apoderado de todos los pueblos vecinos á la ciudad y ceñia á esta con un duro y tenaz sitio. Varias negociacio-

nes habian sido entabladas entre Boabdil y Fernando para la entrega de la ciudad, y no se llevaron á efecto por la irresolucion del monarca árabe, que ni queria desprenderse del trono por medio de una transaccion honrosa, ni arriesgar el todo por el todo en una decisiva lucha. Aguardaba continuamente socorros del rey de Fez, segun se lo habia prometido, y estos socorros los esperaba en balde porque nunca venian.

Cansado ya el rey Católico viendo cuanto se retardaba la conquista de una plaza, tanto mas deseada cuanto que era la única flor que faltaba á su corona real, se resolvió á hacer la última tentativa de negociacion, con firme propósito si fracasaba como las anteriores, de tomar la ciudad de una vez, no obstante el derramamiento de sangre que hubiese; dando de este modo el mas completo gusto á sus bravos capitanes, que se fastidiaban completamente de la inaccion en que yacian.

Volvió Boabdil á aceptar como las otras veces la propuesta que se le hacia, siempre que le conviniesen las condiciones; lo cual sabido por Fernando, llamó á su secretario don Hernando de Zafra y en la ciudad de Santafé, ya hecha de materiales, empezaron á estender el contrato.

Saben los moros que su rey trataba seriamente de capitulaciones, y previendo la suerte que les esperaba si tal designio se cumplia, empiezan á disgustarse, y creciendo por instantes en los valientes la indignacion al ver que iban á ser vendidos por el rey que ellos mismos aclamaron, se amotinan, y llevando á su cabeza uno de los mas atrevidos, corren por las calles gritando:

—¡A las armas! ¡á las armas, compañeros, que nos vende el rey!

Tal estado tenian las cosas un dia del mes de diciembre de 1491. Acababa de llover y un ceniciento cielo daba un tinte sombrío al salon de Comares, donde se hallaba á la sazón el rey de Granada con su wisir Jusef.

Macilento en verdad tenia el rostro Boabdil y dos manchas cárdenas que en sus mejillas se mostraban eran evidentes señales de sus penosas vigiliass, atormentado por los males sin cuento que amenazaban su trono y su persona.

—Jusef, querido Jusef, decia el infeliz con la mas grande amargura, tú que sabes el estado á que estoy reducido, tú que conoces la nulidad de los medios con que cuento para salir de este conflicto: ¿qué puedo hacer? ¡triste de mí! Si todo se conjura contra este miserable monarca; si el Africa me abandona des-cuidando el mandarme los socorros que me prometió, ¿qué me es dado disponer...?

—Difícil posicion, á la verdad, es la en que te encuentras, señor, contestó melancólicamente el wisir. Allah no escucha el ruego de los buenos musulmes y Eblis parece que agita sus alas infernales en torno de tu trono.

—Ay, Jusef, mi corazon lo oprime angustia tan terrible que casi lo siento reventar bajó su peso. Escucha, mi buen amigo: esta noche vendrán á proponerme las condiciones con que me invita el rey Fernando para la entrega de la ciudad... ¡Ah! mi ciudad adorada... en manos extranjeras... mi solio conquistado á fuerza de tanta sangre... de tanta guerra; ce-

derlo como quien se desprende de una alhaja creyendo hallar lucro en su cambio... ¿Y por qué cambio mi poder...? santo Allah, ¿por qué...? lo ignoro. ¿Mas por grande que fuesen las ventajas que me ofrecen, serán comparables todas juntas al valor de mi trono?

—¿Pero estás resuelto á la transaccion sean cuales fueren las condiciones que te impongan?

—Sí, resuelto estoy. Las condiciones serán aceptables... tal me han asegurado los nazarenos. No hay remedio, es necesario ceder... mas tarde, tal vez no seria tiempo. Marcharé á Fez. Mi presencia despertará la compasion, y lograré quizá reunir un ejército capaz de volver á conquistar á mi ciudad querida... mi rico tesoro... ¿y quién sabe? Si perdida fué la España por don Julian, ¿seria tan difícil el hallar otro don Julian que me ayudase á recobrarla? Soy jóven y...

Unos desaforados alaridos que sonaban hácia los cármenes del Hajariz interrumpieron al rey. Asomose al agimez que da al Dauro, y vieron sus ojos, no sin grande espanto, una turba de moros que avanzaba hácia la Alhambra con los alfanjes desnudos y la ferocidad pintada en los rostros. El aire llevaba hasta alli sus terribles gritos, repitiendo:

—*¡Muera el rey! ¡muera el vil que nos vende! ¡la muerte antes que entregarnos!*

El pálido semblante de Boabdil tomó entonces una espresion cadavérica. Cerró de golpe la ventana de celosia y se tiró al suelo mesándose de dolor su luen-ga y rubia barba.

—¡Ah! exclamó en el colmo de su pena, ¡ojalá que

antes hubiese capitulado y no me hallaría en peligro semejante...! ¡vienen! ¿y qué va á ser de mí?

El apego que Boabdil tenía á su vida le hacia aparecer cobarde.

—Tranquilízate, ¡oh infortunado rey! exclamó el viejo Jusef; si resuelto te hallas á capitular, es necesario que arrostrés por todo y te presentes á las turbas cuando lleguen, prometiéndoles no abandonarlos nunca. Fácil te será engañarlos y apaciguar de este modo el tumulto.

—¡Ah! contestó Boabdil con el mayor abatimiento: no basta entregar la ciudad, sino que tambien es necesario cubrir mi frente de oprobio por medio de un engaño... ¡Eb-Bonaben! Eb-Bonaben! ¿qué espíritu de desolacion te puso en mi camino? Pero no tienes tú la culpa, no. Fuí yo el que á buscarte fué. ¿Por qué no fenecí en aquella fatal noche á manos de mis enemigos antes de que pisara tu nauseabundo rincon? ¡*Las tres!* me dijiste con tu agonizante y sepulcral acento! ¡*Las tres* te perseguirán do quiera que te encamines, porque ese número habrá de ponerte delante tu deshonra! ¡Maldito seas mil veces, viejo infernal! desde aquella noche has marchitado mi juventud, y esa fatídica palabra me roba los momentos de reposo; pero no me la repetirás mas, no te gozarás en mi suplicio, espíritu del mal...! Jusef, Jusef, ven acá, continuó Boabdil con delirante voz, ¿no es verdad que la guarida de ese miserable fué presa de las llamas? Dímelo, dímelo, necesito oírlo de tu boca una vez y ciento.

Y al decir estas palabras se revolcaba en el suelo el triste rey rasgándose sus vestiduras.

—Descansa, señor, respondió el wisir, yo mismo,

segun te he repetido varias veces, dirigí la cuadrilla que taló aquella casa la noche siguiente á la en que me hiciste saber tu mandato.

—¿Y estás seguro de que sucumbió Eb-Bonaben?

—Aun humean las tostadas ruinas de la mansion maldita. El viejo pereció entre ellas.

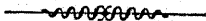
Un grande estruendo dejose oir en esto á las puertas de palacio, y pocos instantes despues un zenete entró precipitadamente en el salon.

—Rey magnánimo, una turba de revoltosos se ha presentado á las puertas del alcázar y amenaza llegar hasta aqui arrollando tu propia guardia.

Asi esclamó con inquietud el zenete. Acercose Jucef al rey y le dijo con presteza.

—Sal, señor, preséntate al momento y asegúrales que tendrán guerra á muerte primero que la plaza se rinda. Esto conviene.

Pálido cual un espectro salió Boabdil de la estancia apoyado en el hombro de su favorito.



CAPÍTULO XIII.

Concluye la leyenda del carcelero.

Al cabo de cortos momentos volvió á entrar Boabdil en el salon de Comares, y arrojándose de nuevo contra el pavimento alfombrado de riquísima tela, cubriose la faz con ambas manos y dió libre curso á su afliccion. Josef lo contemplaba con visibles muestras de interés.

—Ya lo has visto, dijo, creyeron las palabras del leon, y aquella multitud de tigres se convirtió en rebaño de mansas ovejas con solo la presencia del rey.

—Sí, contestó este, pero ha sido necesario una infamia, la infamia de que me habló el horrible mago... y todo, todo va á realizarse...!

—Tranquilízate, señor, desecha tan negra idea, que nunca será buen muslim quien no haga frente con entereza á los sinsabores del destino.

Algo mas tranquilo Boabdil por efecto de los continuos consuelos que el wisir le prodigaba, lo llamó cerca de sí diciéndole.

—Cúmplase la voluntad de Allah. Escucha, Jusef. Apenas hiera tus oídos la oracion de *almagrib* (1) saldrás de la Alhambra, y pasando la puerta de *Bib-Tau-bin*, llegarás al *mirab* (2) de los morabitos, y recibiendo allí á los mensajeros que de mi orden marcharon al real cristiano esta mañana, con los castellanos que el rey me mande para tratar de la entrega, los conducirás con recato por la puerta de los Siete Suelos á la *torre de los Picos*. Dentro de ella estaré yo, y quedará realizada la prediccion de Eb-Bonaben.

Dichas estas palabras salió Boabdil del salon.

—¡Siempre ese fatal nombre! exclamó Jusef con dolor viendo marchar á su rey. En mal hora quisiste, desgraciado creyente, buscar la realidad de tu sueño.

Y salió tambien de la sala.

(1) Al anochecer.

(2) Oratorio.

IV.

Preciosamente decorada se hallaba una linda habitación de la torre de los *Picos*. Cubrían sus paredes trabajosos y finísimos calados, despidiendo brillantes destellos la filigrana de sus embutidos y las piedras y corales entretegidos en la cenefa de la blanda y suave alfombra pérsica que tapizaba el suelo. Contribuía á realzar estos adornos el perfume delicioso que emanaba de cuatro braserillos de oro colocados en los ángulos del aposento.

Era de noche y la brillante luz de una lamparilla de plata de aromático aceite, colocada en el centro, alumbraba perfectamente aquel oriental recinto.

Retratada en el rostro la mas profunda angustia, y en actitud de escuchar la lectura que iba á dar principio un caballero armado de punta en blanco, á la usanza castellana y que sostenia en ambas manos un grande pergamino, estaba un moro cubierto de un manto de finísima tela y sembrado de flores de diamante y oro. Eran estos el rey de Granada Abu-Abdalla, conocido por Boabdil, y don Hernando de Za-

fra, secretario de los soberanos católicos de España don Fernando y doña Isabel.

El favorito inseparable del rey moro, el wisir Jusuf, se encontraba tambien detrás de su soberano con los mensajeros que fueron al campo, y presenciando aquel acto estaba igualmente el que acompañara á Zafra en aquella espinosa comision, el valiente y distinguido capitán don Gonzalo Fernandez de Córdoba.

Iban á leerse las condiciones que proponian para la entrega de la plaza, redactadas en el real de Santafé.

Un profundo silencio guardaban todos dejando apenas escapar su respiracion.

Paseó don Hernando una mirada en torno de los concurrentes, y observando la atencion que le prestaban, comenzó su lectura con voz clara y sonora en los términos siguientes:

—«Condiciones que por mandado de los muy altos, é muy poderosos é muy esclarecidos príncipes, el rey é la reina, nuestros señores, son asentadas é concordadas con Abu-Abdalla, rey de Granada, para la entrega de la ciudad.

«Primeramente es asentado é concordado que el dicho rey de Granada haya de entregar y entregue á sus altezas, pacíficamente é en concordia, realmente con efecto, las fortalezas de la Alhambra é puertas é torres de la dicha Alhambra é del Albaicin é sus arabales.

«Item es asentado é concordado que sus altezas é sus descendientes para siempre jamás, dejarán vivir al dicho rey Abdalla, ó Boabdil, é á sus vasallos, é non les mandarán quitar sus almuedanos para que llamen á la oracion desde sus torres, ni les tomarán ni mandarán

tomar sus armas ni caballos.

(Las demas condiciones estaban tan ininteligibles que no le fué posible al carcelero descifrarlas: solo al cabo de algun tiempo, pudo aunque con trabajo leer su conclusion, decia asi.)

«Dado en nuestro real de la vega de Granada á treinta dias del mes de diciembre, año del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo de mil é cuatrocientos é noventa y un años.—*Yo el Rey*.—*Yo la Reina*.—Yo Hernando de Zafra, secretario del rey é de la reina nuestros señores lo fice escribir por su mandado.»

Conchuyó don Hernando su lectura sin que fuese interrumpido durante el trascurso de ella. El impo-
nente silencio con que diera principio presidió la con-
clusion. Nadie despegó sus labios.

El pergamino fué presentado por el de Zafra á Boabdil. Dudó este algunos instantes. Aquel sacrificio era inmenso para él. Decidiose por último, hizo sobre sí un esfuerzo sobrenatural y con temblorosa mano firmó.

—Pronto nos veremos, exclamó el de Zafra enrollando el pergamino y disponiéndose á marchar. Dios te guarde, y acompañado del de Córdoba salió de la torre.

Boabdil no pudo hablar; hizo una seña á los suyos para que acompañaran á los caballeros, y así que se vió solo cruzó las manos al pecho, inclinó la cabeza para ocultar las lágrimas que á torrentes brotaban de sus ojos y exclamó con desgarrador acento.

—¡Granada! ¡mi bella Granada...! ¡mi paraíso en la

tierra...! ya no te veré mas.... te he entregado...! te he vendido! ya no hay remedio para mí, y cayó al suelo desplomado.

V.

No tardó en saberse por toda la ciudad la capitulación del rey. Quisieron al principio los amotinados quitarle la vida; pero Boabdil se encerró en la Alhambra donde no podían aquellos penetrar, y poco á poco los ánimos se fueron calmando, hasta que conociendo que nada adelantaban con su impotente furia, no tuvieron otro remedio que resignarse, engañando sus sentimientos con lo ventajoso de los tratados puesto que los dejaban en completa libertad.

Serian las doce y media del 2 de enero de 1492, día determinado por los reyes Católicos para hacer su triunfal entrada en la última fortaleza del poder mahometano. Encerrados los mas de sus moradores dentro de sus casas, aguardaban con pena la hora en que habían de ser regidos por los cristianos.

Un moro, acompañado de algunos otros, esperaba en el campo de Abaul (1) la llegada de las tropas cas-

(1) Hoy de los Mártires.

tellanas. Era Aben Comixa, el alcaide de la ciudad. Los primeros que en aquel sitio se presentaron fueron el conde de Tendilla, que llevaba el estandarte de la Fe, el cardenal de España don Pedro Gonzalez de Mendoza, el arzobispo electo de Granada don Fernando de Talavera, el duque de Cádiz don Gutierre de Cárdenas y otros muchos personajes, escoltados por cuatrocientas lanzas.

Al verlos, Aben Comixa se dirigió á ellos segun las órdenes que al efecto tenia, é hincando una rodilla en tierra les entregó las llaves de la fortaleza.

Despues se encaminó la comitiva á la torre mas alta que era la del Sol (1) y alli puestos, el cardenal de España enarboló la cruz de su guion. Entonces el conde de Tendilla tremoló el real estandarte y los reyes de armas gritaron por tres veces: *¡Granada, Granada por los ínclitos reyes de Castilla don Fernando y doña Isabel!*

Los monarcas, su corte, servidumbre y el ejército todo, que formado estaba en la esplanada de Armilla, con los ojos fijos en la torre del Sol, prorumpieron en gritos de entusiasmo al ver ondear al viento el sagrado pendon, y la real capilla entonó un solemne *Te-Deum* al tiempo que la reina doña Isabel y sus damas postradas de rodillas daban gracias al Omnipotente.

Mientras que en el campo cristiano todo era bulla y alborozo, por una de las puertas de la Alhambra salia otra comitiva con direccion al campo de Abaul; pero en los rostros de los que la componian estaba

(1) Hoy de la Vela.

muy lejos de resplandecer aquel júbilo y entusiasmo con que aparecían los de la anterior. Mústio y cabizbajo marchaba Boabdil (el infortunado) seguido de su madre Aixa. Unos cuantos esclavos con varios caballos del diestro iban á larga distancia.

Moraima, la mujer del rey, no le acompañaba: se había convertido á la religion católica desde el *suceso del juicio de Dios* (1), y su wisir Josef quedó en el alcázar para desempeñar sus últimos deberes.

Sin haberse dirigido la menor palabra llegaron hijo y madre al mirab de los Morabitos, donde estaba el rey Fernando rodeado de toda su corte. Allí el mismo Boabdil hincó una rodilla ante el otro soberano con el mayor abatimiento. Fernando lo levantó prontamente, y tendiéndole los brazos le dijo con un tono dulce y compasivo.

—Llega á mis brazos, rey digno de mejor suerte, tu lugar se encuentra en ellos, ¿pero qué miro? continuó viendo llegar á los esclavos con los corceles, ¿te alejas de Granada? ¡Ah! no, quédate, seguirás disfrutando de todas las comodidades que ella te ofrecía, tendrás cuanto apetezcas pues así lo mandará el rey que te estrecha contra su corazon.

—Gracias, balbuceó Boabdil; te agradezco el buen deseo, pero Granada no puede ya alegrarme. Su vista me destroza y mata. Allah disponga goces del tesoro que te dejó sin tantas amarguras como este destronado monarca.

Y desprendiéndose de los brazos de Fernando, si-

(1) Véanse las *Tradiciones Granadinas: el eiprés de la Reina ó la plaza de Bib-Rambla*.

guió con su madre el camino que lo alejaba de la ciudad.

El rey lo miró marchar con lástima y dirigióse á Granada con sus huestes.

Subia Boabdil y su acompañamiento una montaña, la última desde la cual se descubre Granada, y al tomar el sendero que torciendo á un lado la ocultaba enteramente, no fué dueño de sí, y volviendo el rostro á la ciudad quiso verla por última vez. Estaba hermosa como nunca en aquel momento. Un cielo puro y brillante la coronaba, y un copioso llanto brotó de las pupilas del triste moro.

—¡Adios, Granada! ¡mi bien, mi tesoro, adios! los sollozos le impidieron seguir y no dijo mas.

Entonces Aixa, que no habia despegado los labios en todo el camino, lo miró airadamente y le dijo con dureza.

—Llora, llora, infeliz, como mujer, ya que cual hombre no supiste defenderla.

Nada contestó Boabdil á tan severa reprension, y fijando luego los ojos en la torre del Sol, vió temblar otra vez el estandarte de Castilla. Era que el rey don Fernando entraba en aquel momento en la fortaleza de la Alhambra.

Apartó su vista de Granada y se puso á caminar precipitadamente, cuando oyó á varios cristianos que á caballo por aquel sitio venian, las palabras siguientes.

—No es tarde, decia uno á los demas; segun la línea que traza el sol en el monte fronterizo deben ser las tres...

Y pasaron de largo no sin haber mirado con alguna curiosidad á Boabdil.

—¡Las tres! exclamó este asaltado de su horrible pensamiento.

—Sí, las tres, y la ciudad entregada por su rey, dijo una voz á sus espaldas.

Volviéronse madre é hijo á un soldado que les salió al encuentro por aquellos montes.

—¡Eb-Bonaben!! gritó Boabdil espantado.

—Sí, contestó el guerrero, sí, asesino; yo soy el mismo Eb-Bonaben, que te predijo lo que de cumplirse acaba, el mismo que salvarse pudo del fuego que por tu mandato pusieron á su casa, y el mismo que se te aparece ahora para decirte que estás deshonorado, que tu rostro será escupido por todo buen musulman, y que la miserable vida que te resta será atormentada por una palabra que hará recordarte tu ventura perdida y tu eterno oprobio. ¡Las tres!

Al volverse el implacable viejo para marchar hizo tan torpe movimiento á causa de sus pesadas armas, que rodó con espantoso estruendo á una sima que al lado del camino se encontraba, haciéndose mil pedazos contra los picos de las rocas.

Un eco salido del fondo del abismo llegó claro y penetrante hasta Boabdil, que habia quedado inmóvil con el resultado de aquella aparicion.

—¡Las tres! habia dicho el eco perdiéndose en el espacio. Era el grito de agonía que Eb-Bonaben exhalaba desde el fondo de la sima.

Cogió entonces del brazo Boabdil á su madre, admirada de lo que sucedia, y la arrastró consigo hácia adelante poseído de un frenético delirio.

—Lo ois, madre mia, á las tres se apoderaron de Granada, ¡á las tres!

Los esclavos siguieron á sus dueños y pronto hasta las pisadas dejaron de percibirse.

CONCLUSION.

La ciudad de Granada acababa de poner al rey Católico en completa posesion de España. La reina doña Isabel, queriendo hacer eterna la memoria del último triunfo conseguido por la cruz, mandó que la campana de la primera iglesia que se edificase, diera tres golpes todos los dias del año á la misma hora en que el estandarte real ondeó por la vez primera en la torre del Sol, y el papa Inocencio VIII, á instancia de la misma reina, concedió indulgencia plenaria al que en la referida hora y al sonar la campana que tal suceso recuerda, rezare tres *Pater noster* y tres *Ave Marias*.



CAPÍTULO XIV.

Donde se prueba, que si en aquellos tiempos no se habia compuesto el adagio *En nombrando al ruin de Roma, etc.* se verificaba al menos.

Han trascurrido tres dias desde que Fernando, el alojado del viejo Abul-Abbas, salió de la casa de este, sin que haya vuelto á aparecer, no obstante de ser esperado con afan por los habitantes de aquella: Violeta creyéndolo su padre, y el botánico ansiando disipar sus dudas.

Violeta, durante este tiempo, se mejoraba notablemente; Abul-Abbas, que habia ido á la cueva de *las Minas*, trajo á la gitana dos fatales nuevas; la pérdida

del retrato, y ser ella buscada por la justicia y la Inquisicion. Recibió la jóven con santa resignacion noticias tan funestas, sin embargo de causarle un miedo horrible el solo nombre del tribunal.

—Padre mio, decia á su bienhechor el dia á que nos referimos; tengo vergüenza de hallarme en vuestra casa, sin procurar con mi trabajo algun alivio á vuestras necesidades: vos que sois un sabio, enseñadme alguna labor en que mis manos se ejerciten, ó dejadme salir á las plazas para ejecutar mis danzas y juegos.

—Jamás, hija mia, jamás, le respondió dulcemente el botánico. Seria esponerte á que la Inquisicion te encerrase en sus lóbregos calabozos, de donde no bastaria mi ciencia para arrancarte. No pienses ahora en el trabajo, ni en salir de este retiro: tú me ayudarás en el cultivo de nuestro jardin, y ya verás como hacemos agradables los dias de nuestra existencia; te enseñaré las plantas silvestres, que arrancarás con cuidado para que sus raices no usurpen la tierra que necesitan las medicinales: regarás y limpiarás de insectos y hojas secas los surcos de los sembrados, y en fin, prometo con mis lecciones llegar á hacer de tí una perfecta jardinera. Tendrás luego para tí un pedazo de tierra, donde siembres las flores que mas te agraden, Procuraré proporcionarte cuantas distracciones sean posibles, porque has de estar siempre aquí... ó á lo menos, hasta que pase algun tiempo. No quiero, pobre niña, que llegues á ser víctima de tu desgracia. ¡Oh! ¡moriria de pesar!

—¡Cuán bueno sois, señor! exclamó la gitana anejados en lágrimas sus ojos. ¡Qué vida de placeres me es-

pera á vuestro lado! sí, teneis razon, cuidaré vuestras plantas con tanto esmero, que siempre estarán fragantes y lozanas, y nunca encontrareis motivo de queja en mis quehaceres... Ay! si tuviese mi retrato... siempre estaria adornado de flores, porque en esa tierra que me cedereis sembraria muchas rosas, y cuando el invierno con su aliento frio y continuo marchitase sus capullos... me quedarían las siemprevivas... todas son flores, ¿no es cierto, buen Abul? Ahora, para ser completamente dichosa, me falta nada mas que un padre á mas de vos, y....

Sonrojose ligeramente Violeta al llegar á este punto, y bajó sus hermosos y negros ojos, que habian brillado mientras las anteriores palabras con una alegria infantil.

—Vamos, ¿qué cosa es esa última que te detienes tanto en pronunciar? preguntó el morisco sonriendo.

—Repreendedme si obro mal, señor Abul, pero me es imposible olvidarlo, contestó tristemente la gitana.

—Sepamos de quien hablas, hija mia.

—¿No os acordais en mi relacion de aquel aventurero...?

—Que te condujo herida á tu casa...

—Y que me libró el dia anterior de la cólera de un alguacil, el mismo, si señor: ¡oh padre mio! Nunca podré espresaros el sentimiento que se apoderó de mi alma al recibir una muestra de afecto, al encontrar una persona para quien no fuese la pobre gitana un objeto de burla y de desprecio: una sensacion desconocida esperiménté desde aquel dia, que se arraiga mas y mas en mi corazon conforme transcurre el tiem-

po. Ignoro si será amor... lo que unicamente sé, es que no lo puedo olvidar.

—Amor es por desgracia, infeliz niña. En mal signo naciste; no bastaba esa vida de pesares que desde tu infancia has arrastrado... sino que era preciso tambien dominase tu pecho un sentimiento, que suele ser las mas veces el escollo de una existencia deslizada entre placeres...! Supongamos que lo encuentres.... ¿estás segura de su cariño...? Un soldado, un aventurero, ¿qué idea podrá tener de ese afecto puro y delicado que ha nacido en el fondo de tu corazon?

—Es verdad... no deja de ser extraño; y yo misma me asombro sin comprenderlo; durante la vida de sinsabores que he sobrellevado, no creais que me he visto á cubierto de las asechanzas del mundo. Pero de todas me he librado, no sé porque casualidad... Unas veces consistia en los moriscos, que ahuyentaban mis perseguidores; otras... Ni aun lo recuerdo. En las calles y plazas públicas nadie se atrevia á otra cosa que á mirarme con ojos tan brillantes, que me hacian estremecer involuntariamente. ¡Ay de mí! ¡cuán distantes estaban estos hombres del militar que me ha salvado! Su espresion leal y agradable, la dulzura de sus miradas, sus palabras y el modo de conducirse, revelaban un sentimiento que no observé jamás en los descompuestos rostros de aquellos miserables que solian perseguirme.... Y qué quereis, padre mio: la mujer lee siempre en el corazon de la persona con quien simpatiza... y no creo engañarme al decir que tambien me ama. Recuerdo los pormenores de la noche que fuí herida... y cada vez me afirmo mas en mi creencia....

—¡Plegue á Dios que asi sea! le interrumpió Abul,

porque en tal caso yo le daría un abrazo, diciéndole: si es cierto que la amais, hacedla feliz... pero ¡ay de vos si pretendéis engañarla, porque ya no está sola en el mundo!

No pudo Violeta contenerse al oír semejantes palabras: corrió hacia el viejo, y le rodeó con sus brazos, cubriéndole de lágrimas y besos su blanca y venerable cabellera.

La pobre niña entraba en una existencia desconocida: resonaban en sus oídos palabras de consuelo que despertaban su sensibilidad, muerta por los continuos padecimientos que su vida de gitana le ofrecía. Porque en aquellos benditos tiempos, una gitana se veía con la misma repugnancia que hoy inspira el ejecutor de la justicia, sin otro motivo que el espíritu de preocupación religiosa que reinaba en todos los ánimos.

Largo rato permanecieron abrazados joven y viejo, hasta que separándose este con dulzura, dijo á la gitana.

—Violeta, no te abandones á una alegría pueril, que quizás te sea funesta. ¿Cuándo encontraremos á ese hombre, si no puedes salir, ni sabes donde está, ni aun le conozco yo siquiera?

—¡Ah! teneis razon, contestó la joven entristecida, ¡no le volveré nunca á ver!

Y al decir estas palabras, presentó en su abatimiento un rostro mas hechicero que el de las *Madonas* de Rafael.

Una voz fuerte y varonil gritó en este momento desde abajo.

—¡Ah de casa! ¡seor patron! ¿Dónde diablos se encuentra su merced?

—Ya ha vuelto el soldado, dijeron á un tiempo el

anciano y la niña, pasando por una rápida transición de un sentimiento á otro.

—¡Arriba! ¡arriba! contestó Abul-Abbas. Vamos á salir de dudas: tú le preguntas, hija mia, ten ánimo; si efectivamente es tu padre, no se negará á reconocerle.

—Exento de temores, voto á cribas, debe hallarse el botánico, pues tiene la puerta franca, dijo subiendo el que llegaba, y no tardó en presentarse un soldado en la estancia.

—¡Ah! ¡es él! gritó Violeta al conocerlo.

—¡Pero quién! exclamó sorprendido el anciano.

—¡Gracias á Dios! ya la encontré, dijo á su vez el soldado.

Era nada menos que el arrogante aventurero Hernando Ginés de Lara.



CAPÍTULO XV.

**De como las faldas mujeriles han tenido siempre influjo
con todos los tribunales, gobiernos, potencias,
etc. etc. etc.**

Dejemos por un momento á Lara contentísimo con el hallazgo de la jóven, y vamos, prévia la venia de nuestros lectores, á enterarnos de la causa que libró al soldado de las uñas que lo aprisionaban y demas que le sucedió, hasta volverlo á saludar en el sitio donde lo dejamos.

Ya sabemos como el oficioso carcelero, gracias á la amistad de Lara, que bueno es tener amigos aun mas allá de los infiernos, se prestaba á hacerle pasar

su cautiverio no tan desagradablemente como era de suponer, merced á la leyenda que aunque la hemos presentado en solo tres capítulos, duró seis ó siete dias.

Por su parte Hernando, aunque preocupado como cualquiera estaria en su caso, procuró escucharla con toda la atencion posible, tanto por no herir la susceptibilidad de su amigo, si llegaba á distraerse, cuanto por ver si disipaba algun tanto las ideas tristes que acudian á su cerebro. Pero acabose la leyenda y con ella la resignacion del aventurero, que deseaba, como era natural, conocer el motivo porque le tenian preso; impaciencia que se está disponiendo á contener el amable carcelero con otra magnífica leyenda; mas este segundo específico, de igual naturaleza que el primero, empeoró la enfermedad, de tal suerte, que Ginés estuvo á punto de romper para siempre con su amigo, porque le hizo saber terminantemente que no queria oir mas cuentos ni relaciones, y si solo la causa de su detencion.

En este estado pues, una noche, que tendido sobre su lecho de paja, sin luz, pero con un frio que le agarrataba los músculos, meditaba Ginés acerca de su desgracia, desesperanzado ya de volver á mirar la claridad del dia, y abatido por los dolorosos pensamientos consiguientes á semejante perspectiva, sintió correr los cerrojos de su calabozo.

Esta visita inesperada le produjo un grande gozo.

—Por fin me llevarán á la presencia del tribunal, sabré de que se me acusa, probaré mi inocencia por hallarme ajeno de toda culpa y podré buscar á Violeta, se dijo Lara al tiempo de abrirse la puerta. Mas en lu-

gar de la ronda que esperaba, entró el carcelero acompañado de una mujer.

Era la dueña Gomez.

—Buena suerte le cobija, en verdad, señor hidalgo, dijo maliciosamente el guardian. No á todos los súbditos de mi reino podré decir otro tanto.

—No os entiendo, maese, contestó el aventurero, mirando con cierta especie de aversion á la encubierta, y añadió: ¿habeis tomado ayudante para el oficio?

—Esta mujer, le respondió, acercándosele al oído, es vuestra salvadora: viene á sacaros de la Inquisicion.

—¡A mí! interrumpió Lara casi dudando de lo que oia; ¿estoy libre?

—Libre como el pájaro en el aire.

Ginés miró con asombro á la dueña.

—Pero antes, señor caballero, dijo esta, me permitirá que le vende los ojos con este pañuelo, dejándose en seguida conducir por mi mano. Deseche todo recelo el hidalgo, que no se le arranca de una prision para encaminarlo á otra. A fuer de agradecido, como su noble porte lo manifiesta, deberá arder en deseos de conocer á la persona que se interesa en su desgracia y á quién es deudor de su libertad.

Quedose reflexivo un momento Ginés, y convencido luego de la verdad de semejantes argumentos, accedió á las exigencias de la dueña, quien no tardó en venderle los ojos con el mayor cuidado.

—Deme ucéahora el brazo, dijo enlazando el suyo al del soldado.

—Vamos, pues, muy en buen hora, contestó este dejando obrar á la dueña y perdiéndose su imaginacion en un mar de congeturas.

—Vaya con Dios el señor de Lara, exclamó el carcelero.

—Guárdele el cielo, maese, y plegue á la divina providencia que no escuche en la vida tu leyenda número segundo.

Después de los saludos de ordenanza, salieron dueña y militar del lóbrego edificio. Durante el camino, que fué corto por demás, no despegó Ginés sus labios, y doña Gomez tampoco tuvo por conveniente decir ni una palabra. De este modo llegaron á la plaza Nueva, de allí á la de *Santa Ana*, y entrando por las callejuelas que hay detrás de la fonda nombrada *Cruz de Malta*, detuviéronse delante de una pequeña puerta. Sacó entonces la dueña una llave del bolsillo, y abriéndola prontamente, dijo al soldado.

—Subid diez y siete escalones.

Hízolo así Ginés; siguióle doña Gomez, y volviéndose á cerrar el postigo, desaparecieron de la callejuela.



CAPÍTULO XVI.

**Que manifiesta claramente como del amor al odio no
hay mas que un paso, y algo menos.**

Cuando le quitaron la venda á Lara se halló en una cámara lujosamente decorada: varias velas de aromáticos perfumes y de colores diferentes ardian sobre primorosos candelabros de cristal y plata; tapices de Persia recamados de oro adornaban las paredes, y la planta se escondia entre la blanda seda de una riquísima alkatifa, trabajada por los moros granadinos en sus dias de grandeza y poderio.

Reclinada con voluptuosidad en un divan de ter-

ciopelo blanco estaba una mujer vestida con ordenado desórden, ó á la *negligé* en el nuevo estilo-gálico. A pesar de la interesante espresion que procuraba dar á su fisonomia, con el cabello suelto y ensortijado, no era bastante á ocultar el *encopetado* número de inviernos que habian desmejorado notablemente su lozania; ni la negra ingratitud con que fué mirada por la naturaleza, ingratitud bien patente en la adición de sus espaldas, que le obligaba á presentar sentada la figura de una C mal hecha.

Basta lo dicho para que, con los demas antecedentes referidos, conozca el lector menos suspicaz ante quien se hallaba en la actualidad nuestro héroe, con el sombrero en la mano, mirándola de hito en hito y con la consiguiente sorpresa: pues no era otra que doña Catalina de Vargas, es decir, la dama de la celosia.

Doña Gomez, como mujer experimentada en esta clase de negocios, pensó que no podia hacer mejor cosa que eclipsar su persona de la cámara; eclipse á que debian el mancebo y Catalina hallarse á la sazón absolutamente solos. Esto pensaban ellos; pero se llevaban un solemnisimo chasco: pues los estoy viendo yo y tú, lector amigo, y todo el mundo en particular, si todo el mundo me lee; mas no cortemos el hilo de los sucesos por tan fútil causa: ellos se lo figuraban y no es menester otra cosa.

Catalina fué la primera que interrumpió el silencio que los circundaba, y procurando dar á su voz una entonacion dulce (que sea dicho entre paréntesis, tanto equivaldria pretender que un pavo real trinase como un canario, ó cantara un sochantre como una

flauta), puso los ojos medio dormidos, que mas parecían dormir del todo, y dijo.

—Sin duda alguna, caballero, que os habrá estrañado el paso que acabo de dar: soy desconocida enteramente para vos, aunque he intentado varias veces el no serlo; sin fruto hasta ahora, por causa de mi negra desventura.

Aquí dió un enorme suspiro Catalina, y viendo que Ginés no se daba prisa á responder, continuó.

—Ademas, amigo mio, no habrá podido dejar de sorprenderos mi modo de proceder. Conduciros á mi estancia con el solo objeto aparente de recibir vuestro testimonio de gratitud por el insignificante servicio que acabo de prestaros, es un proceder harto mezquino y ruin; y sin duda que á estas horas ya habré sido calumniada... pero cuando sepais, cuando llegueis á conocer el móvil que me ha impulsado á dar este paso, estoy segura de sincerarme del todo á vuestros ojos. Mi corazon se halla suficientemente recompensado en el hecho de cometer una accion buena, sin que necesite para nada el agradecimiento del favorecido.

—Permitid que no acierte entonces, señora, el objeto con que me habeis hecho venir, contestó Lara con su franqueza militar, sin ver en aquel momento, fuerza es confesarlo en detrimento de su sagacidad, mas allá de su narices. Mi obligacion, continuó del mismo modo, era dar las gracias al ser desconocido que me ha salvado de una prision, injusta, arbitraria, es verdad, pero que no por eso dejaba de tener menos valor y generosidad á mi vista. Ahí teneis la razon por la cual no vacilé un instante en venir á de-

mostraros mi reconocimiento y ofreceros pagar este servicio del modo que os conviniera, si tal era vuestra intencion al salvarme y hacerme conducir ante vuestra presencia. Pero mediante á que me he engañado, aguardo las órdenes que os digneis darme, y con cuya ejecucion habré de satisfacer la deuda que tengo contraida.

—¿Es posible, contestó Catalina un tanto desconcertada con la franca respuesta de Ginés, es posible que despues de cuantos lances han mediado, no os diga el corazon lo que hubiera ya comprendido el reclata mas torpe de vuestro tercio?

Un rayo de luz fueron estas palabras para el soldado. Abstraída su imaginacion con el naciente amor de Violeta y el cúmulo de acontecimientos que se sucedieron en tan pocos instantes, no habia hecho alto en los repetidos encuentros de la tapada, y en ser la misma que fué á buscarlo á su calabozo. Pero con la pregunta de Catalina todo lo comprendió al momento, quedándose pensativo.

En otra cualquiera circunstancia habria, como hombre de mundo, seguido aquella aventura, á pesar de la estampa de la aventurera. Mas en esta ocasion la imágen de Violeta, siempre ante sus ojos, y escuchando siempre sus dulces palabras, le impedian dejarse arrastrar por los amores de una mujer que tanto contrastaba en parangon con la otra. El amor que sentia Lara por la gitana era verdadero, y corazon que con tal flecha hiere el ciegucecito niño, ni respira mas que por su herida, ni se doblega al fingimiento; que era lo que quizás otro en aquel caso se hubiera decidido á hacer.



Como tanto se ha gastado el amor en nuestros tiempos, no comprenderán muchos el proceder de nuestro héroe, teniéndolo por inverosímil; sea enhorabuena y júzguelo por sí mismo cada cual: nosotros nos atenemos á la historia, sin entrar en esplicaciones.

Resuelto Ginés á todo, quiso aparentar que nada comprendia, creyendo evitar de esta suerte alguna ridicula y vergonzosa escena; y dijo con la mayor frialdad al cabo de un momento.

—Señora, soy en este instante mas rudo que el recluta de que hablais: no alcanzo ese motivo que dejais á mi penetracion.

Coloráronse ligeramente las mejillas de Catalina al oir el glacial tono con que fueron pronunciadas estas frases; pero la loca, la estraña pasion que habia concebido por Lara, pudo mas que su orgullo, y se determinó á aventurarlo todo, queriendo ver hasta que punto lograba interesarlo.

—Pues bien, contestó levantándose y aproximándose al soldado; ya que es necesario el sacrificio de mi natural decoro y de mi dignidad de mujer, cúmplase mi destino. Acabemos de una vez. Sabed que os amo, que os ví un dia desde mi ventana, y sentí un impulso irresistible que me arrastraba hácia vos como la hoja seca tras el remolino. Mi pensamiento no se ha apartado de vos desde aquel instante, y fija siempre en mi ventana, esperaba con inquietud la hora en que soliais venir á la plaza Nueva. A este amor, raro si quereis, pero inmenso, profundo, ha sucumbido mi orgullo, doblegándose mi gerarquía y sometido mi razon. Todo lo ha atropellado para obligarme á llegar hasta vos, ó mejor dicho, para que llegaseis vos hasta

mi. He logrado al fin mi objeto; es verdad que mucho he padecido por las repulsas que habeis hecho sufrir á mi mensajera; pero todo lo olvido en este momento porque os tengo á mi lado y no creo tan ingrato vuestro corazon que se niegue á corresponder á mi cariño. ¿No es cierto que me amareis?

Y llevó su loco arrebató al extremo de coger una mano al aventurero. Por el rumbo que tomaba la entrevista, conocia Ginés que su respuesta iba á decidir si tendria en aquella mujer, una amante sumisa y cariñosa, ó una enemiga implacable y cruel. Ultrajar el amor propio es la mayor ofensa que puede hacerse á una mujer, y que nunca perdona.

Pero Lara, firme en su resolucion, no quiso violentarla en lo mas mínimo, decidido á arrostrar sus consecuencias, y respondió á Catalina:

—Si en el estado en que os hallais os dijese un hombre cualquiera, un hombre á quien no hubierais visto jamás: señora me vais á querer, porque os adoro... ¿Qué le responderiais...?

Como se demuestra, era Ginés muy poco versado en cuestiones de *palabreria*, ni de intento podia hábarsele ocurrido peor recurso para salir del compromiso, y precipitó la tormenta en vez de dilatar la explosion; pues para conjurarla no habia mas que un camino y este era justamente el que esquivaba tomar.

Al oír Catalina la contestacion del soldado se acordó de la gitana y de cuanto le habia dicho doña Gomez; y retirando sus manos de las de Ginés, y poniéndose lívida de cólera, le dijo con sarcasmo.

—Comprendo, caballero; os evito la molestia de proseguir. No soy afortunadamente tan ruda como vos

para desconocer lo que pretendéis indicarme: vuestra respuesta quiere significar que me despreciais por otra.

—Muy mal me juzgais, señora, se apresuró á decir Lara; digna sois de todo mi aprecio, siempre tendreis un derecho sobre mi persona... pero no puedo engañaros: disponed á vuestro antojo de mi brazo.... no de mi corazon.

—Basta, señor, vuestra franqueza me ofende; yo, la mujer cuya mano han pretendido ricos-homes y títulos de Castilla, ¡oh mengua! se ha arrastrado por el lodo de las pasiones como una vagabunda ramera, por un hombre, por un mezquino aventurero, tal vez espúreo y mal nacido. Insensata...! Fuí tan débil... que me hice la ilusion de haber hallado lo que solo en mis sueños existe: olvidaba que en vano es pretender de dulces frutos el pino. Caballero, yo os amaba, bien habeis visto hasta donde he llevado mi infando desvario. Una alucinacion ardiente ofuscó por un momento mi cabeza: creí hallar en vos un hidalgo, un noble incapaz de despreciar á la pobre mujer mas digna de compasion que de vituperio, que humilla de tal suerte su condicion. Pero me habeis ultrajado, y os detesto. Unos pocos segundos han bastado para trocar mi cariño en odio, y si grande era aquel, mayor es aun este.

—¡Señora! replicó Lara sin inmutarse. ¿Hubierais quizás preferido que os engañase pintando un amor que no sentia? Conoced....

—Conoced vos primero, interrumpió vivamente Catalina, que nada habriais perdido, ya que me visteis

arrojada en el fondo de la humillacion, en no hundirme mas y mas con vuestra grosera conducta.

—¿Es decir que codiciabais un engaño, ó que á la fuerza os amase? ¿Que porque habiais tenido el capricho de fijar en mí vuestros ojos, aventurando una loca declaracion, era preciso para salvar vuestro amor propio, por vos misma arrollado, que yo lo levantase haciendo el sacrificio de mi corazon? Está bien, señora; pero ni soy esclavo todavia, ni mi alma, como os he dicho, se doblega al fingimiento. Nada tengo que reprocharme en mi conducta, he obrado cual debia; no asi vos, que despues de ser la delincuente me habeis escarnecido... mas contemplo la situacion en que os hallais... y os perdono.

Una víbora pisada por algun incauto pié no levanta su cabeza del modo que lo hizo Catalina al oir tan duras palabras.

—¡Perdonarme! gritó con un acento de indefinible rabia; ¿y quién os perdona á vos? ¿Por ventura no sois quien tiene mas necesidad de ese perdon que tan á locas prodigais?

—Si mi conciencia no me inquieta, ¿á quién puedo temer?

—Dispensad, caballero, que me ria en vuestro rostro, porque me hace mucha gracia ese candor. ¡Qué lástima de inocencia para una doncella de quince abri-les! O sois muy ladino ó muy tonto, señor aventurero.

Y Catalina se reia, pero con una risa convulsiva, histérica. Estaba tan horrible, que el intrépido Lara tuvo miedo de hallarse en aquel aposento solo con ella.

—Por último, señora, contestó deseando poner término á aquella situacion embarazosa; si os pesa de

haberme libertado, dueña sois de decir una palabra y me volveré al calabozo, pero de todos modos dadme licencia para retirarme. Los manjares que da el Santo Oficio á sus prisioneros no son los mejores para fortalecer el ánimo; me siento débil y temo si se prolonga nuestra entrevista no poder salir de aquí.

Y así era efectivamente; Lara, pálido como la cera, tenía que apoyarse sobre una mesa para no caer.

—Id con Dios, señor hidalgo, volved á donde os plazca. Lamento únicamente la negra ingratitud con que ha sido pagado mi interés.

—Señora, no tornemos á empezar. Dispuesto estoy á recompensaros vuestro beneficio, aun á costa de mi sangre. Intentad la prueba y quedareis convencida... pero...

—Silencio, la llaga está emponzoñada, no pongais el dedo en ella. De los males que os sobrevengan á nadie culpeis sino á vos mismo, porque os lo advierto, para la herida que me aqueja solo hay un bálsamo eficaz: la venganza. Vuestro enemigo es una mujer. Vivid alerta, repito, porque tiene para no morir que cicatrizar la herida y no ignorais el remedio. Ya veis, añadió con ironía, como tambien soy franca, y pues que tanto os place la franqueza, casi estais en el deber de demostrarme vuestro agradecimiento.

—¿Y no reflexionais, señora, que llevadas las cosas á ese extremo, tambien me puedo vengar de vos? respondió Lara algo inquieto.

—Idos, caballero, idos; si antes vuestra ingenuidad, ó lo que fuese, provocaba mi risa, ahora escita mi fastidio. ¡Dueña! continuó llamando.

Doña Gomez se presentó al momento.

—Haced salir á este hombre de mi casa conforme lo habeis traído; no creo que intenteis negaros, caballero: son precauciones indispensables para el decoro de mi familia.

—Una palabra, exclamó con viveza Ginés: dueña sois de vuestra voluntad: haced lo que mejor os agrade; pero id con tiento en el camino áspero y pendiente que os habeis trazado, no subais tan á ciegas, que resbaleis hasta el profundo abismo que se encuentra á su pié.

Dichas estas palabras salió de la cámara, seguido de la dueña, que volviéndole á vender los ojos, lo condujo fuera de la casa.

Cuando volvió á aparecer doña Gomez, halló á Catalina sentada en el sillón con los brazos caídos y la cabeza inclinada.

—¡Dueña! exclamó al verla. Desde mañana irá á espiar con disimulo al hombre que acaba de salir, hasta saber donde habita la persona que ama; si fuere esa aventurera, esa gitana que me dijo en un principio, me lo participará inmediatamente.

—No temo asegurar, señora, que quedareis contenta de mí.

—Bien. Ahora desnúdeme: me siento mala... La cabeza me duele y creo que abrasa.

—Señora, si, teneis una fiebre grande, muy grande. Voy á llamar, dijo doña Gomez despues de haber pulsado á Catalina.

—¡Tenga, dueña, tenga! no lo juzgo necesario; en todo caso, mañana...

—Como gustéis.

La dueña empezó á desnudar á su señora.

—Me vengare, decia está entregándose á merced de doña Gomez; pero será en lo que mas sienta. ¡Oh! ya sabemos las mujeres buscar en nuestras venganzas la parte viva que herir, la que haya de causar mas dolor... Carecemos de la fuerza, es verdad, pero en astucia y sutileza está compensada con usura esta falta. ¡Qué sentencias decia á veces Catalina á pesar de su fealdad!



CAPÍTULO XVII.

De lo que Lara oyó en una callejuela, que á no haberlo oído, se vería muy ápurado el autor de esta historia para conducirlo á la casa del botánico.

Preocupado en demasia iba Lara subiendo la cuesta de Santa Inés, á causa de su entrevista con Catalina. Era mas de la media noche, y las calles del Albaicín estaban tristes y medrosas.

Cuando empezaba á subir la del *Aljibe de Trillo* llamó su atención un confuso murmullo de voces, entre las que le pareció oír el nombre de Violeta. Estimulado por una curiosidad cada vez mas creciente,

se aproximó con lentitud al lugar de donde partian. No tardó en distinguir un grupo de hombres, y embutiéndose en el vano de una puerta, no perdió una sílaba de la conversacion.

—Repito, decia á la sazón uno de ellos, que la gitana está con el viejo Abul-Abbas, donde yo mismo la llevé; pero que aun cuando estuviese buena del todo no nos puede servir ya: la Inquisicion la reclama, no sé con que objeto, y la justicia tambien la busca como sospechosa; de consiguiente es nula para nuestra causa; razon por la cual ni aun me he cuidado de saber si es muerta ó viva.

—Yo sostengo que ha hecho mal, exclamó otro; mientras se prende ó no á la gitana puede servirnos de mucho; ademas, se le obliga á disfrazarse, á mudar de residencia, y con estas precauciones podriamos seguir nuestra mision. Tiempo nos sobraria para acabar antes de que la reconociese la justicia.

—Te equivocas, Mahomad, replicó un tercero; la gitana es ya un mueble inútil para nosotros: abandonémosla á su suerte, puesto que asegurais que nada sabe; si así no fuera, es necesario matarla.

Un sudor frio inundó la frente de Lara, y tuvo que apoyarse contra la puerta para no caer.

—No, no, dijo el primero que habia hablado; su muerte no es precisa: todo lo ignora; ha obrado como una máquina atemorizada por nuestras amenazas.

—En ese caso dejémosla pues, y busquemos otro medio; los recursos han de sobrarnos; lo que ahora nos interesa es cumplir exactamente las instrucciones que acabo de daros; dentro de seis dias volverá Malehk á Granada; ármesele un lazo, y muera de una

vez el cómplice del infando rey, que vende sin escrúpulos á quienes le dieron su soberanía. Ya lo conocéis: mañana parto á las Guájaras; no podré dirigir la empresa; pero deposito en vosotros toda mi confianza. Reflexionadlo bien; si no os atreveis, pagad *monjes* que ejecuten el asesinato: no faltarán mil que se ofrezcan de toda voluntad por un poco de oro; yo mismo puedo enviaros la gente que se necesita.

—¿Para qué? contestó otra voz; detesto á ese Abil-Malehk, conocido entre los cristianos por Fernando de Andarax, y mi brazo estará pronto á hundir en su corazón mi bien templada guma.

—¡Bravo, valiente Perez! cuando Abu-Agius sea señor de Andarax, cuyo título no duda obtener con la muerte de Malehk, no olvidará á quien debe semejante servicio: perezca ese morisco contumaz, y su sangre dé calor á nuestra causa para el triunfo que se promete. Por otra parte, ya lo visteis anteanoche, siempre altanero y arrogante con nosotros como si fuéramos esclavos. Nada; no hay que retroceder; sigamos en la empresa hasta lograr su exterminio. Mis partidarios de las Guájaras se hallan prontos para aclamarme señor de Andarax... y... quien sabe si mas adelante... solo falta ahora que vosotros secundeis mis esfuerzos.

—Dicho está; parte descuidado, que á mi cargo queda dar cuenta de ese Fernando.

—Dentro de seis dias se presentará en tu casa, Perez; haces luego llegar á sus manos un escrito citándole para algun sitio escusado... la plaza de Bib-albolut por ejemplo... y alli...

—No es necesario mas.

—Pues nos hemos entendido, retirémonos, no haga Eblis tropecemos con alguna ronda. Buena direccion y brazo firme: Mahomad me noticiará el resultado. Caballos tiene Perez, y en las Guájaras te aguardo.

—Alli me tendreis con su cabeza.

—Ahora, que el Profeta, por cuya ley peleamos, proteja á sus buenos hijos.

Y el grupo de conspiradores se disolvió, dispersándose por opuestos lados.

Lara esperó para salir de su escondrijo á que desaparecieran del todo los moros. Creia estar soñando. Sus ideas se confundian con los diferentes lances de aquella noche, cada cual mas desagradable. No sin mucho trabajo logró llegar á la *plaza Larga* reflexionando sobre la conversacion que acababa de oir.

—Con que Violeta se halla en casa de un viejo llamado Abul-Abbas. ¡Ah! ¡Gracias, Dios mio! me compensais con usura cuanto he padecido; voy á verla, sí, y mi brazo la librárá de esos infames que han abusado bárbaramente de su aislamiento. Ahora comprendo su afliccion la noche en que la ví herida... ellos eran los de los silvidos... ¿por qué no los aguardé? ¡Maldicion...! Su sangre hubiera corrido al par de la de Violeta... ¿Y ese Fernando de Andarax á quien van á darle muerte...? dentro de seis dias volverá tan ilustre morisco... Granada se halla llena de conspiradores... ¿Pero qué me importan todas sus revueltas? ni soy alguacil ni espia: allá se las avengan unos y otros. Dure la guerra, que es mi elemento, y adelante. ¡Voto á Dios! he encontrado á Violeta y no quiero mas.

No pudo continuar el monólogo por haber llegado

á la puerta de su alojamiento. A fuerza de repetidos golpes consiguió que Esteban Gimenez asomase por una ventana su cabeza cubierta con un gorro encarnado, y bajase á abrirle despues de haberlo reconocido.

—Necesito descansar, me seria imposible en este momento dar ni un solo paso mas, decia interiormente mientras bajaba el viejo. Mañana buscaré á Violeta y su vista calmará los dolores que me atormentan.

—Cuánto me alegro de veros, señor militar, exclamó el huésped abriendo medio dormido; pero siempre agradable y hablador; le digo ingenuamente que su larga ausencia me ha tenido muy inquieto. ¿Dónde ha estado tanto tiempo...? ¡Jesus! ¡qué flaco y descolorido viene...! ¿Se siente malo...? ¿quiere alguna cosa...? Tardecillo es, mas no importa.

—Gracias, caro huésped, gracias. La medicina que cuanto antes me conviene es un poco de reposo, contestó Lara subiendo á su habitacion.

—¿No lo querrá acompañado de algun refuerzo para el estómago...? ¡Eh! vamos, con toda franqueza...

—Mañana, patron, mañana no me vendrá mal por via de almuerzo: una simple respuesta es lo que ahora deseo. ¿Conoceis á un morisco llamado Abul-Abbas?

—Vaya si le conozco, desde muy niño; casi somos de una misma edad.

—¿Pero dónde vive?

—Yo le llevaré á su casa cuando quiera: tiene un jardin muy bonito, donde cultiva unas plantas maravillosas...

—Bien, bien, interrumpió Lara, no juzgando oportuno...

tuno oír la descripción de la casa del botánico; las señas, dadme únicamente las señas.

—Al instante, si señor; *Puerta de Fajalauza*, bajando hacia la derecha, una casita aislada; no puede ser perdida.

—Basta con eso, señor Esteban; buenas noches.

—Hasta que vuelva á despertaros con un desayuno que ni el mismo presidente de la Chancillería lo tendrá mejor.

Hernando, sino durmió bien aquella noche, descansó al menos, que era lo que mas necesitaba; y al siguiente día, eutonándose el estómago con el opíparo desayuno de su complaciente patron, se dirigió á casa del botánico lleno de esperanza y alegría.

No estrañarán ahora nuestros lectores la súbita aparición del soldado en el retiro de Abul-Abbas, donde lo dejamos para demostrar lo acontecido y relatado en el capítulo XVII de esta historia, cuyo capítulo XVII juzgo oportuno concluir en el presente renglon.

CAPÍTULO XVIII.

Donde se prueba que el corazon es á veces el principal enemigo de nuestra felicidad.

Estamos á 10 de enero: que equivale á decir, que han pasado seis dias desde los últimos acontecimientos, durante los cuales el señor de Lara era el hombre mas feliz del universo. Todos los dias, despues de recibir las órdenes de sus superiores, marchaba á casa del viejo Abbas, que apreciaba ya á Ginés en lo que valia, donde, sin que lo apercibiese, pasaba la mayor parte del tiempo. Como es de suponer, los jóvenes ya se habian comprendido y confesado hasta sus

menores secretos, y se amaban con todo el ardor de sus años juveniles.

Lara, al lado de Violeta, se olvidó de la vieja señora, que al principio le habia causado no poca inquietud, y la gitana se consideraba tambien la mujer mas dichosa del mundo, con un protector como el buen Abul, y un amante de la calidad y temple de Ginés.

El alojado, que ella creyó su padre, no habia vuelto aun; y consolaba este ligero pesar contemplando su retrato, que Lara le devolvió.

Los celos que su primera vista infundió á este, fueron desvanecidos al momento con la relacion que Violeta le hizo de su vida, y como el botánico confirmó la creencia de la gitana acerca del soldado que dias antes habia llegado á su casa, se tranquilizó del todo Ginés, aguardando su vuelta tambien con ansiedad para aclarar este enigma, toda vez que tan perfecto parecido no fuese una rara casualidad.

Y vean aqui, mis amados lectores, porque razon pasaban los dos jóvenes amantes una vida que mas de cuatro puede ser que envidien, y que yo, que lo refiero, no tendria inconveniente alguno en disfrutar.

A las cuatro de la tarde de un dia sereno y hermoso, de esos dias de invierno que tan deliciosos son bajo el puro azul del cielo de Granada, paseaba nuestra amorosa pareja por las alamedas del jardin, como tenian de costumbre. Próximo el sol á su ocaso, deramaba sobre la tierra sus templados y gratos rayos; pero hallándolo sin duda tibio, algunos tímidos insectos corrian á ocultarse en sus viviendas de cien bocas. De vez en cuando se escuchaba el piar de al-

gun solitario pajarillo, que volando por encima de los jóvenes, iba á verlos pasar sobre la rama de un árbol, desde donde los saludaba como felicitándoles por su dicha. Tambien alguna blanca mariposa, nuncio de la próxima primavera, les salia al encuentro batiendo sus transparentes alas.

Aquel dia vestia la jóven un traje completo y nuevo, con el que estaba encantadora. Un corpiño negro guarnecido de botones de nácar y adornos de seda ceñia su elástico talle, dejando ver una cintura leve como el tallo de la rosa, y unas enaguas celestes, en extremo cortas, enseñaban un pié y una pierna.... que no puedo seguir. De su cara no hay para que hablar: animada con el gozo de que su corazon estaba henchido, aparecia radiante de felicidad.

No se crea que olvidamos á nuestro guapo Ginés; pero como no vestia nada nuevo, callamos la descripcion de su traje, pues todos sabemos en qué consistia; ni digo tampoco cosa alguna de su rostro, porque no ignoramos que es buen mozo, y debemos suponer que estaria, como lo estaba efectivamente, bizarro y respirando alegria por todas partes.

Oigamos un ratico la conversacion de estos dichosos enamorados, para desarrugar el ceño que tendrán á esta fecha algunas de mis jóvenes lectoras, anatematizándome al pensar y decir: mas señor, ¿qué novela es esta? ¿no va á tratarse de amor en ella?

Sí, señoritas mias, hablarán de amor, que no son tan prosáicos los héroes de mi historia; pero dispensadme si hablan poco: un cariño tan acendrado como el que se profesaban seria una lástima que se disipase con el uso. No, señoras, quiero que se conserve

para reliquia en los tiempos venideros, ya que por una rara casualidad hemos encontrado el amor verdadero en una antigua novela.

Seguiremos su comenzada plática desde el mismo punto en que los hemos sorprendido.

—Ay Violeta, decia Ginés á su amada que iba asi-
da á su brazo, y cuan poco conoces mi cariño, al temer que algun dia me arrepienta de haberme unido á una gitana. ¿Piensas por ventura que participo de las necias preocupaciones de este mundo? No; mi corazon obra espontáneamente, sin que jamás ideas bastardas ni vulgares le hayan impedido hacer su voluntad. Una gitana puede tener el alma tan sublime como la mas alta princesa, y lo mismo son para mí una que otra: amo la virtud donde quiera que la encuentro.

—Como me entusiasma el escucharte, Ginés mio, respondió la jóven estrechando dulcemente el brazo de su amado; ¿pero te haré feliz con mi cariño? Esa fatal idea ha venido algunas veces á entristecer mi corazon en medio de la ventura que le rodea.

—¡Que si me harás feliz! ¿Pues no me has hecho ya? Escúchame, Violeta; voy á decirte mi vida, para que juzgues de mi gozo al encontrar un alma que haya comprendido la mia. Soy el hijo cuarto de una rica y distinguida familia española. Murieron mis padres, y heredó el primogénito todos los titulos y bienes: los restantes hermanos quedamos sujetos á su caridad. ¡Santa ley de los mayorazgos en España! Mi carácter altivo no supo doblegarse á tanta humillacion y abandoné la casa paterna; la guerra era mi único recurso y me hice soldado. Desde la muerte de

mi madre no he conocido otro afecto que el tuyo; á nadie he amado mas que á tí. Hace tiempo que sentia una necesidad de amar, grande, inmensa... sin encontrar á quien. Las mujeres..... ¡Oh! las mujeres aman, es verdad; pero tambien engañan, y mas engaña la que mas se quiere, y temia querer, porque temia ser engañado... y un desengaño hubiera sido muy fatal para mí. ¡Ah! Cuantas veces sentia no haberme dejado llevar por algunas miradas seductoras, que presagiaban un afecto puro y grande... pero luego me alegraba; conocia que todo era una farsa, un arte infernal para atraer hombres á su lado, solo con el fin de hallarse rodeada de adoradores que satisficiesen su orgullo... y nada mas; el corazon vacio como el cerebro.

(Entre paréntesis.)

¡Válgame Dios por el bueno de Lara, y cuanto rodeo, y cuanto circunloquio necesitaba para explicar lo que en el dia se hace con una palabra solamente: coquetismo! ¡Y dirán luego que no avanzamos!

—Sigue, sigue, Hernando, exclamó Violeta; háblame de ese modo; quizás logres ahuyen'ar la melancolia que, sin saber la causa, me abrumba desde hace un momento.

—¿Tú estás triste, ángel mio?

—Sí; en vano he querido disimular... temo no poder seguir fingiendo. Ginés, ahora mismo, cuando has dejado de hablar, estaba mirando una mariposa, que enredada en unas matas hacia grandes esfuerzos por recuperar su libertad... y solo al cabo de mucho trabajo pudo conseguirlo, aunque dejando un ala en-

tre las hojas... ¡Si vieras lo que me he acongojado con esta niñería...!

—Tranquilízate, mujer; ¿por qué esa angustia? ¿No estoy á tu lado? ¿no te adoro como á mi vida... ¿No tienes al buen Abul que tanto te quiere?

—Dices bien; mi llanto será de felicidad... yo me calmaré. Ven conmigo; quiero llevarte á mi jardín, al pedazo de tierra que debo á mi protector. ¿Ves? he sembrado flores, flores de mi nombre, y sembraré otras muchas que serán con el tiempo mi único recreo; riego todos los dias la tierra para que nazcan pronto, y cuando estén crecidas y lozanas, tejeré un ramo todas las mañanas que colocaré sobre tu corazón siempre que salga á recibirte...! ¿Te gustan tambien las flores?

La pobre niña queria distraer de este modo el pesar que la abrumaba. Sentia una de esas angustias indefinibles que, ignorando el motivo, solemos experimentar algunas veces, y quizás cuando mas felices nos creemos. A esto llaman presentimientos; y tengo para mí que no van fuera de razon; pues si recordamos lo que despues nos ha sucedido, encontraremos justificado este presentimiento. Soy fatalista, no lo puedo remediar: he procurado vencer esta preocupacion con observaciones que la han fortalecido en vez de destruirla. Hablo por experiencia; pero volviendo á nuestros amantes, prosiguieron toda la tarde en sus dulces coloquios, hasta que la puesta del sol acompañada de un vientecillo de enero, les hizo volver á la casa, donde encontraron al viejo Abbas estudiando en un libro escrito en árabe que tenia abierto sobre la mesa. Al sentirlos entrar levantó la

cabeza y les dijo con su habitual espresion bondadosa.
—¡Hola! Parece que la noche os echa por acá. Bien venidos, hijos míos.

La gitana corrió á darle el abrazo con que le saludaba á la vuelta de sus paseos.

—Buen Abul, le dijo Hernando, como de un día á otro pueden disponer de mí y enviarme á las Alpujarras, donde regularmente los moros no darán muy buena cuenta de mi persona, quiero cuanto antes dejar un nombre á Violeta. El mundo es grande, y la viuda del militar Lara siempre será mejor recibida que la gitana Violeta. Soy cristiano apostólico, y sin necesidad de la Inquisicion, sé cumplir los deberes que la religion me impone. Mis bienes no son mayor cosa; pero con menos aun viviríamos contentos, pues nos faltan deseos y nos sobra amor; ¿no es cierto, Violeta mia?

La respuesta de la jóven fué derramar un nuevo torrente de lágrimas.

—¿Qué tienes, hija mia? exclamó sobresaltado el botánico.

—¡Otra vez el llanto! ¡Si supieras, Violeta, cuanto me entristece verte así!

Y Ginés se aproximó á la ventana para ocultar una lágrima que rodó de su pupila hasta el bigote, dejando solo un brillante surco en la mejilla.

—¡Ginés! ¡querido Abbas! no os alarmeis, nada tengo; pero has hablado de muerte y me he desconsolado, sí; ¿por qué nombrar aquella cuando todo lo que nos rodea respira felicidad?

—He hecho mal, lo confieso, se apresuró á decir

Hernando; mas de todos modos me ratifico en mi propósito, y ahora mismo voy á pedir licencia á mi jefe.

—¿Tan pronto te vas hoy? exclamó quejosa Violeta.

—Sí, querida mia; no quiero retardar nuestra union; me parece que de otra suerte.... que se yo; pero imagino alguna desgracia. Tambien tengo presentimientos.

—¡Ay de mí! ¿pues de qué proviene, si no es de lo mismo, la tristeza que me agovia? contestó dolorosamente la gitana.

Hubo despues de estas palabras un momento de silencio.

—¡Por mi fe! gritó el viejo dando un golpe sobre la mesa; ¡medrados estamos con los jóvenes! eso es, llorar y mas llorar, y el soldado poniendo la cara como la de su Cristo en Semana Santa... ¿Qué sucede pues? vamos, decid.

—Nada, buen Abul, nada, ya lo habeis oido; presentimientos no mas.

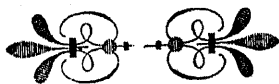
—¿Y os afligis de ese modo? Voto al ángel Azrael, que no soy mas que un viejo, de menos valor que una pipa de corcho, y desafio á todos los presentimientos del mundo.

—Avergonzadme, lo merezco, soy un mandria. Adios, Violeta; mañana no estoy de servicio y desquitaré el tiempo que me roba hoy.

—Adios, Hernando, dijo la joven desfallecida abrazando al soldado.

Ginés se dispuso á marchar; cuando estuvo en la puerta volvió por un secreto impulso la cabeza, y encontrándose con la seductora mirada de Violeta,

corrieron ambos jóvenes á abrazarse otra vez. Pero esta, sonó un prolongado y ardiente beso, y Lara partió precipitadamente. Este beso era el primero que se habian dado los dos amantes... ¿Quién sabe si será el último?



CAPÍTULO XIX.

Como no salieron falsos los presentimientos de Violeta.

En la calle del *Escudo del Cármén* hay otra, mas bien callejuela que calle, y si ahora no muy limpia, asquerosa y repugnante en los tiempos á que se remonta nuestro fiel relato. Casi todas las casas eran feas y tristes como el sitio, aunque alumbrasen los reflejos del sol, ya que no sus rayos, pues le vedaban la entrada los vuelos de los tejados, vecinos agudísimos que tenían casi juntas sus carcomidas narices.

No hay para que decir, que si con la luz clara era

desagradable el aspecto de esta vía, que ha conservado hasta ahora su correspondiente fe de bautismo en un pequeño azulejo, cuyas gastadas letras dicen al transeunte: *calle de la Horca Vieja*, lo que era de noche horripilaba de una manera cruel. A escepcion de los pocos vecinos que salían á paseo por la tarde, ó bien á evacuar algun negocio urgente, volviendo antes de oraciones, nadie transitaba por esta calle en toda la noche, tanto por no ser de paso, como por temor de salir de ella como Adán del paraíso.

Las ocho habían dado en el reloj de la catedral, ya conocido de mis lectores, y, una tras otra, todas las horas fueron contadas por una mujer que se hallaba en la ventana de una casa de la referida callejuela. Pero no se crea, como muchos habrán pensado ya, que sería alguna doncella en espectación de la llegada de su galán, para bajar en seguida á la reja y nutrir su amor con palabras. No señor; la mujer que vemos asomada era nada menos que la señora Isidra Canegin, conjunta persona del insigne golilla inquisitorial, el perseguidor de hechiceros, y azote de judíos, Simón Plumeró y Avecilla.

—¡Las ocho! había dicho al contar la última campanada; no debe tardar. En cuanto las haya oído el pichoncito de mi alma, habrá dejado su partida de dados que tiene en casa de maese Pedro, el rapista de la calle de Elvira, y vendrá corriendo á su nido en busca de su palomita.

Efectivamente, no tardó en aparecer un bulto en el principio de la calle, que aproximándose con ligeros pasos, iba cantando entre dientes una cancioncilla muy á propósito para el cantor, y de cuya letra

no quiero privar á mis lectores, con el solo objeto de que conozcan el gusto de AVECILLA en esto de filarmonia.

Mira que te mira Dios,
mira que te está mirando,
mira que te has de morir,
mira que no sabes cuando,

cantaba el alguacil, entonándose de una manera admirable.

Tenia, como muchos de estos tiempos y de estos dias, la presuncion de creerse un *bajo* profundo, y cuando dió á los vientos la última nota de su cantinela, daba en el lleno de su entusiasmo filarmónico unos tan atroces gritos, que algunos vecinos creyeron pasaba á la sazón por la calle la hermandad del *Pecado mortal*, muy de moda en aquel tiempo y de la que era cofrade nuestro golilla de la verruga. Otra causa impulsaba á entonarse al alguacil, además del placer de oírse á sí mismo, y era el miedo cerval de que se sentia acometido nocturnamente cuando se dirigia á su casa solo y sin escolta. Con el canto olvidaba los peligros, que en silencio creia ver en cada esquina.

En la actualidad la inesperada voz de Isidra interrumpió la repeticion de su copla, que por si no la conoce alguno de mis lectores, diré que se llamaba *saeta*; y era propiedad de los referidos hermanos del *Pecado mortal*, que en número de cuatro ó cinco, y pertrechados de una linterna, en cuyos verdes cristales estaba pintada un áncora amarilla, recorrían la

poblacion de ocho á once de la noche, diciendo en alta y lúgubre voz estas palabras: *Para hacer bien y decir misa por la conversion de los que están en pecado mortal*. Si algun caritativo vecino daba la limosna que pedian, era recompensado con una *saeta* que entonaba cualquiera de los demandantes, todos bajos profundos, y proseguian su camino; pero volvamos á la interrupcion que sacó á Avecilla de su *saetero* enajenamiento.

—¡Ay Jesus, y qué hermosísima voz! exclamó Isidra penetrada del placer que habria de proporcionar á su marido esta ocurrencia. ¡Eh, caballero! ¿sois sochantre por ventura?

Levantó Avecilla la cabeza, y conociendo en el acento que no podia ser sino su cara consorte la de semejante pregunta, respondió con notable gozo.

—¡Picaruela! ¿cómo se entiende? ¡Dirigis á estas horas la palabra á cualquier extraño transeunte en ausencia de vuestro esposo! ¡Isidra! ¡Isidra! ¿á tal extremo te arrastra tu aficion por la música?

—¡Calle! ¿eras tú, Simon? De veras que no te habia conocido. Creí que fuese un extranjero... ¡Caramba y que buen timbre!

—¿Con que me creias sochantre...? y extranjero...? ¡ja, ja, ja! contestó entusiasmado Avecilla. Por mi fe, que aunque no tenia mi voz por despreciable, nunca llegué á figurarme tanto; ¡vaya! vaya! ¿Pero qué es eso, no me abres, Isidrita? exclamó viendo que no se movia de la ventana su digna esposa.

—No, querido, pues tendrás esta misma noche que desempeñar tus peculiares funciones en cierta parte... Toma, toma este pergamino que han traído con

mucha prisa para tí; léelo, que no te ha de disgustar su lectura.

—¡Cómo! ¿mujer, te habrás propasado al extremo de entrometerte en mis reservados asuntos? ¿No temías mi justa cólera?

—Ea, calla y no seas tonto; si lo he leído es porque vino sin cerrar.

—Eso atenúa notablemente la gravedad del delito; pero no lo disculpa, contestó el alguacil recogiendo el pergamino que le tiró su esposa.

Mas como no habia alumbrado y era completamente de noche, estorbaba de tal modo la oscuridad á Simon, que no pudo descifrar el contenido.

—Querida mujer, exclamó despues de inútiles pruebas, será necesario que te tomes la molestia de abrir, para que á la luz artificial de que te encuentras disfrutando pueda leer este pergamino; ya que ni quieres decirme lo que encierra, ni el fuego de tus ojos es suficiente para iluminar los míos.

Veán mis caros lectores con que galanteria tan esquisitamente fina pagaba el *buen* corchete el gozo que su mujer le habia causado con aquello de cantante extranjero y sochantre.

—Si el brillo de mis ojos no llega hasta ese pergamino, por la altura de la ventana, contestó á poco rato Isidra, este objeto difundirá su luz lo bastante para que te enteres, alma, mia, y la bigotuda dueña sacó una candileja de hierro.

—Así me gusta, dulce paloma, que comprendas á tu gorrion, ya que has tenido la inhumanidad de dejarme en la calle con un *gris* como el que corre.

Desenvainó entonces Avecilla unos redondos an-

tejos, y montándolos en el caballete de la nariz, justamente detrás de la verruga, pudo á favor del aumento de los cristales y de los rayos de la candileja leer lo que sigue;

«Se avisa al terrible azote de los hechiceros é infatigable perseguidor de réprobos y judíos, Simon Plumero y Avecilla, que la gitana Violeta se halla en casa de un morisco llamado Abul-Abbas; el cual vive en una casa aislada antes de la puerta de *Fajalauza*: si no pretende ser víctima de atroces remordimientos, debe esta misma noche ir á prenderla, no haga el diablo que mañana escape el pájaro de su nido.—*Un amigo de la Inquisición y por consiguiente de su mayor sosten el señor Avecilla.*

—¿Qué tal? exclamó la Canequi despues que aquel hubo leído; que bien hice en no abrir, mira si sabia perfectamente el gusto que ibas á recibir... como que quizás te hubiera hecho rodar las escaleras por correr á...

—Ya se vé que si, que es un famoso hallazgo; pero á la verdad, querida, hubiera deseado quedarme esta noche en tu compañía; lo mismo tiene mañana, y mañana ya estaría mas descansado, porque lo que es hoy he corrido tanto; que mis piernas hormiguan.... y como está cerca la casita!

—Haz tu gusto, hijo mio; primero tú que nadie; si no te sientes esta noche con bastante celo para ese ejercicio, déjalo para otro día, y entra.

—No, mujer, no; la obligación antes que todo: ya me han avisado esta noche y es preciso hacer la captura... porque ¿y si mañana no estuviese? ¡Qué afrenta para un alguacil que por sus heroicas proezas ha

adquirido el renombre de azote de los réprobos!

—Mas, Simon.... he sido acometida de un pensamiento atroz... ¿y si fuese una burla?

—Será necesario entonces añadir otro percance al catálogo de los sufridos en el desempeño de mi deber. Estoy resignado, esposa mia, resuelto á sacrificarme en obsequio de nuestras santas madres la Iglesia y la Inquisicion.

Y el hijo de las dos madres exhaló un profundísimo suspiro, y despidiéndose de su mujer, salió de la callejuela. Sin cantar ni aun tararear música alguna dirigióse á la Inquisicion, de donde sacó doce soldados, y seguido de ellos llegó al *Triunfo* y empezó á subir con santa mansedumbre el camino de *San Diego*.

—¡Ay, qué de trabajos cuesta el adquirir algun renombre en el mundo! iba pensando y diciendo el alguacil mientras caminaba: verdad es que me he conquistado uno; ¡pero qué de frios, qué de calores, qué de coscorriones, que son algo mas que los calores y los frios, no han caido sobre mi humilde persona! Y bien pagados por cierto, eso sí; recompensa como la que se alcanza en mi oficio no hay muchas, no: véase en prueba de ello un ejemplo reciente. Espongo con el otro cólega, el de la Chancilleria, mi seguridad individual y la fuerza moral de mis derechos; véome á pique de trabar una sangrienta lucha, porque si yo llevaba tropa, igual número de hombres seguia á mi cofrade; se transige, se arregla la negociacion, lógrase de sus resultas la captura del irreligioso aventurero, se le encierra en un calabozo... ¿y para qué sirvió todo este trabajo? Para que á pocos dias salga salvo y sano á la calle por mediacion de no sé quien, quedando con

tan inaudito escándalo ilusorias las facultades del santo tribunal, y, lo que es mas sensible todavia, espuestas mis costillas á la horrorosa venganza de ese foragido, porque, seguramente, la tomará cuando me eche la vista encima. *¡O tempora!* Lo conozco, vacila por sus cimientos mi autoridad de alguacil; á no detenerme ese renombre tan gloriosamente adquirido, yo mismo ayudaria á su completa ruina presentando mi dimision; pero el amor á la inmortalidad, el derecho que tengo á que mi nombre sea trasmitido de generacion en generacion, ocupando en lo posteridad un digno puesto en la historia de la patria para ejemplo de los futuros alguaciles.... eso, y solo eso me hace todavia retener esta blanca vara que tantas calamidades me acarrea.

En esto llegaron á la casa aislada. Avecilla distribuyó su gente para cercarla del modo que le pareció oportuno y segun su costumbre en estos casos, y acompañado de cuatro soldados únicamente se dirigió á la puerta, donde mandó á uno de ellos diese repetidos golpes con la alabarda.

Al cabo de un corto intervalo se oyó ruido por dentro y la voz del viejo Abul que preguntaba quien era.

—¡Abran á la Inquisicion! respondió Avecilla con su gangoso acento.

No tardó en ser obedecido el mandamiento, presentándose el botánico, mas muerto que vivo, con una luz en la mano, y dijo al alguacil casi temblando.

—¿Qué busca la Inquisicion en mi casa? Ni mis costumbres, ni mi retiro han llamado nunca la atencion del santo tribunal; ¿qué quiere, pues, de mí?

—Ahora lo verá el renegado, contestó Simon revistiéndose de su alguacilesca autoridad. Adentro, muchachos, adentro; y empujando á un lado al viejo, penetró en la casa seguido de su escolta. No tuvo que andar mucho. En la escalera encontró á la gitana, que á medio vestir acudía para enterarse de la causa del alboroto.

—¡Hola! aquí está la que buscamos, dijo el alguacil asiendo á Violeta por su desnudo brazo.

Al ver la jóven á Simon exhaló un lastimoso grito y quiso correr para ocultarse; pero era tarde: ya le había echado la garra el cuervo, y no pudo desasirse.

—¡Adelante, buena pieza, adelante! que te vas á divertir grandemente, repuso Plumeró conduciéndola hácia la puerta.

—¡Por Dios, señor alguacil, tened lástima de mí! exclamó Violeta sollozando.

—Caballero, compadeceos de esta infeliz criatura: se halla inocente de toda culpa: yo se lo juro, dijo angustiado en extremo el buen botánico.

—¡Libreme Dios de juramento de morisco! contestó Avecilla; nada, nada; dé gracias el viejo á mi buen corazón, porque otro en mi lugar, ya le hubiera preso como encubridor de brujas.

Los soldados procuraban entre tanto sujetar á Violeta, que arrastrándose por el suelo regado con sus lágrimas, imploraba clemencia de aquellos postes de mármol abrazándoles las rodillas.

—¡Hola, hola! exclamó Avecilla, ¿se resiste? pues atadla y nos veremos libres de sus impertinencias; hijos, ninguna compasión para los hechiceros.

Obedeciendo los sayones al implacable golilla, lograron ponerla de pié y le ataron fuertemente los brazos á la espalda.

—Señor alguacil, dijo llorando el viejo, permitidme tan solo que cubra su desnudez con cualquier vestido; no es decente llevarla así, y además la pobre niña va á sentir un frío horroroso en el camino: considerad que hace una noche de hielo.

—No tengais cuidado, que ya la calentará la hoguera.

Esta fué la contestacion del digno Avecilla.

—Adios, padre mio, adios, exclamó Violeta sollozando y resignada: quitadme este collar y retrato que he llevado siempre conmigo; y si volviese el alojado, entregadle esos objetos: tal vez por ellos se pueda averiguar si es mi padre, y si lo fuese efectivamente, decidle que salve á su hija. Adios, padre mio, abrazadme ya que no puedo hacerlo yo.

Corrió el anciano á estrechar á Violeta entre sus brazos, y sus lágrimas se confundieron.

—¡Infortunada hija mia! exclamaba Abul-Abbas, no te engañaron tus presentimientos.

—¡Voto á cribas! ¿pensais tenerme aqui toda la noche presenciando vuestros gestos? dijo impaciente el alguacil: separadlos, soldados, y marchemos.

Arrancaron brutalmente á Violeta de los brazos del anciano, y se dispuso á partir la comitiva.

—¡Decid á Ginés que le amo siempre, siempre!

La voz de la gitana se apagó á impulso de un fuerte empujón que le dió un satélite de Avecilla.

Salieron todos afuera á escepcion del viejo que cayó desplomado en el pavimento.

Serian las once de la noche: un viento glacial corría por aquel desierto camino azotando las desnudas espaldas de Violeta, que en medio de los soldados, á cuya cabeza marchaba el inicuo Simon, se dirigia descalza y atada como un criminal al terrible edificio, donde la arrastraba su desventurado sino.



CAPÍTULO XX.

**Que comprueba lo ya dicho sobre la influencia de las
faldas femeniles, de cuyas influencias, si son
para mal, nos libre Dios por los siglos
de los siglos.**

En el mismo aposento en que Catalina recibió á Lara habia una alcoba con un lecho adornado de grandes cortinas verdes, donde á la sazón se encontraba aquella devorada por una ardiente fiebre, á causa de la exaltacion que produjo en su impetuoso carácter la reputa de Lara, de aquel hombre por quien concibiera tan loca pasión.

Era la mañana siguiente á la prision de Violeta. La noche anterior habia sufrido un espantoso recargo, que hizo tener en vela á la servicial doña Gomez, digna confidente de semejante ama; pero con la venida del dia habiase disipado algun tanto la calentura, desapareciendo del todo el delirio, durante el cual Catalina no cesaba de hablar de venganzas y muertes.

—¿Cómo os sentis, señora? preguntó la dueña levantando el cortinaje del lecho.

—Mejor, aunque bastante estropeada, contestó la enferma separando de su rostro algunos mechones de cortos cabellos que cubrian sus vidriosos ojos.

—¡Si habeis pasado una noche fatal! Tentada estuve, al ver las contorsiones de vuestro semblante, de llamar... porque he tenido un miedo...! Vamos, tomad esta bebida que recetó ayer el doctor.

La dueña se aproximó á una mesa, y vertiendo en un vaso cierta d6sis de brebaje amarillo, lo acercó á Catalina, quien incorporándose como mejor pudo, bebió sin decir una palabra.

—¿A qué hora me empezó el recargo anoche? dijo al cabo de algun tiempo.

—Temprano, muy temprano. Cuando volví de llevar á casa de Avecilla el pliego que vos misma escribisteis, ya lo teniais, y no pequeño, no, ¡caramba!

—Pero, dígame, Gomez; ¿cree que el alguacil halle á esa maldita gitana causa de mi enfermedad? Tal es mi deseo de verla en la Inquisición que temo no se realice nunca.

—¡Vaya si la encontrará! Yo misma, ignorando donde vive, he dado con ella; ya veis si el podenco del golilla, con las señas que se han proporcionado y

sus buenos vientos por añadidura, perderá el rastro de la pieza.

—Pues entonces, dueña, va á poner por obra al momento cuanto le ordene. Si efectivamente la prendió anoche, debe dar hoy mismo á mi tío el correspondiente parte. Váyase á estar al cuidado de cuando venga para avisármelo en seguida.

—¡Pero vais á quedaros sola...! ¿y si pudierais necesitar de mi auxilio?

—No será; me hallo en buen estado... y luego, no tardará en venir, toda vez que anoche verificase su captura. Vaya, vaya, dueña, y no agrave mi mal con su inobediencia:

—Ya me voy, señora.

—Un momento. ¿Se ha levantado mi tío?

—Será probable. Son las ocho, y lo hace siempre al amanecer.

—Nada mas.

Salió la dueña de la estancia y Catalina quedó sola con sus pensamientos. Lívida como un espectro, y contraídas sus facciones por una infernal sonrisa, eco de los proyectos que fraguaba en su calenturienta cabeza contra el hombre que la habia despreciado, ó mas bien, contra la inocente jóven que habia escogido por víctima, para hacer sentir en su amante con mas fuerza el peso de su odio, estaba Catalina superior á toda pintura. Era la envidia en su horrible desnudez asiendo á la muerte por su repugnante guadaña, á la que estaban ligados los tormentos del averno y las agonias de los réprobos.

No tardó en volver doña Gomez.

—Señora, dijo corriendo hácia el lecho, en este ins-

tante el alguacil entrega á don Iñigo el parte de la captura de Violeta.

Nada respondió Catalina; pero sus ojos indicaron el gozo que sentia.

—¡Bien está! exclamó despues; retírese ahora la dueña, y cuando venga mi tio esté vigilante á la puerta de mi antecámara para que nadie nos interrumpa. Necesito hablar con él.

—¿Y no temeis que una conversacion...?

—Siempre ha de empezar la dueña por contradecirme.

—Por vuestro beneficio y nada mas, señora.

—La mayor prueba de interés que podrá darme en la vida, es la de ejecutar sin réplica cuanto le ordene.

Calló doña Gomez y volvió á salir de la alcoba.

A los pocos momentos apareció don Iñigo á la puerta. Llevaba un balandran de fina lana negra con anchas mangas de terciopelo, y un gran bonete echado atrás que le cubria todas las orejas.

—Buenos dias nos dé Dios, sobrina, dijo al entrar; ¿cómo te encuentras hoy?

—Algo mejor, contestó, preparándose para asaltar la benevolencia del inquisidor.

—¿Te ha probado, segun eso, la medicina que recetó últimamente nuestro buen doctor?

—Si señor, me calma extraordinariamente.

—Gracias á Dios; póngate buena pronto su santa misericordia. Vaya, ¿quieres alguna cosa? La litera está á la puerta para conducirme al tribunal. ¿Deseas algo antes de mi partida?

—Sí, tio; hablaros un poco.

—¡A mí! contestó admirado don Iñigo; ¿pero te hallas en disposición...? Mira no sea que luego...

—Perded cuidado, señor; á no sentirme con el ánimo suficiente, escusaria lo que tengo que deciros, aunque es del mayor interés para mí.

—Vamos pues, habla, sobrina, ya te escucho.

Sentose el de Vargas cada vez mas sorprendido de aquellos preliminares, sin atinar el motivo para que lo necesitase su sobrina, hasta que dándose de pronto un golpe en la frente, exclamó:

—¡Ah! ¿Será la libertad de alguna otra persona lo que pretendes. En ese caso te advierto que va á ser negada tu demanda. Bastantes disgustos me ha ocasionado la del militar por quien tanto te interesastes. Esas cosas son buenas para una sola vez, hija mia; ¡te parece que es un grano de anís sacar un prisionero de la Inquisición?

—No, tío; muy agradecida os estoy por semejante beneficio; conozco lo que vale, y no es mi intento volver á comprometeros con solicitudes de la misma especie. Todo lo contrario; si entonces pedí la libertad de una persona, quiero ahora el castigo de otra; por supuesto, siendo probada suficientemente su criminalidad. La justicia antes que todo.

—Eso es diferente, contestó mas tranquilo don Iñigo. El asunto varia de aspecto, y no me parece tan árdua empresa el conseguirlo. Se entiende, añadió con prontitud, estando como dices debidamente justificado el delito.

—No hay en ello la menor duda.

—Veamos, sepa yo de que se trata, ponme en antecedentes.

—Tened antes la bondad de contestarme á unas cuantas preguntas. ¿Se considera como delito por el Santo tribunal de la Fe la sola causa de pertenecer á una raza espúrea, descreida, y por consiguiente irreligiosa?

Quedó sumamente reflexivo el viejo sin comprender donde iria á parar su sobrina con aquellas preguntas, y contestó despues.

—Si el perteneciente á la raza de que hablas es como se supone, descreido é irreligioso, merece desde luego el castigo del tribunal.

—¿Y si ademas de todo tiene pacto con el demonio?

—*¡Liberanos Domine!* exclamó santiguándose y retrocediendo el inquisidor; sobrina, ¿quién es ese de que tratas? me asustas extraordinariamente.

—Pero, respondedme, tío: ¿si se prueba que una persona tiene hecho un contrato con el diablo, por cuyo medio ha logrado producir una enfermedad que puede terminar con la muerte, qué castigo merece y cual será el que le imponga el Santo Oficio?

—La condenará sin remision al fuego; mas, Catalina...

—Pues señor, si quereis á vuestra sobrina como Dios manda, y os interesais por lo tanto en su salud, debeis anhelar su restablecimiento, y en vuestra mano está el remedio.

—¡Hija mia! digo de veras que tus palabras me sumergen en un mar de inquietudes y reflexiones; no te entiendo, espícate mas claro porque vas á hacerme perder el juicio.

—¡Tío! gritó Catalina dando á su rostro una es-

presion horrible y feroz, ¡tío! la dolencia que padezco es causada por los sortilegios de una mujer... estrememeceos....! ¡estoy maleficiada!!

—¡Jesus! ¡Jesus nos valga á todos!! exclamó el inquisidor levantándose de golpe y llevando sus manos al bonete. ¡Hablas de verás, Catalina?

—¿Seré acaso tan infeliz que no me creais? replicó medio llorosa.

—No, sobrina, no es eso; pero dices unas cosas que hacen ponerse de punta todos mis cabellos... Y... ¿quién es la hechicera? dilo, dilo, ya tengo empeño en asegurarla.

—Una gitana, señor.

—¿Su nombre...?

—Violeta.

—¡Calle! ¿Será tal vez la que anoche prendió el alguacil?

—¡Cómo! exclamó Catalina fingiendo un perfecto asombro; ¿han preso á alguna gitana de ese nombre?

—Sí, aqui tengo el parte.

—¿Es jóven y bonita?

—No la conozco; pero así me lo ha afirmado Ave-cilla.

—¡Ay! ¡es ella, la misma! ¡gracias, Dios mio, por haberla puesto en manos de la Inquisicion!

—No le presagio muy buen fin á la tal gitana; debe ser hechicera, no hay duda; Plumeró la acusa, tú tambien; mal pleito tiene; mas espícate, hija, ¿cómo han podido sus hechizos alcanzarte? ¿No llevas siempre tu rosario al cuello!

—Si señor; pero una tarde, ignorando que se me habia desprendido por haberse roto, me asomé á la

ventana del salon, segun tenia de costumbre. Pasó á poco la gitana con su pandereta, y al verme, me invitó á que bajase para decirme la buenaventura. No quise oirla, porque siempre he tenido un horror invencible á esta clase de gentes; volvió á suplicarme, yo me negué; pidiome entonces una limosna, y casualmente no tenia moneda alguna en el bolsillo... tampoco pude dársela; encolerizada la mujer viendo que nada le concedia, fijó en mis ojos los suyos centelleantes, diciéndome: «Ya le pesará á la señora su falta de caridad!» y haciendo con su mano un extraño signo, desapareció entre los paseantes. Al pronto no di crédito, ni aun me volví á acordar de la gitana; pero juzgad de mi sorpresa cuando al irme á desnudar no encontré de mi rosario sino muy pocas cuentas. Desde aquella fatal noche me he sentido cada dia mas indispuesta, hasta hallarme reducida al estado en que me veis; y consultando ayer con mi confesor acerca de si el mal que me aquejaba seria efecto de los hechizos de aquella mujer, confirmó el santo varon mis dolorosas sospechas; y en un conflicto tan cruel, llena de angustia y miedo, he acudido á vos para que me saneis, porque no podré estarlo mientras exista la causa.

—¡Válgame el cielo qué desgracia! pobre sobrina... ¿y cuándo fué el dia que te sucedió?

—El primer dia de pascua.

—¿Y dices que tu confesor ha contestado afirmativamente?

—El reverendo padre fray Antonio me ha puesto en tan inmensa afliccion... ¿con que me salvareis?

—Haré cuanto pueda, Catalina; ahora mismo voy

á esponder mi queja ante el tribunal en pleno; se hará comparecer á la gitana, le noticiaremos los graves, los tremendos cargos que resultan en su contra, todos unánimes y conformes; si niega, se le aplicará el tormento, y no saliendo enteramente limpia, dentro de tres dias celebrará el Santo Oficio auto de fe. Adios, sobrina, recibe mi bendicion, por si mitiga algun tanto tus penosas dolencias.

Estendió la mano don Iñigo sobre la enferma, y despues de haber hecho la señal de la cruz repetidissimas veces, salió de la alcoba murmurando:

—*Miserere mei, Deus: secundum magnam, misericordiam tuam.*

En la antecámara encontró al fraile dominico que vimos en el primer capítulo de esta historia conversar con Lara y Avecilla en la plaza Nueva. Doña Gomez quiso impedirle la entrada, pero al ver á su señor dejó de insistir, considerando se habia terminado la entrevista.

—*Laudetur Christus in ista domu sancta*, dijo el fraile saludando al inquisidor.

—*Laudetur in æternum*, padre Antonio, llegais muy á tiempo; ¿con que es cierto que vuestra hija de confesion, mi querida sobrina, está hechizada?

—Cosas son tan serias, señor don Iñigo, las que acaba de indicar vuesamerced, respondió gravemente el dominico, que no pueden afirmarse positivamente, como debe conocer. He dicho que podrá consistir el mal de doña Catalina en los sortilegios de esa gitana; pero de una simple creencia á una rotunda afirmativa va mucha distancia.

—Y basta y sobra lo que vos creeis, vaya, ¿pues

qué, es alguna friolera? ¡Pobre Catalina! ¡pobre hija mia...! ¡hechizada...! Id, padre Antonio, id y consoladla. Yo por mi parte os aseguro tomar tan á pechos el negocio, que no ha de hacerse esperar mucho la quema de esa bruja; porque no hay duda que en eso vendrá á parar el asunto para que sane mi querida niña.

—*Fiat voluntas Domini, in toto orbe terrarum*, fué la respuesta del fraile, y se separaron ambos religiosos.

Es indispensable aclarar aqui, para que no sufra detrimento la buena opinion del padre Antonio, que en obrar de aquella suerte, ni era cómplice de la trama de Catalina, ni se doblegaba á la sugestion de nadie. Era en demasia supersticioso, y creia en los maleficios; y cuando su hija de confesion, conociendo su carácter, le manifestó los temores que abrigaba, fraguando el mismo cuento que narró á su tio, pensó el domínico que semejante caso no era sino la cosa mas natural del mundo, sacando á colacion infinitas personas hechizadas que habia visto y con las que ya se figuraba tenia Catalina alguna semejanza. En la credulidad del padre, mayor que la que pudiera haber supuesto, vió la enferma un medio eficaz para lograr mejor su ardid; y segura de la prision de Violeta que ella misma habia impulsado, se apresuró á manifestar á su tio las angustias de su situacion y la creencia del domínico, segura de que don Iñigo, preocupado y fanático como la mayor parte de las gentes de aquel tiempo, podria conseguir con facilidad el esterminio de la que adoraba Ginés.

Ya que hemos visto limpia la conciencia de fray

Antonio, aunque necesario ha sido oscurecer algun tanto su talento, vamos á dejarlo prodigar consuelos á la *pobrecita* enferma, que con una espresion de triunfo, marcado en sus brilladores ojos, escuchaba al parecer con santa compuncion las palabras del religioso.

Al ver á Catalina tan serena y apacible, nadie hubiera imaginado que acababa de dictar la sentencia de muerte de una infeliz é inocente criatura.



CAPÍTULO XXI.

Que para nada hace falta á la novela, por ser enteramente extraño á la misma.—Franqueza del Autor.

Hallábame en mi cuarto esta mañana. El sol de diciembre penetraba por los cristales del balcon, brillante, risueño, hermoso como el cielo donde aparecía.

Reclinado en una mesa, divagaba mi vista sobre varios papeles que en completo desórden se hallaban diseminados por ella.

Eran, entre otros, el diario de un pobre jóven, de un compañero de la infancia, á quien haciéndole una

vez cargo de su continua melancolia, ajena de los pensamientos que deben germinar en la primavera de la vida, me contestó entregándome un paquete.

—Toma, lee una sola vez estos papeles, y culparte despues de novelesco. Tú me conoces; tú sabes la lucha que me combate; tú las circunstancias que me rodean, y tú me harás justicia.

—¡Ay! aquellos renglones eran la espresion del dolor mas verdadero, las lágrimas brotadas del corazon en el acto de ser herido.

En aquel momento acababa de leer lo siguiente:

«30 DE NOVIEMBRE.

«Heme aqui sin ánimos para dedicarme á nada y con propósito de hacer mucho; pero por desgracia ó por fortuna, segun se miren las cosas, despojado de todas las ilusiones que hace un año hervian en mi cerebro y que forman la vida de la juventud.

«¡Juventud! Dichosa edad que no he conocido, y que probablemente llegará un dia en que no pueda esplicar sus atractivos sino por lo que otros digan de ella. ¡Triste cosa es tener un corazon marchito...! muerto á los veinte y cuatro años de existencia... y vive Dios, que no es porque falte la fe en mi alma, ni porque aspire á la estúpida gloria de *señalarme* entre los demas, segun piensa la vulgaridad de la gente cuando miran un ser que no comprenden, como no comprendo yo el *escepticismo*, la vida sin creencias de ninguna clase.

«Y sin embargo, estoy solo; ni un amigo que dul-

cifique mis penas, ni un consuelo en mi martirio, ni una flor en el erial de mi vida.

«Si dirijo mis ojos hácia un lado, solo veo el egoismo en su repugnante desnudez; los vuelvo hácia otra parte, y la falsedad se adelanta cubierta con la máscara de la hipocresia.

«¡Todo engaño en cuanto me rodea...! ¡todo farsa!

«¡Qué amarga es la decepcion!

«Niño, y dotado por mi desgracia de una imaginacion ardiente, volcánica, en la que hervian mil pensamientos de gloria, de ambicion, de felicidad, deseaba lanzarme en el inmenso espacio que ante mi vista se entreabria. *Fe en el corazon: esperanza en el porvenir.* He aqui mi empresa.

«Pero nada; ni una mano se me alargaba, ni una mirada de interés se me dirigia... y solo y siempre solo, mis esfuerzos eran inútiles.

«Y con todo, no me arredraba... y nuevamente volvía á mi empeño. Soy jóven, me decia, luchemos; y luchaba, y añadía en mi diario que era entonces mi único amigo:

«Si alguna vez llego á escribir mis sufrimientos, puesto que solo ellos forman las páginas de mi vida á los veinte y un años de edad, no esclamaré como Larra:

—«Mi vida ha sido una cadena de males y toca á su último eslabon.»

«DIRE UNICAMENTE:

«Mi vida es ó ha sido (quiera Dios concederme hablar en pasado alguna vez) una enmarañada madeja

de sufrimientos, que al pretender sacar el hilo, tropieza á cada instante con un nuevo enredo, sin encontrarse un medio para devanarla. Por cuantas direcciones se encamina la hebra, siempre ha de hallar marañas que lo impidan.

«¿Podrá devanarse algun dia sin que se rompa el hilo?»

«¡DIOS LO SABE!»

.

Ahora hablo yo, y digo: ¿Qué habrán pensado los lectores de CASOS Y COSAS al encontrarse de súbito con semejante fárrago? — ¡Sin duda que se ha vuelto loco el buen autor! — ¿Qué falta nos hace saber si su amigo estaba triste ó cantando seguidillas de gusto? ¿Si escribía esto ó lo de mas allá! Si es ó no desgraciado allá se las avenga cada cual con su suerte, que obligacion no tenemos de averiguar vidas ajenas, y si el autor de continuar la novela principiada, sin entrometerse en lo que nada puede importarnos.

Teneis un millon de razones, carísimos y asendereados lectores, merezco la filípica y la acepto; pero con los talones unidos, sombrero en mano y el cuerpo en figura de C mayúscula; pido que me dispenseis este paréntesis de la obra: pronto volveremos á tomar el hilo. Hacedme gracia de este solo capítulo. Necesito dar rienda á mis pensamientos, expansion á mi alma.

La vista de esos papeles, cuya lectura habrá hecho asomar la risa á vuestros labios ó el desden á vuestro

semblante, ha agoviado mi corazon bajo de un enorme peso; ha traído á mi memoria recuerdos que me ator­turan, por la analogia que tienen con los pesares de ese pobre amigo que nadie compadece y todo el mundo desprecia.—Tengo necesidad de consuelo, y voy á escribir lo que solo á mí puede interesar.

Vaya, lectores míos, hacedme merced de este capítulo, en el supuesto de que nada perdereis; después de unas pocas hojas sigue la historia, como si semejante interrupcion hubiese padecido, y si en ella he logrado la fortuna de hacerla interesante á vuestros ojos, pasad en claro estos borrones hasta el capítulo siguiente, y nada me tendreis que reprochar, á escepcion de un pliego de papel supérfluo en vuestro libro. ¡Pero qué diablo! ¡cuánto otros tendreis en ese caso para que pueda ser notable el mio!

Ademas de que... es tan fácil la segregacion!



A mi querido amigo

D. José Salvador de Salvador.

Epístola agri-dulce... ó lo que sea.

Harto de resistir mi adversa suerte
y de llamar cien veces á la muerte
por minuto, y cien mil por una hora,
sin que nunca responda esta señora;
y viendo que á mis quejas
todo el mundo se tapa las orejas,
sin dársele un ardite
de que el bien se me venga ó se me quite,

ó que el mal se me quite ó se me venga,
pues dice cada quisque: —Allá se avenga
como mejor pudiere;—
ó bien si esto no fuere,
contesta alguna arenga
moral, sana, clemente;
que es poco mas ó menos la siguiente:
—Si penas tiene, aguántelas y muera,
que cada cual las sufre á su manera;
pero no nos aturda los oídos
con ayes y gemidos,
poniéndose tan feo, que aun perfecto
es de muy mal efecto.
Nadie está autorizado
por mas que le moleste ciego encono
á marchar por la calle jorobado
ni con faz de avestruz, lagarto ó mono,
(á no haberlo formado
fiera naturaleza
participe de todo en una pieza.)
Y no piense el solemne majadero
que por ser un exótico coplero
tiene bula y buleto
para tornarse un caústico completo,
á vueltas siempre con su triste lira
que cantando suspira,
sintiendo desengaños á millares,
(y aun no tiene completos los molares.)
Y dale con su sino,
y aprieta con las *urias del destino*,
el amor... las mujeres... la falsia...
y la ya consabida algarabía
de que nadie comprende
(lo que ni el bueno del mancebo entiende),
su alma... su corazón... su sentimiento...

y el tal señor es todo un gran jumento!

.....
¿No es esto, caro Pepe? Séme franco,
pues que mi pluma para ti es tan franca;
ya ves que no me atranco,
y sin haber estado en Salamanca,
dime bien, si no es esto:

¿Qué dice el mundo, falso é indigesto,
al menguado mortal que se conduce
de su misera suerte..? Que se amuele.
Cónstame, y por lo mismo determino
variar de camino.—

La sociedad... ¡gran nombre he pronunciado!
de mi se burla al contemplarme aislado,
baja la faz y retratada en ella
de la desgracia la profunda huella.
No alcanza que terribles desengaños
marchitaron en flor mis tiernos años,
que mi alma de niño, tuve henchida
de ilusiones y vida,
que en pos de la grandeza y de la gloria
olvidé que era cieno, inmunda escoria
el mundo que pisaba,
y otro mundo mi pecho se forjaba
de paz y dicha lleno,
y el traidor y mortífero veneno
que el cáliz de las flores ocultaba
del mundo en que giraba,
con avidez bebía
creyendo hallar el néctar, la ambrosia,
que loco en mi delirio imaginaba,
y era ponzoña vil que me abrasaba.

El aura, que meciendo
las hojas de los tallos, iba abriendo
entre las gayas flores

una senda bordada de colores
y cuyo aroma célico embargaba,
con placer respiraba,
y al sentir su frescura
en el silencio de la noche oscura,
entregábase el alma
á un éstasis feliz de dulce calma,
donde en gratas quimeras arrobado
mi espíritu á otra vida era llevado.
¡Insensato! con ánsia lo aspiraba
y era el soplo del mal que me secaba.

Mil visiones, á cual mas seductora,
de mi mente surgian,
cuando del alba en la risueña hora
sus corolas las rosas entreabrian,
y vagando al azar por la arboleda
de la morisca Alhambra misteriosa,
y errando entre sus muros
entregaba á la brisa suave, leda,
mi cabeza ardorosa
que al refrescarla con sus besos puros
risueñas ilusiones me traía,
terribles pensamientos alejaba;
si una esperanza hoy se disipaba,
mañana con mas fuerza otra nacia,
que una vez y otras cien morir veía,
y una vez y otras mil nuevas forjaba,
un *quién sabe!* en mi lucha repitiendo
y sin tregua en pos de él iba corriendo.
¡Quién sabe...! lucha insana!
quien el alivio de sus penas lega
al mentido é hipócrita mañana,
no fie de su suerte,
que aunque al cabo en la vida una vez llega,
no es otro *ese mañana* que la muerte.

Mas no te asustes, no; solo un capricho
obligome á verter un pensamiento
funerario, y de veras me arrepiento;
no mas lloros he dicho,
y antes mi pluma convertida vea
en víbora ó serpiente,
que aquel precepto quebrantado sea
por este pecador *impenitente*.

Del mundo las falsias
no me oirán lamentar; *soy tan dichoso*
que de dicha reboso,
y por fin terminaron mis manias
de lanzar anatemas al destino;
ya me importa un comino
cuanto en mi torno pasa; todo es lleno
de efectos naturales, por lo tanto,
siendo naturaleza todo es bueno,
siendo naturaleza todo es santo.
Y á nadie cause espanto
mi raciocinio, no, que es justo y recto,
pues tambien es efecto
de causas naturales, ergo en suma
tiene que ser perfecto:
hecha esta salvedad, señora pluma,
sin buscar mas dilema
volvamos con la tema;
pensando de este modo
feliz va mi existencia trascurriendo,
vivia antes muriendo,
ahora muero viviendo; ahí está todo.
Y no es poco, por Dios! ¿Qué mas ventura
pretende la criatura
arrojada á una tierra que no quiso
y donde le es preciso
acatar de este mundo la ley dura?

El que vive anhelando,
como jamás se logra su desvelo,
con este mismo anhelo
está siempre su calma desvelando
y su existencia en tanto destrozando.

Yo, verbi gracia, cuando ciego estaba
allá en mi juventud, loco! pensaba
que la ciencia, virtud, talento, gloria,
cualidades serian suficientes,
si no para ocupar puesto en la historia,
para ser apreciado entre las gentes;
y con febril deseo
me lanzaba al estudio! ¡Cuántas veces
al triste chascarar de una bugia,
el toque de las preces
por el descanso del finado oia
embebido en mi afan, y hora tras hora,
instante tras instante,
en él me sorprendia
la luz del nuevo dia
que eclipsaba mi luz agonizante!

Y mi lozana juventud gastaba
mi salud marchitando,
pero no me arredraba,
y siempre mis ideas esforzando
adelante marchaba
ansioso de coger el fruto luego
á que di con mi vida fértil riego.
¿Y qué gozaba entonces? ¡grande cosa!
El placer que recibe en su carrera
el párvulo que espera
alcanzar la pintada mariposa
que el blanco lirio mece,
y que al tender la mano, desaparece.
Ya ves si razon llevo en cuanto digo:

caro Pepe, pues yo muy poco entiendo,
ó habrás por fuerza de decir conmigo
que no es mas esto que vivir muriendo.

Ahora, ¡San Quintín! qué diferencial
ahora sé, por *mí mismo*,
que el talento, la gloria, virtud, ciencia,
con sus pingües tesoros,
si les falta el bautismo
del señor don dinero, son mas moros
para todas las gentes que el profeta,
y mas consigue un tonto con sus oros
que un sabio que no tenga una peseta.
Aqui tienes por qué ya no me afano
ni los sesos cual antes me devano;
á nadie quemo incienso,
y como no soy rico, ni lo pienso,
tengo por muy seguro
que mientras no lo fuere
jamás, aunque mil ciencias poseyere,
brillaré lo que brilla un peso duro
á los ojos del siglo positivo,
donde entre goces y placeres vivo.

A Cervantes me atengo; en este mundo
se reducen á una
las cuestiones de todo: la fortuna.
Tener ó no tener; por San Amelio,
que verdad tan preclara
casi merece el nombre de evangelio.
Tener ó no tener. El quid es este:
dobles calamidades que una peste
lleva en sí lo segundo,
y una de ellas, (cuidado que me fundo!)
es que da mala cara
eso de *no tener*, pues juzga el mundo
siempre por lo que vé; la prueba es clara.

Al hombre á quien observan macilento,
aunque fuere la causa de su pena
de tal motivo agena,
por Lázaro lo tienen al momento,
y al mirarlo venir, el mas humano
si encuentra calle á mano,
ó portal ó postigo
que le oculte á los ojos de su amigo,
desparece temiéndole al percance
de algun forzoso avance
que torne su bolsillo
de *pesado* en *sencillo*,
y esto lo hace no mas por congetura
al ver que tiene airada la figura.
Estar en guardia, precaucion es sana,
para ejercer la caridad cristiana.

Nada nuevo hay en esto; ya es muy viejo
y de nadie ignorado;
mil bocas lo han contado,
mas no por eso de decirlo dejo
arrostrando la tacha de *pesado*;
si mil lo han referido, y yo importuno
lo repito, serán ya *mil y uno*.
No puedo pasar mas, pero hago alto,
y aunque mucho me callo en el asunto,
como debes, ¡oh Pepe! hallarte falto
de paciencia, mejor será dar punto
y á otra cosa pasar... ¿mas dónde salto?
Vacila el corazon, el salto teme,
¿pues dónde irá á parar que no se queme?
¿dónde, dónde? ¡Dios mio!
conozco que á pesar de mi propósito
el solo pensamiento me da frio.

Vaya... vaya... ¿salimos con temores?
me gusta, corazon! contigo hablo,

absorbe en tu interior los sinsabores,
y... al fuego, voto al diablo!
¿Olvidas que gozando en tus rigores
el mundo se reirá cuando tú llores
lanzándote su imbécil carcajada
por la hiel del desprecio envenenada?

.....
Muy bien dicho, muy bien; razon de sobra
tendrán para llamarme tonto ó loco;
¿a qué viene por Cristo tal zozobra
volviendo, mentecato, á hacer el coco?
¿Por feliz no me tuve en esta obra,
y si mal no recuerdo, hace muy poco?

.....
Si señor, muy feliz... y las mujeres
á mi dicha actual contribuyeron,
por los muchos placeres
que ufanas me trajeron.

Ello es verdad que con falaz cariño
mi corazon poético y de niño
de ponzoña llenaron,
y hecho trizas dejaron;
pero en cambio logré, ¡grande ventura!
saber que esta criatura,
la mitad mas hermosa
del género animal llamado humano
y del que soy (para mi orgullo) hermano,
es solo... una *mujer*; no ángel ni diosa
que entre vapores juega, trisca ó salta;
y como tal mujer, da quince y falta
en esto de pasiones,
superfluidad y amaños,
arterias y engaños
á los demas mezquinos corazones,
participes del zumo sin disputa

de aquella verde fruta
pera, manzana ó breva
que engulló con Adán la madre Eva.

Válgame San Antonio,
y su virtud heróica y esquisita
para huir tentaciones del demonio!
esclamarán algunos, ¡qué blasfemia!
¿No hay quien taje una pluma tan maldita?
Vé, mujer, como premia
tus gracias y candor este coplero,
un filósofo, al fin, un embustero.

Y es verdad, ¡vive Cristo! soy un necio
de alma torcida y bizca,
que no hay en cuanto digo ni una pizea
digna de ser juzgada con aprecio.

«Pobre mujer! para sufrir nacida
y tambien para amar; blanca azucena
que perfuma la vida
del hombre y de placer y encantos llena.
Paloma cariñosa
que comparte del hombre los dolores,
tornando en calma su inquietud penosa
y sus espinas convirtiendo en flores.
Pobre mujer! en cambio de tu halago
él cruel te difama,
si ayer te creyó amar, hoy no te ama,
y ni el olvido vil te da por pago.
Siempre de blanco sirves
á sus tiros de burla torpe, infanda;
siempre su labio impuro
abierto por la risa del sarcásmo
en cinico entusiasmo
profana tu candor, mancha tu nombre,
y no teme arrollar el sacro muro

de tu ilesa virtud.—Tal es el hombre.»

.....
¡Lástima que acabaran
mis ilusiones! voto al mismo infierno,
y con ellas volaran
mis ideas tambien! porque era tierno
en esto de pintar la suerte triste
que des que al mundo nace
á la pobre mujer tenaz le asiste
hasta cantarle el *requiescant in pace*.
Y el lastimero grito
de mujer, oh mujer! oh sino amargo!
era un grito algo largo
es verdad, pero si *era tan bonito!!!*

Sirva si no de muestra
la exclamacion sensible
que acabas de leer, obra maestra,
llena de una espresion irresistible:
que tengo, vive Dios, por imposible
su intrínseco valor reconocido,
no llore como un roto ó descosido
quien las ternezas lea
que en pintar la mujer mi pluma emplea.
¿Emplea? poco á poco, se resiente
mi modestia cargando con tal mérito,
he trocado los tiempos y en *presente*
hablé cuando debiera ser *pretérito*.

Esos lindos primores
los produjo mi mente, en los albores
primeros de mi vida, cuando amores
angélicos soñaba,
cuando la *bella* sociedad miraba
por un prisma de mágicos colores,
cuando no acibaraba mi existencia
una triste experiencia

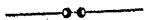
que arrebató del alma dolorida
los celestiales dones
que endulzan del mortal la áspera vida,
el amor, esperanzas, ilusiones.
Porque en la actualidad, aunque arzobispo
nombrarme el Santo Padre prometiera,
hacer aquel bosquejo no pudiera;
al solo nombre de mujer me crispo,
y todo cuanto hiciese malo fuera.

Conoce la razon; no es culpa mia;
fui sencillo, inocente, confiado,
si luego he variado
y no abrigo la fe que antes tenia,
efecto es de los hechos que pasaron
que seco el corazon de fe dejaron.
No es esto, lo aseguro, hacer alarde
de una loca y ruin filosofia,
que muchos juzgarán fiebre ó mania,
aunque ya los sarcásmos vienen tardé
á truncar ó torcer la opinion mia.

Ni pretendo arrancar, torpe, inclemente,
el resto de creencia
que albergue el corazon adolescente;
semejante violencia
mi pecho no consiente,
viva feliz el universo entero
y júzguenme ambos sexos sin encono:
medir con un rasero,
á todos los humanos corazones
es hacerse notar de majadero,
cuando dice un adagio verdadero
que no hay regla á que falten escepciones.
Apliquese la suya
cada quisque á su arbitrio, y de este modo
nadie habrá que me arguya,

ni exigirá que limpio restituya
su mérito arrastrado por el lodo.

Ténganlo así entendido
mi epístola al leer de arriba abajo,
ó bien de abajo arriba,
si les place tomarse este trabajo,
y arreglen ó acomoden su sentido
á cuanto escrito tenga ó luego escriba.
Miren que no es salir por la tangente,
apuesto que conoce el mas *obtusos*
que es una reflexión docta y prudente;
y... ya no digo mas; veo que abuso,
Pepe, de tu paciencia, y fiel me acuso
de pesado yo mismo,
pero no me condeno;
me hallaba inquieto, y para estar sereno
recetome el doctor un sinapismo,
y lo confeccioné; si no es *ameno*,
considera la esencia
de tal medicamento, y te harás cargo
que sería notable impertinencia
pedir que el rejalgar no fuera amargo.
Por lo demás, me río del adusto
censor que contra mí su saña exhalé,
al gusto no me ajusto
de nadie para nada, hago mi gusto.
bueno ó malo, es igual, es mío y *vale*.



CAPÍTULO XXII.

Donde suceden tantas cosas, que por escusarse de nombrarlas todas las calla el autor.

Acababa Lara de regalarse con un almuerzo de rey que el complaciente Esteban Gimenez le habia presentado. Ginés estaba alegre y locuaz: el dia anterior pudo conseguir del marqués de Mondejar licencia para su enlace. Este acto no era mas que una muestra de subordinacion y respeto hácia los comandantes del tercio, pues á las mujeres de los soldados no les quedaba viudedad ni pension alguna á la muerte de aquellos, por ser cada cual de su pais, guerri-

llos de profesion, que si á la mayor parte les hubiese ofrecido Aben-Humeya doble paga, se hubieran despedido amistosamente de los tercios castellanos, é irian á defender la causa de los moriscos con la misma valentia; pero volviendo á Ginés, se habia dado tan buena maña, que todo estaba dispuesto para su union en aquella propia mañana; desde cuya hora podria la gitana Violeta presentarse y ser bien recibida en el mundo con el nombre de esposa ó viuda del militar *don* Hernando Ginés de Lara, pues era noble.

Vean nuestros lectores porque motivo estuvo muy afanado la referida mañana limpiando el puño de su tizona y daga, el sombrero con pluma y broche y todo el equipo restante. En la necesidad de presentarse bien portado para un acto tan sério como el del matrimonio, era indispensable que la limpieza reemplazase al lujo, asi como sus manos para hacerlo á las de los criados de que carecia.

Al tiempo de irse entró el morisco en su cuarto.

—Llegais á muy buen tiempo, querido patron, le dijo el soldado; segun mis cálculos, hoy mismo será el último dia que me hospede en vuestra casa; aunque no por eso echaré en olvido el buen trato y comodidades que os debo. Voy á instalarme por ahora en casa de vuestro amigo el botánico Abbas.

—¡Ay señor militar! contestó sorprendido y apesarado Gimenez; ¿en qué falta he incurrido, pobre de mí, para castigarme de ese modo? ¿No sabe vuesa-merced que abandonar mi casa es lo mismo que dejarla dia y noche con las puertas sin cerrojos? Yo que con vuestra presencia vivia tranquilo como la yedra en el barranco, ¿qué va á ser de mí ahora... y de mi

infeliz hija? Tenga vuesarced, señor soldado, lástima de nuestra situacion, y no nos abandone por caridad.

—Desechad, buen Esteban, toda sombra de inquietud, que velaré por vuestra seguridad de la misma manera que si en su casa estuviese.

—¿Pero qué mas le da vivir en la mia que en la de Abul-Abbas?

—Amigo Gimenez; hay ciertas circunstancias en la vida de los mortales que les obligan á tomar determinaciones... ¿estamos? de conveniencia: no puedo continuar siendo su huésped; mas esté seguro de que todos los dias vendré á verle.

—No insisto; rayaria en impertinente; cuento sin embargo con su promesa.

—Venga ahora esa mano para confirmároslo.

—¡Mucho daño me hace esta separacion!

Estrechó Lara la mano del morisco, y dando despues el último toque á su atavio, y volviendo á reiterar al viejo Esteban su promesa de verle diariamente, salió Hernando de aquella casa donde tanto lo querian y de la que no sin pena se alejaba. Pero la dicha que iba á disfrutar con su enlace disipó pronto aquella nube de tristeza, y á los dos pasos de marchar no se acordaba del viejo ni de su complaciente trato.

Perdonemos á Lara esta leve ingratitud; estaba enamorado é iba á casarse; y como todos los amantes no abrigan mas que un sentimiento en este caso, porque, ó su corazon se reduce, ó el amor es tan grande que lo ocupa todo, cuestion que no puedo resolver con exactitud; me contentaré con decir, que siguiendo Lara la conducta de todos los enamorados en semejantes circunstancias, solo pensó en la obli-

gacion nada ligera que iba á contraer. Por mas amor que haya, este ligamento *pro tota vitæ* desengañémonos que no deja de conmover un poco los corazones. Otra razon mas que disculpa su egoismo.

La mañana aparecia clara, y el sol estaba tendido sobre la tierra cuando Lara, en alas del amor y de la dicha, atravesaba la puerta de *Fajalauza*. Conforme se iba aproximando á la casita solitaria sentia un tremendo peso en su corazón que reemplazaba poco á poco á su anterior alegria. Los pájaros hacian oír sus lisonjeros trinos volando de árbol en árbol; pero Ginés creia percibir cierto lúgubre sonido en aquel matutino canto que tantas veces habia escuchado con la gitana en el jardin del botánico.

Cuando llegó á divisar la casita, miró hácia la torrecilla; pero no vió aquella linda cabeza cuyos ojos resplandecian de júbilo con su llegada.

—Estará en el jardin, se dijo como para fortalecer una esperanza pronta á disiparse.

La cerca del jardin era tan baja que con facilidad podia registrarse desde afuera todo el interior. Ginés se aproximó á ella, y sus ojos recorrieron momentáneamente aquel estenso área.

—¡No está...! ¡Cielos! ¿Qué es de Violeta?

Estas palabras se escaparon involuntariamente de su pecho, y un medroso silencio sucedió á ellas.

Acercose entonces á la casa lívido y contraído. La puerta estaba entornada: no tuvo necesidad de llamar; entró en el piso bajo... se hallaba desierto.

—¡Violeta! ¡Violeta! exclamó subiendo rápidamente las escaleras de la torrecilla.

El mismo silencio siempre, la misma calma de los sepulcros.

Llegó á la torrecilla.... no habia tampoco nadie. Volvió á bajar la escalera penetrando de golpe en el cuarto de Violeta. El lecho estaba vacio y sus vestidos y corpiños colgaban de la pared.

—¡Poder de Dios! ¿qué ha sucedido en esta casa? gritó Lara en el colmo de la desesperacion, y arrojándose fuera del cuarto entró en el del botánico.

Alli estaba el viejo; pero echado en un rincon, cubierto el rostro con sus manos y sin respirar siquiera.

—¡Abul, Abul! ¿y Violeta? ¿dónde está? ¿que ha pasado aqui...? respondió.

A los gritos del jóven descubrió su faz el anciano y fijó sus ojos sobre Ginés. Parecia un espectro: sus mejillas estaban hundidas, su mirar era intranquilo y sus labios se veian cárdenos.

—¡Ah! ¿eres tú, Hernando...?

Solo estas palabras pudo articular Abul, y empezó á llorar.

—Padre mio, sacadme de esta incertidumbre que me mata, dijo Lara corriendo hácia el anciano y levantándolo. ¿Qué hay pues?

—Hijo mio, han arrancado de mis brazos á Violeta, arrollándome y mofándose de mis súplicas.

—¿Pero dónde está?

—¡En la Inquisicion...!

—¡Oh! ¡maldita sea! exclamó Ginés entregándose á los mayores escesos de locura. El desdichado se acordó en el mismo instante de las amenazas de Catalina.

—Pero la mataré, añadió rechinando los dientes, sí, y despues moriremos juntos los dos.

Apenas concluyó de hablar oyose una robusta voz afuera que dijo:

—¡Hola, patron! ¿dónde diablos estais?

Y en seguida apareció un soldado todo cubierto de polvo. Era el alojado de Abul-Abbas, al que se creia padre de Violeta.

—Tarde he dado la vuelta, ¿no es verdad? continuó entrando; pero se detuvo sorprendido al contemplar la adiccion del viejo y la espantosa y descompuesta fisonomia de Lara.

—¡En que mal hora venis, oh señor! dijo al verlo el botánico; si supierais... Ginés, este es el soldado de que te hablaba Violeta.

Mas el aventurero á nada atendia, y no costó al anciano poco trabajo hacerle comprender lo que queria.

—¡Ah! gritó entonces reparando en el rostro del recién llegado; ¿sois vos...? y viendo en las manos de Abul el retrato y el collar que habia sacado este de su bolsillo, tomó precipitadamente el primero y presentoselo en seguida.

El alojado, perplejo con la escena de monosílabos á que habia dado margen su presencia, palideció notablemente á la vista del retrato. Era su mismo rostro, aunque rejuvenecido algun tanto.

—Y bien; ¿qué significa todo esto? exclamó turbado; no comprendo...

—Por favor, decidme la verdad, contestó el viejo Abul; este es vuestro retrato, sí, no hay duda; esa sorpresa que en vano pretendéis ocultar lo revela cla-

ramente... Violeta es vuestra hija; mirad, mirad esto mas que me lo dejó para que os lo entregase.

Y el anciano con sus manos temblorosas alargó el collar de corales. El soldado lo tomó prontamente, examinó el medallon en que remataba, y apretando un oculto resorte se abrió una chapa, dejando ver en el fondo grabada sobre blanco esta cifra: V.

—¿Quién os ha dado este objeto? preguntó con ansiedad.

—Quien lo ha poseido desde que nació, juntamente con el retrato, vuestra hija.

—¡Mi hija! ¡mi hija! ¡ah! pero no puede ser.

El alojado quedó meditabundo por algunos instantes.

—¿Qué edad tiene esa jóven que pretendéis sea mi hija? exclamó despues.

—Diez y seis años á lo mas, respondió Abul-Abbas.

—¡Cielos! Una hija tuve que, si viviera, tendria esa misma edad ahora; mas, ¿dónde está esa jóven? ¿Cuándo me ha conocido? ¿Cómo creéis que sea su padre?

El viejo refirió, segun mejor pudo, la historia de Violeta, que escuchó con creciente anhelo el llamado Fernando. Luego que hubo aquel concluido y satisfecho las preguntas que despues le hizo este, repuso con una verdadera alegría.

—Quiero verla, enseñádmela, no retardeis este gozo por mas tiempo; es mi hija, mi hija que lloraba muerta... devolvédsela á su padre.... no puede ser mas que ella... ¿dónde está? ¿dónde?

—Mejor fuera para vos, infortunado padre, haber

seguido siempre en la idea de ser muerta vuestra hija, contestó Ginés con voz sombría.

—¿Y quién sois vos que, semejante al buho que grazna en el tejado de un moribundo, augura de ese modo sobre mi suerte?

—Quien quisiera no haber nacido, ó ser muerto mil veces antes de sufrir el tormento que me oprime. Padre infeliz, habreis encontrado una hija, y no podreis abrazarla quizás en toda vuestra existencia.

—¿Pero qué ha sido de ella?

—Preguntádselo al Santo Oficio.

Una impresion terrible hizo esta noticia en el ánimo del soldado. Al solo nombre de Inquisicion todo el mundo temblaba.

—¿Mas qué ha hecho? ¿qué delito es el suyo? compadeceos de mi dolor, y sacadme de la angustiosa confusion en que me hallo.

Lara, á pesar de su intenso sufrimiento, conoció el no menor de aquel hombre, y le dijo con acento mas dulce.

—Perdonadme, señor; el trastorno en que se hallan mis sentidos me ha hecho ser injusto, cuando debia de haberos consolado; ¿pero qué quereis? Tambien padezco bastante sin que nadie mitigue mi dolor, porque es imposible. Escuchadme: puesto que los dos somos jóvenes é interesados en salvarla, unámonos y salvémosla; luchemos contra ese poder terrible, y no desconfieis de vuestras fuerzas, que si los llegasen á faltar, me sobra á mí el aliento y decision para terminar yo solo la empresa comenzada.

En seguida hizo saber al otro soldado su amor por Violeta, sus intenciones y la arbitraria prision de ella

por el Santo Oficio. Ignoraba la acusacion de hechicera que habia formado Avecilla.

—¡Decis que luchemos! exclamó Fernando despues que lo supo todo: ¡proyecto insano! ¿Qué somos nosotros comparados á ese tribunal omnipotente que humilla ante sus piés la majestad de los reyes? Conoced nuestra impotencia, y no os alucine, hidalgo, la realizacion de un imposible, por mas halagüeña y fácil que os la mienta vuestra imaginacion.

—¿Y qué recurso nos queda? preguntó desesperado Lara.

—¿Qué recurso? repitió el padre de la gitana, y quedó pensativo.

—¡Ah! ninguno, ninguno, bien lo conozco, continuó Ginés casi sollozando; ¿quién salvará á la pobre Violeta?

—Yo, respondió Fernando como iluminado por una repentina idea.

—¡Vos! exclamó Lara sorprendido.

—Sí; lo espero. Voy á poner en ejecucion un proyecto que la salvará, descorriendo á la par el velo que me ha tenido oculta la existencia de mi hija. Adios, amigos, no me detengo un instante; el tiempo vuela.

—Caballero, quisiera acompañaros, dijo Ginés dudando de la confianza con que afirmaba el soldado la salvacion de Violeta.

—Dispensadme, hidalgo; pero el asunto que voy á ventilar, y del que pende la libertad de mi hija, es un asunto que no me pertenece. Confiad en mí; no tardaré en volver.

Y dejando confusos al enamorado galan y al pobre anciano, desapareció de la estancia.

—¡Adios. padre mio! dijo de pronto Lara, no puedo permanecer aqui en inaccion; voy á seguirlo para saber cuanto antes á que debemos atenernos respecto de la confianza de ese hombre en salvar á Violeta... Conozco que hago mal en espiar sus pasos... pero no de otro modo puedo acallar la impaciencia que destroza mi alma.

—Sí, corre, vuela, hijo mio, y trae buenas noticias á este pobre anciano.

Cuando Lara atravesaba el umbral de la puerta, le salió al encuentro un hombre de malas trazas con una carta en la mano y le preguntó:

—¿Sois don Fernando de Andarax, el que ha llegado hoy de Ugíjar?

—Sí, aparta, contestó incomodado de aquel entorpecimiento y sin haber oido mas que el nombre.

—Pues tomad este pliego que para vos traigo.

Hernando tomó maquinalmente la carta que puso aquel hombre en sus manos, marchándose en seguida.

Abriola Ginés, y aunque estaba escrita con caracteres africanos, la tradujo toda, pero sin dejar de caminar.

La carta decia lo siguiente:

«Esta noche se espera á don Fernando de Andarax, por otro nombre Abil-Malehk, en la plaza de *Bib-al-bolut* á las doce en punto. Se le ruega que no falte á la cita, por interesarse en ella la corona de su rey y su título de señor.»

—¡Ah! exclamó Lara; este Fernando... no puede

ser otro que el soldado á quien voy siguiendo... es decir, el padre de Violeta... no hay duda, él es el jefe morisco contra quien se tramaba el complot que descubrí aquella noche... y he aquí el lazo de que hablaban... sí, la plaza de *Bib-al-bolut*. ¡Oh! ya tengo un motivo que justifique mi curiosidad... ¡Pero qué laberinto, Dios mío! mi cabeza arde; Violeta hija de un morisco... corramos á encontrarle.

Lara redoblo sus pasos y logró descubrir al que buscaba cerca de la plaza Larga; mas no queriendo entonces que lo viera, determinose á seguirlo de lejos.

Y como se prolongaría demasiado este capítulo añadiéndole cualquier otro suceso, determino yo á mi vez pasar al siguiente.



CAPÍTULO XXIII.

El cual sirve como de introduccion á la *graciosa* historia que vendrá despues.

Las once de la mañana serian cuando el padre de Violeta llegó á la plaza Nueva. Una espesa niebla habia entoldado el horizonte y soplabá un viento frio. Fernando se dirigió sin titubear á la casa de don Iñigo de Vargas, quien hacia poco tiempo que salió para la Inquisicion, despues de la conferencia con su sobrina; penetró en el gran portal y dió dos fuertes aldabonazos.

Un portero salió á abrirle, preguntándole en ese

tono *dulce y agradable* con que por lo regular reciben estos *cerveros* á cuantos se les presentan, qué cosa buscaba en aquella casa. Y ya que hablo de porteros, asunto que deseaba tiempo hacia, no me parece justo dejar pasar en claro ocasion tan oportuna sin zurrarles la badana como corresponde y merece todo funcionario público que abusa de su posicion. Segun los fidedignos datos que poseemos (mi pluma y yo), un portero del año de gracia de 1569 valia tanto como uno de nuestros dias; lo que en buen castellano quiere decir, que no valian nada ni aquellos ni estos; ó mejor esplanado, que toda falange porteril pasada, presente y aun futura, es, ha sido y será (á menos que convencida la sociedad de lo perjudiciales que son á sí misma, no los relegue para *in eternum*), un claro espejo de la miseria del género humano, donde aparece todo lo mas ridiculo que existe en el mundo que pisamos; y aunque no fuera mas que por el decoro de la misma humanidad, debiera, como hemos dicho, suprimirse, borrarse del catálogo social esta clase, y aun olvidarse de que hubo un tiempo en que se toleró su existencia. ¿Qué es un portero? Pregunta es esta, que si Dios nos deja algunos años de vida, procuraremos contestarla del único modo posible, que es escribiendo su verdadera fisiologia; pero á falta de ella, y atendiendo á las cortas dimensiones de la novela y el mejor sistema para no cansar á los lectores, diremos solamente: que ya que en nuestras sociedades se estableció el uso de una persona destinada con el nombre de portero, á dar, por lo regular, á otra importancia, preeminencia, consideracion y etc. etc. etc., debiera desde luego reemplazarse á

estos hombres con osos ó micos enseñados al efecto; con lo cual resultarian dos beneficios: primero, enaltecer la dignidad del hombre: segundo, el consuelo que este reportaria al ser hollado por un *portero*; puesto que el mal trato inherente á la *clase* lo recibiria de un cuadrúpedo en su estado natural, y no disfrazado con la piel blanca y lisa de un hijo de la madre Eva.

Sed hoc non de fidelibus hostiariis.

Ya que hemos tenido el disgusto de presentar á nuestros queridos lectores el tipo del *portero*, tal como lo conocemos en el largo estudio que al efecto hemos practicado, volvamos á tomar el hilo de la historia, qué ya tendrán deseos como nosotros de saber lo que el padre de Violeta iba á hacer en casa de don Iñigo. Sentiré en el alma (la pluma calla ahora) les haya fastidiado la digresioncilla *porteril*; pero mi mala estrella, que ni aun en novelas me libra de tan infernal cohorte, me ha hecho gritar como energúmeno al encontrar al *don tacones* del inquisidor, que con una voz de la *especie* preguntó á Fernando, segun he dicho, el *qué se ofrece* mas brusco de cuantos *qué se ofrece* y *adónde va* han salido nunca de los labios de ningun ente de su calaña.

—¿Vive en esta casa aun el señor don Iñigo de Vargas? dijo Fernando con agitacion.

—Aqui vive, respondió el *portero*.

—¿Y...?

Aqui se detuvo el soldado, mas haciendo un penoso esfuerzo continuó.

—¿Y su sobrina doña Catalina?

—¡Vaya una pregunta! Si vive aquí el tío, ¿dónde quiere que viva la sobrina?

—En ese caso, pásele recado.

—Esta mala y no recibe á nadie.

—Pero...

—A nadie. ¿lo entiende? á nadie.

Y diciendo estas palabras iba á cerrar la puerta el can de don Iñigo, cuando enfadado de aquellos modales el padre de la gitana, la empujó hácia dentro, penetrando despues en el patio, á pesar de los gritos del portero, que decia:

—¡Seor perillan! ¡seor malandrin! caro le ha de costar el atropello; voy á llamar á los criados y lo echarán de aquí con los látigos. ¿Cómo se entiende?

Conociendo Fernando que nada adelantaria por la fuerza, recurrió al medio grande y poderoso que no se resiste por nadie en el universo y que obra maravillas.

Sacó una moneda de oro, y poniéndola en manos del portero, le dijo al propio tiempo.

—Supongo que no habrá la misma prohibicion respecto de la dueña Gomez, en la inteligencia de que sirva aun á su señora.

El feroz lebre, convertido en manso cordero á la vista y tacto del amarillo metal, respondió muy cortés.

—Sí señor; aun está aquí doña Gomez, y voy á llamarla con vuestro permiso.

—¡Oh! nada ha variado! exclamó Fernando mirando partir al sirviente; nada en tantos años como no piso esta casa... pero... ¡Oh qué idea! me conviene antes que todo una entrevista con la dueña. Sí, sí, ben-

digo mil veces la grosería del portero y la enfermedad de Catalina; acaso me hubiera perjudicado obrar con la precipitación que iba á hacerlo. La vieja aclarará las dudas que me restan; el oro ó el puñal le harán que hable... veremos. Violeta ha de salvarse.

En esto volvió el portero seguido de doña Gomez.

—Ese soldado es quien pretende hablarla, dijo señalando á Fernando.

—¿Me buskais, caballero? preguntó esta acercándose; pero apenas sus ojos encontraron los del morisco exhaló un débil gemido, palideciendo en seguida.

—Sí, doña Gomez, contestó el soldado aparentando serenidad; ¡hace tantos años que no nos hemos visto...! ya presumireis... deseaba volver á hallar mis antiguos conocimientos... y aquí me teneis; por vuestra parte, creo que también participareis de la misma alegría que experimento al miraros, ¿no es así?

Nada contestó la dueña, que seguía contemplando con espantados ojos al hombre que tenía delante.

—Vaya, prosiguió Fernando, haced el favor de acompañarme un rato á la plaza, que ansio vivamente preguntaros por los amigos de mi infancia, y tomando la mano de la dueña la sacó con violencia del portal, diciendo al mismo tiempo al portero.

—Mil gracias, amigo, por su estremada condescendencia. Si doña Catalina preguntase por su anciana servidora, le dirá que ha venido á buscarla un antiguo conocido y ha solicitado renovar su íntima amistad; ¿lo hará así, buen hombre?

—Sí, sí, contestó el lebel un poco sorprendido de que la dueña tuviese tan *íntimas* relaciones; pero sin cuidarse de averiguar nada, cerró la puerta y se

fué á su cuchitril á examinar la moneda de oro que aun apretaba en su mano.

Al verse Fernando solo con la dueña en el gran portal, corrió á la puerta de afuera y la cerró cuidadosamente, quedando sumergidos en la mas profunda oscuridad.

Un cuarto de hora estarian dueña y militar de aquel modo, sin que por fortuna tuviese nadie precision de entrar ni salir en la casa.

Lo que pasó entre estos dos personajes no lo refiere la crónica; si bien puede sacarse por conjeturas mas adelante; razon que me ha hecho desistir de buscarlo en otros documentos, puesto que viene á ser lo mismo, y yo me evito la incomodidad de registrar papeles.

Al cabo pues de dicho tiempo se abrió de nuevo el porton, y el soldado apareció en la penumbra, diciendolo á doña Gomez con aire de superioridad:

—A las diez en la puerta falsa.

—No faltaré, gimió la dueña.

—Ya sabe que con Catalina...

—Ni la menor palabra, descuidad.

Fernando se dirigió entonces á la plaza y la dueña entró en casa de don Inigo.

—Dispensadme, caballero, si os he seguido y esperado en este sitio, dijo Ginés llegando al padre de la gitana; pero conoced mi mortal angustia y el anhelo por penetrar el resultado de lo que, segun vos decís, pende la salvacion de Violeta; ¿qué habeis alcanzado? hablad, hablad; ¿hay algun medio? ¿se ha perdido todo? manifestadme lo que sea, pero pronto por Dios!

Lara, el valiente, el denodado aventurero, estaba

en este instante tímido como una jóven. El pesar intenso mata hasta el valor.

—Os perdono, hidalgo, la indiscrecion de seguirme contra mi deseo, respondió Fernando; por mi ansiedad juzgo la vuestra, y... no, nada hay todavía, repuso al observar el gesto de impaciencia que hizo Ginés: es preciso esperar á la noche, y entonces se salvará mi hija... ¡oh! creo poder asegurarlo.

—Hablais con tal confianza, que seria una terquedad replicaros. Sois padre, y el mismo interés que yo tendreis en su libertad. Esperaré á la noche. Aquí en este mismo sitio estaré toda ella, toda la madrugada, hasta que vengais á verme.

—Sí, os lo prometo y tambien buenas noticias.

—Dios le oiga, señor. Leed ahora esta carta que he recibido y abierto sin intencion; creia que era para mí y va dirigida á don Fernando de Andarax.

Inmutose Fernando al leer el pliego y exclamó mirando fijamente á Lara.

—¿Y cómo suponeis...?

—¿Que sois Abil-Malehk, el favorito de Aben-Humeya? Pronto os diré el motivo; pero aun cuando soldado y enemigo vuestro, soy caballero. Escusad todo fingimiento.

—De modo que no podré temer...

—¿Temeriais ser vendido por Violeta? soy tambien hijo vuestro, ó al menos aspiro á serlo.

Por única respuesta tendió el de Andarax una mano á Ginés que este apretó con entusiasmo.

—Decidme ahora con toda franqueza: ¿pensais ir á la cita?

—Sin duda. Para entonces ya habré obtenido la salvacion de Violeta.

—Pues no ireis. Salid lo mas pronto posible de Granada.

—No os comprendo; ¿qué quereis decir?

—Os cercan puñales de traidores que amenazan vuestra vida. Esa carta es un lazo.

—Explicaos.

Lara refirió en seguida la trama que sorprendió la noche de su entrevista con Catalina: Abil-Malehk lo escuchó con indignacion.

—¡Oh! dijo despues, bien me temia alguna asechanza... ¡traidores...! pero juro por mi espada que se han de acordar de mí. Pronto volveré á las Alpujarras, tan pronto como salve á mi hija. Anoche cumplí la mision por la que me veis en Granada: queda vindicado Aben-Humeya de la culpa que esos miserables le habian imputado: ya destruí sus proyectos, con las pruebas que presenté á todos los jefes de tribu, y puedo consagrarme enteramente á Violeta: aguardadme en este sitio de once á doce de la noche.

—Ya he dicho que aguardaré toda ella.

—Mientras tanto, corro á tomar mis medidas para conocer los verdaderos traidores, los partidarios de Abu-Agius. ¡Oh Ginés, cuántas penas me combaten! ¡Mi hija! ¡mi rey! ¡mi fortuna!.

El rostro de Abil-Malehk se cubrió de una dolorosa espresion; pero serenose al punto y tendiendo las manos al aventurero:

—Hasta la noche, esclamó; valor y confianza.

Ginés le miró alejarse murmurando:

—Ambas cosas me faltan á pesar de tus seguridades; ¡pobre Violeta, qué será de tí!

Y se dirigió hácia la calle de Elvira para ver al menos el lóbrego edificio que la encerraba.



CAPÍTULO XXIV.

Que cumple lo prometido en el anterior, con mas, el epilogo, que no deja de tener algo de patético.

Un reloj de arena, colocado sobre una mesa en la alcoba de Catalina, acababa de deslizar su postrer grano por el sutil agujero de su cintura. Habia pasado una hora desde su última vuelta. Eran las diez de la noche. La luz de un cabo de amarilla cera, velada por una pantalla de gasa negra, proyectaba en el aposento mil fantásticas sombras, alumbrando débilmente varias estampas de santos de todos tamaños, que en confuso desórden aparecian sobre una rinconera. La

religiosa mano de don lñigo habia puesto alli semejantes esfigies para que ejerciesen su benéfica influencia en favor de su sobrina. En la mesa del reloj se habian triplicado los botes y redomas.

Catalina estaba en su lecho, cubierto á la sazón del todo con un rico cortinaje de seda verde. La agitada respiracion de su pecho, que podria compararse al hervor de una vasiya, anunciaba claramente que la dolorida señora iba cada vez peor.

Nadie mas que ella habia en el aposento; reinaba una quietud sombría, agorera, como el silencio de la alcoba de un moribundo. Solo el fuerte resoplido que salia tras de aquel pabellón cerrado, indicaba que la vida no se habia estinguido del todo en aquella habitacion.

Algunos minutos despues oyeronse pasos en la inmediata, y á poco se vió en la puerta á doña Gomez, pálida y temblorosa. Un embozado la seguia: era Abil-Malehk en su traje de aventurero.

—¡Dios me perdone la sensacion que va á causarle vuestra presencia! dijo en voz muy baja la dueña mirando con recelo hácia la cama; la calentura va cada vez mas fuerte... y sin embargo habeis querido...

—¡Silencio! interrumpió el morisco. Ved si duermo despertadla y prevenidle mi venida.

—Tengo que hacerlo de todos modos; ya ha pasado la hora y le corresponde la bebida.

—Abreviad.

Acercose la dueña á la mesa, preparó una medicina y volvió el reloj de arena, yendo en seguida hácia el lecho.

—¿Quién anda ahí? preguntó la enferma con voz doliente y ronca.

—Soy yo, señora, contestó doña Gomez corriendo por un lado la cortina y presentándole el brevaje.

Incorporose Catalina, tomó con una flaca y amari-llenta mano la vasija, y bebió su contenido con el afán y resignacion del enfermo que espera hallar en la droga la salud que busca.

—¡Señora! dijo despues la dueña turbada y sin saber como empezar, señora... ahí está... una persona... quiere veros... y...

—¿Qué dice la dueña? ¿a quién ha permitido la entrada? ¿no vé como estoy?

—Es que... vamos... ha sido necesario.

—¿No es mi confesor?

—No precisamente... pero es... Abil-Malehk el Gazul, dijo de una vez doña Gomez retirándose precipitadamente y murmurando santiguándose:

—¡Jesus! ¡Jesus! ¡Dios me asista!

Catalina, que permanecia casi incorporada, cayó de golpe en el lecho y exhaló un lánguido grito al oir aquel nombre.

—Sí, Catalina, yo soy, dijo á la sazón Fernando descubriéndose á la enferma. Jamás, como lo juré, nos hubieramos vuelto á ver en la vida; pero ha sido forzoso ceder á las circunstancias, y aqui me teneis.

Al concluir de hablar acercó un sillón al lecho y se sentó tranquilamente.

La sobrina del de Vargas lo miraba con espanto, creyendo ser presa de uno de esos delirios febriles que tanto la atormentaban, y en los que tan estrañas figuras se presentan á la imaginacion: sus ojos casi des-

aparecian bajo los grandes surcos de sus cárdenas ojeras, y en sus hundidas mejillas resaltaban sus salientes pómulos descarnados y lívidos.

—Oyeme, Catalina, prosiguió Fernando. Bien habrás comprendido que no me haria quebrantar el juramento una pequeña causa, no. La razon que aqui me trae es grande, poderosa, y debes escucharla, porque á los dos nos interesa. Ademas, hay un peligro tan inminente que no da treguas para nada. Si asi no fuese, aguardaria á tu convalecencia, aun cuando no mereces compasion, no, Catalina, no, mujer sin alma... pero soy generoso y te perdonaré tus culpas, si quieres enmendarlas del mismo modo que puedes y que te voy á proponer. Préstame atencion, pues voy á empezar.

Catalina seguia mirando á su interlocutor cada vez mas asombrada y sin pronunciar una palabra: parecia una idiota.

—Hace diez y ocho años, continuó el morisco. Era el martes de la Semana Santa de 1551, cuando á las once de la noche me hallaba, no sé con que objeto, en la iglesia de *Santa Catalina de Zafra*; se habian concluido las tinieblas y estaba el templo solitario, medroso. Hacia poco tiempo que mi padre muriera en un cadalso, y ya en mi corazon se concentraba el odio hácia los opresores de mi pueblo; porque ya sabes que si mal de mi grado me llamaban Fernando de Herrera, era digno descendiente de Abil-Malekh-Gazul.

Oculto la noche á que me refiero en las sombras de la nave, alumbrada débilmente por una lámpara de metal suspendida de la cúpula, miraba á dos mu-

jeros, descubierta y en el otoño de la vida la una, y tapada con su manto la otra, jóvenes al parecer y de porte distinguido, que arrodilladas ante la verja de una capilla, en la que se veneraba la efigie de un Santo Cristo del tamaño natural, rezaban con elocuente y místico fervor.

No habia podido ver el rostro de la tapada, pero sí un momento el resplandor de sus ojos por entre las aberturas de su velo. Era muy joven entonces, de imaginacion poética y ardiente, y llegué á interesarme por aquella mujer.

Ya me cansaba de esperar, cuando sonó el sacristan las llaves, y saliendo á la iglesia dió á entender que iba á cerrar. Al momento se levantaron ambas mujeres y se dirigieron á la puerta. Yo me adelanté, y mojando con harta repugnancia mis dedos en la pila, me apresuré á ofrecerles el agua bendita.

Era el mejor medio de llegar hasta ellas, y no me detuve en ponerlo en práctica. Aceptaron las damas mi ofrecimiento, y al sentir sobre los mios los dedos de la tapada tembló todo mi cuerpo, experimentando una sensacion dulce y desconocida.

Salimos despues del templo. El cielo estaba oscuro y envuelta en tinieblas la carrera de Darro. Murmuraban sordamente las ondas del rio, y era el único ruido que percibiamos. Entonces me determiné á ofrecerles el brazo, y no tuve que repetir mi instancia; pero la joven fué quien lo tomó: la otra caminaba detrás.

No desprecié ocasion tan favorable: la hablé de mi cariño, de mi pasion, de cuanto en semejantes casos puede ocurrirse á una mente acalorada; ella nada res-

pondia, mas en los estremecimientos y presiones de su brazo conocia que no en balde exageraba mi amor improvisado. Por último, al llegar á la *placeta de Santa Ana* habiase perdido la dueña; estabamos solos... solos... nadie nos veia... yo enardecido con el mismo amor que pintaba... ella sumisa á todo... ¿para qué seguir...? Cedió... y nuestro compromiso tuvo principio por donde deberia terminar.

Detúvose un instante Abil-Malekh como para coordinar sus pensamientos. Durante la historia Catalina habia cerrado los ojos, queriendo huir sin duda de aquella vision aterradora; pero en vano se esforzaba. Las palabras del morisco caian en sus oidos como candentes gotas de plomo abrasándole las sienes y el corazon.

Abil-Malekh prosiguió de este modo.

—Nuestras relaciones habian empezado, mas sin conocer á mi querida. Desde aquella noche no volví á verla, hasta un dia que llegándose á mí una mujer, la dueña que la acompañaba el martes santo, me invitó á seguirla. Hicelo así por haberla conocido al punto, y me llevó á una casa donde fuí introducido por una escusada puerta.

Habian pasado dos meses desde nuestra primera entrevista. La dueña me condujo á un aposento en el que ví una mujer... una mujer... que aunque jóven, no podia verse sin escitar alguno de estos sentimientos: horror ó risa.

Fijó en mí sus ojos aquella mujer al presentarme en la puerta, y corrió á mi encuentro diciendo:

—«¡Caballero! Soy aquella desgraciada á quien

seducisteis la noche del martes santo... os amo, y en el seno llevo el fruto de mi falta.»

Aun resuenan estas voces en mis oídos, según el espanto con que las escuché; pero era caballero y esforceme en aparentar un falso amor. La mujer que tenía ante mi vista abuyentó las ilusiones que concebí al ver la tapada, como el huracán las pajas de una era, y sin embargo, la hubiese hecho mi esposa si me lo exigiera. Necesitaba espiar mi culpa.

Siete meses pasaron, siete meses de sacrificios y fingimientos, durante los cuales mi conducta, si bien mentida, no daba ocasión á ninguna queja: ocupaba el lugar de amante como si en realidad lo fuese; al cabo de este tiempo, una noche me noticiaron el alumbramiento de mi falsa amada. Era padre y quise ver á mi hija, pero la habían hecho desaparecer; pregunté su paradero y me contestaron que ya lo sabría mas tarde. La niña llevaba al cuello mi retrato, que la madre se empeñó en tener al principio de nuestras relaciones, juntamente con un collar de corales en cuyo medallón estaban grabadas las iniciales de su nombre: todo esto me lo dijo la dueña, la encubridora de mi manceba. A esta no la ví los primeros días del nacimiento: había pretestado una enfermedad diferente y su cuarto estaba siempre lleno de familia y amigos.

Por último, otra noche, la tengo muy presente, el 20 de marzo de 1552, me condujeron á su estancia.

—«¿Dónde está mi hija? pregunté á su madre, ¿dónde?

—«Ha muerto, me respondió con la mayor frialdad.

—«¡Ha muerto! y no la he visto... y me lo dices así... con ese glacial tono...!»

Por toda respuesta, aquella infernal arpia me dijo con una impudencia que manifestaba la torva intención de su alma.

—«Caballero, nuestras relaciones han concluido. Deseaba hallar un medio para ponerlas fin, porque me he engañado; creí encontrar en vos al hombre que anhelaba, que había visto en mis ensueños de placer, y solo fué una ilusión que el tiempo ha desvanecido. La muerte de nuestra hija rompe mejor que nada nuestro compromiso. Olvidadme como yo os olvido desde ahora, y haceos cuenta que todo lo pasado ha sido un delirio de la imaginación.»

Volviome la espalda luego y se internó en sus habitaciones.

He aquí el pago de mis sacrificios; he aquí la recompensa de mi honor, que nunca quiso abandonarla. Henchida el alma de hiel y desgarrado el corazón, hice á presencia de la dueña el solemne voto de no volverla á ver jamás; voto que se ha cumplido en el espacio de diez y seis años, y que si ahora se quebranta, es porque necesitas purgar tus crímenes, Catalina; porque ya habrás conocido que eres tú esa mujer infame y disoluta, que se entrega al que mejor le parece para despreciarlo cuando le canse su constancia.

Volvió á callar Abil-Malekh, y Catalina apretaba fuertemente los ojos y extendió hácia adelante una crispada mano como para rechazar aquella angustiosa pesadilla.

Pero la voz del morisco no tardó en resonar de

nuevo, y esta vez con acento lúgubre é incisivo, diciendo:

—Quise entonces vengarme arrancándote la máscara que te encubria, mas juzgaba muerta á mi hija, y no me hubieran hecho caso sin pruebas que presentar; la creia muerta, porque ignoraba que su madre habia dicho á la dueña, tercera en sus amores:— «Esta niña es un estorbo para mis ideas, un lazo que me une á ese hombre que ahora me hastia; destruyámoslo y vuelva á mi alegre libertad. Quiero nuevos amantes, nuevas sensaciones; por consiguiente... mata á esa criatura, y al par que mis deseos se satisfacen, quedará á cubierto mi honor.»

No sin conocimiento puso la naturaleza en alma tan feroz rostro tan repugnante. No reflejará un espejo distinta forma que la que le presentan.

Pero, Catalina, las entrañas de la dueña, de una mujer estraña, tuvieron de la niña la compasion que las de su propia madre le negaba.... ¡esto es horrible! y la dió á criar á una gitana, una de esas gentes cuyas tribus errantes y despreciadas hace pocos años que vinieron á España, prometiéndole hacer su fortuna el dia en que la reconociese su padre, de quien llevaba al cuello su retrato y el medallon con tu cifra. Engañándola de este modo, estaba segura de que la gitana, con la esperanza de alguna buena recompensa, no abandonaria la niña, como lo hubiera hecho sin duda, faltándole todo lo necesario para su subsistencia.

La gitana dijo luego á tu hija de quien era aquel retrato, y ha dado fruto la cautela de doña Gomez. Catalina, nuestra hija vive y se halla en los calabozos

de la Inquisicion: tú puedes salvarla y no vengo á otra cosa; sálvala, y jamás sabrá quien es su madre, y partirá conmigo á las escabrosidades de las Alpujarras, donde no me volverás á ver.

Un movimiento convulsivo agitó todo el cuerpo de Catalina al oir las últimas palabras de Abil-Malekh: abrió los ojos y se los frotó repetidas veces con sus manos secas y pálidas; por fin, clavó su vista en el morisco y exclamó con voz casi ininteligible.

—¡Fernando! tienes razon... perdóname... ¡pero mi hija! ¿cómo se llama mi hija?

—El corazon no me engañaba, dijo gozoso el de Andarax; preciso es ser mas feroz que una hiena para resistirse á los ímpetus de la sangre.

Tornó á oirse la desfallecida voz de la paciente.

—¿Dices que mi hija está en la Inquisicion.....? ¿cuándo la prendieron?

—Anoche.

—¡Su nombre! ¡su nombre...! ¡pronto!

—Violeta.

—¡Violeta...! gritó desahoradamente Catalina; ¡la gitana! y su cuerpo, que por una contraccion nerviosa se habia levantado al oir el nombre de Violeta, volvió á caer desplomado en el lecho, tendiéndose boca abajo y articulando gemidos espantosos.

—¡Catalina! ¿qué tienes? preguntó levantándose aterrado Abil-Malekh.

Dió un salto repentinamente la sobrina de don Inigo y sentose en el borde de la cama. Estaba serena. Apartó de su rostro algunos mechones de cabellos que en desordenados remolinos cubrian sus ojos, y

presentando una faz cadavérica y estraña, pronunció con una voz ronca:

—¿Qué tengo...? ¿eh...? ¿no lo sabes? ¡Imbécil! ¿No conoces que estoy hechizada? Sí, yo, yo la he acusado... me vengué... mira, escúchame tú ahora.

Bajose Catalina del lecho. El morisco retrocedió aterrado al ver ante sí aquella figura descarnada, que cubierta con un blanco ropon, parecia un esqueleto envuelto en el sudario, la cual, tomándole una mano, le dijo aplicando á su oído unos marchitos y negros labios:

—¡Estoy maleficiada por Violeta! pero la quemarán! A tí te digo... cuidado no lo reveles que yo he sido la causa... No hay tal maleficio... Lo hice creer así, porque era la amada de un hombre que me ha despreciado... lo entiendes... mas no vendas mi revelacion, porque entonces no la quemarán.

—¡Infeliz! exclamó horrorizado Fernando, ¿qué dices? ¿Tú has causado la desgracia de Violeta... de tu hija!

—¡Silencio! interrumpió la enferma poniéndose un dedo en la boca. ¿Mi hija? dices bien... yo tuve una hija... pero murió! ¡Ah! pobrecita, habia mucha agua en el rio.... y.... no.... no me sorprenderás mi secreto.

—¡Catalina! Catalina! dijo el morisco sacudiéndole fuertemente el brazo; estás delirando, vuelve en tí, es preciso que salves á Violeta. Tu calenturienta imaginacion te hace pronunciar cosas que me estremezo de oirlas.

—¡Tonto! continuó la enferma con la boca seca y la garganta apretada, créeme, yo la he acusado...

De pronto soltó la mano del soldado y empezó á dar repetidas vueltas en derredor de su lecho, diciendo:

—¡No, no diré al confesor que Violeta es mi hija! Yo, yo la he muerto, vil madre.... seré maldita por ella cuando sienta las llamas de la hoguera quemar sus delicados miembros... ¡Violeta es tan bonita! Yo tambien me abiasaré... sí, ya me abraso... este fuego que calcina mi garganta... que me abrasa el corazón.... quiero llorar.... vengan lágrimas, muchas lágrimas á mis secas pupilas... pero los ojos me duelen y no lloro... la afliccion es solo para las buenas madres... ¡yo la ahogue! ¡oh! ¡piedad! piedad...!

—¡Dios mio! compasion! exclamó desesperado Malehk y apretándose las sienes. ¡Está loca!

Catalina seguia girando sin cesar alrededor del cortinaje. La vela se iba consumiendo y la llama se enterraba en el hueco del candelero; apenas se veia. Un objeto blanco é informe se movia rápidamente en la habitacion: era Catalina.

—Me ahogo en este sitio, dijo Fernando despues de un momento de lúgubre silencio; no puedo mas, salgamos.

Y atravesó los aposentos hasta llegar á la escalera secreta, donde halló á doña Gomez. Pasó por delante de ella sin dirigirle una palabra, horrorizado y casi falto de respiracion; abrió maquinalmente la puerta y salió á la calle.

.....
Cuando la dueña entró en la alcoba ya se habia apagado la vela. Volvió poco despues con luces y sus

piés tropezaron con un bulto. Catalina habia caido al suelo sin conocimiento mareada por las vueltas. Doña Gomez, asustada, pidió socorro á grandes voces, y acudieron al cabo de algun tiempo varios criados que la ayudaron á colocar á la enferma sobre el lecho. No tardó en aparecer don Iñigo.



CAPÍTULO XXV.

Donde se vuelve á la plaza Nueva, en cuyo sitio oye Lara lo que hubiera querido ignorar siempre.

Vámonos á buscar otra vez la plaza Nueva, entre cinco y seis de la tarde, para refrescarnos con el aire que sopla de continuo por la parte del rio Darro. Nuestra cabeza debe de estar marchita con la sofocante atmósfera que hemos respirado en el cuarto de Catalina.

Juntémonos con la gente que pulula á estas horas por la plaza y demos unos cuantos paseos: tal vez consigamos nuestro fin, y nos proporcionen alguna

distraccion las conversaciones de los grupos que ya sabemos se forman en el referido sitio.

Cuatro ó cinco personas componen el que debe, al presente, llamar nuestra atencion; el conocido fraile dominico, que despues hemos sabido tenia el título de confesor de la sobrina de don Iñigo, es una de ellas; las otras son: dos beatas viejas, de estas que besan el suelo en misa, *practican* diariamente, van cargadas de medallas y rosarios y llevan una *motica* en el manto que viene á caerles en medio de la frente, agrias y altaneras para con todo el mundo, á escepcion de sus íntimos conocidos, que no eran sino individuos de las santas comunidades masculinas, á quienes regalaban su chocolate y otras cosillas cuantas veces tenian la honra de recibir sus visitas etc. etc., y el resto del grupo lo completan un sacristan y su compadre, hombres impertinentes, que llevaban una pobladísima melena (*sui géneris*), y mas habladores y preciados de su locucion que algunos que yo me sé que gastan tambien su correspondiente melena, pues en el dia pasa por símbolo del talento, y merced á su charla y guedejas son reputados como seres profundísimos en todas materias; pero lo angustioso del caso es que tienen tanto derecho á este título como el sacristan y su compadre, á quienes si se les llamaba tontos, era cometer en su obsequio una exageracion de las mas superlativas.

Oigamos, si nos place, la plática de estos personajes algun tanto homogéneos, que aun cuando se habrá muerto ya hasta su quinta generacion, pues era el dia 11 de enero de 1559, nos hemos trasladado á aquel tiempo, y vamos á escuchar sus palabras por

medio de cierta magia, gracias á la libertad en que estoy de hacer uso de ella sin miedo de verme achicharrado como sardina en manos de grumete por el señor Oficio Santo, que no siempre ha de ser Santo Oficio.

—¡Ay padre Antonio! decia una de las santurronas; si no fuera por temor de faltar á la decencia, habia de enseñaros un brazo desnudo para que vierais cual se me ha puesto el vello.

—Disculpa tiene en ser *pusilánime*, contestó el sacristan: es del sexo contrario al hombre y basta; yo por mi parte le aseguro, que con la noticia esa y todo lo demas, tengo el vello de mi cuerpo, que no es flojo, tan laxo como siempre; si no me cree, puedo enseñarlo y...

—¡Hermano! ¡hermano! interrumpió severamente fray Antonio: ¿es posible que estando consagrado al servicio de los santos diga esas palabras?

—¡Toma! respondió el compadre, eso no es nada para lo que acostumbra este picarillo; de poco se espanta el señor religioso. Dice en sus conversaciones cosas que hacen salir los colores al rostro de mi suegra, que ya no es mujer ni hombre, sino escrecencias de lo uno y de lo otro. ¿Y sabeis lo que pasa entonces? oid, oid. ¿Es posible (habla mi suegra), hombre incauto, que estando todo el dia persiguiendo el polvo en las efigies de los santos y á vueltas con sus narices y orejas no te se haya pegado algo de su santidad? la misma pregunta que acaba de hacerle el señor dominico; ¿y quereis saber lo que el tuno responde?—Señora Blasa: la gente de la iglesia tiene mucha confianza con los habitantes que pueblan sus

nichos, en fuerza del continuo roce, y los consideran como de la familia; por eso cuando la iglesia está sola jamás hacen genuflexion al pasar delante de ellos, ni otras etiquetas de que no se consideran exentos cuando hay visita, es decir, gente en el templo...

No tuvo una de las beatas paciencia suficiente para gastarla en oír al compadre del sacristan, y dijo al fraile:

—Dejemos á estos hombres deshonestos y judíos en sus charlas impropias de su ejercicio, ya que no les contiene la presencia de tan santo varon como vos.

—Si viniese mi amigo el alguacil de la Inquisicion, señora Perez, yo aseguro que á raya se tendrían, contestó incomodado algun tanto el padre Antonio; y á propósito, ese mismo os podria confirmar la nueva que acabo de daros, que ha producido vuestro inocente dicho del vello y dado margen á esa conversacion inmunda.

—¡Sea todo por el amor divino! exclamó con santa compuncion la beata vellosa.

—Pero, padre, vamos á cuento, dijo el sacristan mezclándose de nuevo en la plática. Hasta ahora no nos habeis dicho mas que la sobrina del inquisidor don Iñigo de Vargas está completamente hechizada, loca de hechizos; mas no ha esplicado su reverencia quien es la *hechizadora* ni lo que van á hacer con ella.

Decia *hechizadora* el sacristan creyendo de mas mérito esta invencion que su propia palabra, por estar demasiado usada, y en esto se parecen á él no

pocos reformistas de idioma, sin otra autoridad para el objeto que su ridícula presuncion.

—Ahí viene quien le dará cumplidas noticias, contestó el dominico saludando á un nuevo personaje que se introdujo en el círculo, no sin haber mirado antes con cierta inquietud á dos hombres, que rebozados en sus largas capas, paseaban por medio de la plaza. El recien llegado era nada menos que el tierno esposo de Isidra Canequi.

—¿De qué se trata, señores? dijo despues de haber contestado al saludo de su conocido el fraile.

—Preguntaba este mancebo quien era la que habia maleficiado á doña Catalina de Vargas y que irian á hacer con ella.

—Vaya mañana, buen amigo, á las doce en punto al quemadero y quedará satisfecha su doble curiosidad, respondió el golilla dándose cierto aire de importancia.

—¡Cómo! ¿hay mañana auto de fe, señor familiar? repuso una de las beatas.

—Justamente, contestó Avecilla ahuecando la voz halagado de oirse llamar con aquel título, y se puso á tararear por lo bajo su favorita saeta.

—Pero dígame el seor alguacil, preguntó el fraile interrumpiendo su canto: ¿cuándo ha sido juzgada la gitana?

—Hoy mismo. Don Iñigo ha tomado tan á pechos el negocio con el accidente sobrevenido á doña Catalina, que se han apresurado notablemente los trámites, y mañana vereis el resultado.

—¿Ha sido puesta en el tormento! dijo el sacristan con cierto aire malicioso.

—Y en el del fuego, si señor.

—¿Luego habrá confesado...?

—Precisamente, añadió el compadre.

—¿Cómo es eso de precisamente? replicó el alguacil, espíquese ucé mejor y no diga palabras ambiguas. Si ha confesado es porque tiene culpa; á no tenerla, hubiera sufrido el tormento como alma justa, y nada, ¿lo entiende? nada hubiese dicho.

—No se suba á las nubes el seor alguacil, que mis palabras no tienen fondo de malicia como las de mi compadre el sacristan que está delante.

—¡Ay fray Antonio! ¡con que es una gitana la hechicera! exclamó la vieja á quien oímos llamar con el apellido de Perez; libreme Dios de encontrarme con ellas; si lo vierais, *Pater niqui*, solo al nombrarlo se me ha vuelto á poner el vello...

—Mucha gana tiene esta beata de enseñar su brazo al fraile, dijo á su compadre el sacristan.

—¡Y mira que carita de pascua pone! ¿Vaya que no le predica como lo hizo contigo?

—Calla, calla, no te oigan y nos metan en el Santo Oficio por la murmuraciou.

—¿Pero no ves como le guiña el dominico. Sin duda que se lo ha visto y son señas de inteligencia entre ambos.

Durante estas hablillas el alguacil habia vuelto á entonarse, creyendo que su buena voz era lo que hacia á algunos transeuntes volver la cabeza al pasar cerca del grnpo, mas sin perder de vista á los embozados y palideciendo cada vez que se aproximaban.

Los hombres que con tal recelo miraba nuestro al-

guacil no eran otros que Fernando de Andarax y Fernando Ginés de Lara.

Toda la noche anterior habia esperado este la vuelta de aquel, aunque inútilmente.

Fatigado Abil-Malehk y exaltada su imaginacion con la terrible escena de que habia sido testigo, olvidó la cita del aventurero y se dió á correr como un desesperado por las calles de Granada.

Lara aguardó hasta bien entrado el dia, y rendido de fatiga fuese en casa de Abul-Abbas. El pobre viejo tampoco habia dormido aquella noche pensando en su desgraciada Violeta. Ginés le participó la conducta de Fernando, conducta que no sabian como calificar.

A la tarde salió á dar una vuelta por la Inquisicion, pues ya sabemos que era el único consuelo de este triste amante, cuando se encontró en la plaza con el padre de la gitana, que le dijo al acercarse.

—A buscaros iba ahora, caballero. ¡Oh! nada me digais: culpa mia no fué el dejar de veros anoche; ¡mas si supieseis...! Todo se ha perdido; el infierno entero se conjura contra nosotros. La persona en quien cifraba mi esperanza para la salvacion de Violeta no existe para nadie en este mundo... se ha vuelto loca.

—¡Bien me decia el corazon que nada adelantariamos! contestó furioso Lara. Cuando vos tan confiado me asegurabais su libertad, aunque yo mismo anhelaba convencerme, jamás la duda se alejaba de mi pensamiento... ¡Y ya no queda remedio...! ¡Oh no! Aun tengo uno. En los grandes peligros debe arrojarse todo, todo.

—¡Ay de mí! solo yo podia prometerme alguna

esperanza, porque contaba con poderosos elementos, mientras vos.... Escuchad, Lara, y estremeceos. La persona de quien fuí á reclamar apoyo para Violeta... era su madre!

—¡Su madre!

—Ya veis si es grande nuestro infortunio: ante mí se ha vuelto demente esa infeliz al saber que su hija existe.

—Pues bien; si vos habeis acudido á ese recurso, quiero á mi vez intentar el último medio; nada os voy á ocultar. Violeta ha sido víctima de una venganza infame. Una mujer que me brindó con su cariño, que no quise corresponder, es la causa de todo. Corro á verla. Puesto que la ha precipitado es forzoso que la salve. Fingiré amor si es preciso, aun cuando Dios solo sabe cuanto habrá de costarme.... y si no me cree... si nada alcanzo... la mataré; á todo estoy resuelto.

—¿Pero esa mujer tiene algun influjo en la Inquisicion?

—A ella debí mi libertad cierta vez que fuí preso.

—¿Su nombre? ¿cómo se llama esa mujer?

—Lo ignoro. Debe vivir próxima á este sitio, pues segun me dijo, me veia aqui todas las tardes desde su ventana.

—¿Sus señas? exclamó Fernando asaltado de una tremenda idea, ¿recordais sus señas?

—Sí; fea, horrible... de alguna edad...

—Espresion lúbrica en sus ojos, repugnante... ¿y corcobada ademas?

—La misma, la misma, ¿conociaisla por ventura?

—¡Ah! Todo lo comprendo ahora: su locura... las

frases que decia, continuó inmutado Abil-Malehk; ¡y ha sido ella la culpable del arresto de Violeta! ¡y lo será tal vez de su muerte!

—¿Pero la conociais? volvió á preguntar Lara asombrado.

—¡Ginés! ¡esa mujer es su madre!

—¡Su madre! ¡qué horror!

—Ved clara la justicia del cielo.

Quedose Hernando un momento pensativo, y repuso despues.

—Sí, mas esa justicia nos quita el único recurso, la sola esperanza para Violeta... ¡su madre! ¡Maldicion sobre tí, infernal mujer!

Pasaban en este instante cerca del grupo donde estaba Avecilla, y las siguientes palabras resonaron en sus oidos.

—Mañana queman á la gitana.

Volviose el aventurero, y agarrando al sacristan por un brazo, le preguntó con voz casi ahogada.

—¿Qué habeis dicho...? mañana queman á...

—Si señor, ¿no lo sabiais? contestó el parlanchin gozoso de aquella ocasion que se le presentaba para ejercitar su charla. El santo tribunal celebra mañana auto de fe en la persona de Violeta, hechicera de fama, que ha maleficiado á la sobrina de don Iñigo de Vargas, inquisidor, y...

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó Ginés apartándose horrorizado del grupo.

Al ver Avecilla llegar al soldado tembló todo su cuerpo, y se puso, como por juego, el sombrero en la cara. Cuando se fué respiró libremente y se dió prisa á despedirse, temiendo no volviese á aproximarse.

Presentia que no iba á salir muy bien librado de semejante encuentro.

Al sacristan, por su parte, no dejó de admirarle la exclamacion de aquel hombre, que dió lugar en el grupo á bastantes comentarios; pero que el lector me permitirá suprimir por lo mucho que duraron.

Asidos del brazo, mudos y llorosos, dejaron la plaza Nueva los dos bizarros soldados y se dirigieron á la casa del viejo Abul.

Con el embozo de sus capas ocultaban las lágrimas que salian en abundancia de sus pupilas ardorosas. Aquellos dos hombres, fuertes y arrojados, subian silenciosos y abatidos las cuestas del Albaicin.

—Huid, don Fernando, huid, os cercan muchos traidores, dijo una voz al salir de la calle *de las Estrellas*; os lo previene un enemigo de Abu-Agius. Si anoche burlasteis su puñal no yendo á la cita, puede mañana alcanzaros.

Nada respondió Malehk, y tristes y sombríos llegaron á casa del botánico.

—¡Ah! ¡venis juntos! ¿pero qué ha sucedido....? ¿Violeta...?

El viejo no tuvo contestacion y siguió á los soldados á la torrecilla, donde cada cual se arrojó en una banqueta desesperado. Viendo Abul aquella afliccion, augurio de alguna catástrofe tremenda, no fué dueño de sí y comenzó á llorar.

Aquel venerable anciano con su barba blanca y rostro bondadoso, aquellos hombres robustos, de negros ojos y largos bigotes, todos silenciosos y desconsolados en una estancia alumbrada por las tristi-

simas luces del crepúsculo vespertino, presentaban un cuadro sombrío y angustioso.

Pronto vino la noche y quedaron sumergidos en tinieblas; nada se veía.

Al cabo de algun tiempo se oyó una voz sepulcral que dijo:

—Mañana será quemada Violeta, la paloma de estos valles, la gacela de estos montes. Su madre es la causa.... no puede salvarse.... Catalina está loca.... Dios ha hecho justicia... pero mata á una inocente. ¡Catalina...! ¡Catalina! loca y castigada, ¡maldita seas!

Unos dolientes sollozos contestaron á este acento de muerte, y volvió á quedar en silencio el mirador.



CAPÍTULO XXVI.

Donde se refiere el premio que estuvo reservado al incansable perseguidor de herejes Simon Plunero y Avecilla.

Violeta fué acusada de hechicera ante el tremendo tribunal de la Fe, presentando como pruebas irrecusables la irreverencia cometida por el aventurero Lara en la plaza Nueva y la enfermedad de Catalina. Este incidente fué un poderoso influjo para que el crédulo don Iñigo afirmase á sus colegas los inquisidores, que la locura de su sobrina era efecto de la tardanza que se observaba en juzgar á la delincuente; amenazándoles que si se dilataba por mas tiempo

el castigo, á ellos imputaria la muerte que no estaba lejos de sobrevenirle.

Como mi ánimo, carísimos lectores, no es el de entristeceros con la presentacion de escenas atroces y sanguinarias, pues mal de mi grado he tenido que referir algunas, y aun resta que mencionar otras precisas para el curso de la historia, quiero prescindir de las que acaecieron en la Inquisicion, donde resignada Violeta, aunque llorosa, pasaba sus tristes horas en un calabozo, ni mas ni menos grato que el que ocupó su amante dias anteriores; y si afirmo que mucho peor, no cargaré la conciencia con la infraccion del octavo mandamiento, porque no habia venido aun la primavera, y la pobre niña estaba lo mismo que la sacaron de su casa, es decir, casi desnuda. Al dia siguiente al de su prision fué el viejo botánico á llevarle un vestido, que aun cuando lo tomó el carcelero, no tuvo por conveniente entregárselo hasta que fuese llamada á declarar.

Tampoco quiero presentaros la desgarradora escena en que, á peticion de don Iñigo, viendo la tenacidad de Violeta en negar la culpa de que era acusada, fué puesta en el tormento del fuego, que consistia en desnudar al reo y atado de piés y manos acercarlo lentamente á un fogon cubierto de grandes ascuas.

La inocente víctima siguió negando, hasta que tostada por aquel calor que cauterizaba su fina piel, produciendo un dolor mas espantoso que el de la quemadura, declaró y confesó lo que ella misma ignoraba. Era el único medio de librarse de aquella candente hornilla, como así sucedió, volviéndola en seguida á su calabozo.

Con la acusacion primera de Avecilla, que se ratificaba en ella cuantas veces era necesario, la segunda de don Iñigo, instigado por su sobrina, y la esplicita confesion de la acusada, no fué menester mas para que el poderoso tribunal decretase la última pena. La infeliz Violeta fué condenada al suplicio mas infernal de cuantos ha inventado la imaginacion del hombre para atormentar á sus semejantes. La muerte por medio del fuego.

Era el dia 12 de enero del referido año de 1569. Aun no habian dado las ocho de la mañana y ya estaba levantado el inquisidor don Iñigo, puesto sobre una mesa de su cuarto, la mano en la mejilla y en actitud triste y meditabunda.

Catalina seguia cada vez mas demente; sin que ni cuidados ni remedios pudiesen contrarestar los progresos de la dolencia.

Al tiempo que un criado entraba al inquisidor, la mañana que refiero, un enorme vaso de leche, se apareció el ínclito Avecilla con su sombrero bajo el brazo, y cuadrándose ante el eclesiástico, hizo una cortesia que hubiera hecho honor al mas estirado diplomático.

—Muy buenos dias, don Iñigo; ¿cómo está la señora Catalina? preguntó con el fingido interés de la adulacion.

—Mal, Avecilla, mal, contestó melancólicamente el tio, pero sin dejar de sorber de vez en cuando el diáfano licor. La locura va tomando un carácter peligroso; ya le han acometido dos accesos, en los que ha hecho añicos cuantos muebles tenia en la habitacion.

—¡Cuerno! murmuró el alguacil dando un brinco de miedo.

—Siento que si continua de ese modo, prosiguió el inquisidor, voy á verme en la imperiosa necesidad de encerrarla.

—¿Pues qué, no lo está ya? exclamó sorprendido Simon.

—Los médicos no lo juzgan preciso todavia, y Dios quiera sanarla antes de que lo sea; porque os aseguro, buen Plumeró, que me seria muy doloroso tomar semejante determinacion.

—¿Y no temeis que entre de pronto y seais víctima de uno de esos arrebatos? repuso el alguacil mirando con recelo á todas partes; porque os lo digo francamente, don Iñigo, no podreis amar á la señora Catalina mas que quiero yo á mi amada Isidra; pero si tuviese la desgracia (Dios nos preserve á ambos) de volverse loca, la compadeceria, eso sí, la compadeceria como se merece, mas de lejos. Sí señor, muy lejos de mí. No lo puedo remediar, temo á los locos tanto como al pecado mortal... son aprensiones, que no está en nuestra mano evitarlas ni desterrarlas; y no podreis menos de darme la razon.

Nada respondió don Iñigo; pero en su defecto concluyó de apurar el vaso, y limpiándose los labios con una servilleta, dijo despues al alguacil.

—¿Supongo que estará todo dispuesto para la justicia de hoy? Quiera Dios apiadarse de los tormentos de la culpable y sanar á Catalina segun es mi deseo.

—Hoy á las doce de la mañana, señor don Iñigo, será quemada la hechicera; por consiguiente, si no teneis cosa alguna que mandarme, me retiro con vues-

tro permiso á procurar que la hoguera esté bien provista de combustible, seco, y en disposicion de levantar llama al primer tizon que se le arrime, para que cuanto antes se convierta en cenizas y no quede ni aun el mas leve vestigio de la enemiga de Jesucristo. Puede que con su muerte halle el apetecido alivio vuestra señora sobrina: asi lo pediré al Todopoderoso, y si las súplicas de este miserable pecador son oidas, no dude el señor inquisidor que la enferma sanará completamente.

—Gracias, Avecilla, gracias, contesto aquel dando un suspiro; me consta el buen afecto que profesa á nuestra familia.

—Como que á pesar de ser hoy dia de mucho trabajo, no he querido dejar de venir á informarme de la salud de doña Catalina.

Despues de este cumplido, que acogió su tio con una inclinacion de cabeza, se disponia á marcharse el alguácil, cuando retrocedió vivamente hácia la mesa del inquisidor queriendo meterse debajo de ella, y diciendo á gritos:

—¡La loca! ¡don Iñigo, la loca! y señalaba con un tieso y negro dedo la puerta de la habitacion, donde no tardó en aparecer Catalina.

Estaba desgredñada, con la misma palidez de siempre y envuelta en un manto negro, el cual arrugaba tanto hácia su seno, que descubria el resto de su persona cubierto con un hábito de franela blanca, que el dominico le habia llevado para que su contacto la sanase, por pertenecer á una monja que estaba en opinion de santa.

Catalina se paró en la puerta y paseó su torva y

desencajada vista por todo el aposento, repitiendo lentamente las palabras del alguacil.

—¡La loca! ¡la loca...! ¡ignorantes! como llaman á la desgraciada madre... porque esa loca soy yo.... ¿no es verdad?

El inquisidor se levantó de su asiento y se aproximó, aunque no mucho, á su sobrina, diciéndole:

—¡Catalina! ¡hija mia! ¿por qué has salido de tu cuarto? ¿no estaba doña Gomez contigo? ¿cómo te han abandonado? ¿no ves que hace mucho frio y te vas á poner peor? Anda, pobre Catalina, vuélvete, yo te llevaré, ¿quieres venir conmigo?

No despegó sus labios la paciente, pero tampoco se movió de la puerta. Avecilla estaba pegado á la pared mirándola fijamente, con los cabellos erizados, temblándole la verruga y sin atreverse ni aun á respirar.

—¡Hechizada! volvió á esclamar pausadamente la loca; ¡qué gracioso es estar hechizada! pero dicen que es mi hija.... Violeta, ¡qué simpleza! ¡como si una gitana que hechiza pudiera ser hija mia....! ¿Y por qué no lo ha de ser? Mi mal es una farsa.... un medio como otro cualquiera para vengarse.... puede ser mi hija... ¿la ahogó la dueña? sí, la hija de Fernando, la mia, murió... ¡Ah! será muy bonita cuando la quiere el aventurero y me desprecia... ¡qué dolor!

Durante estas frases incoherentes, pero que no eran otra cosa que la verdad queriendo mostrarse, aprovechando la desorganizacion de ideas de aquella infeliz, se acabó de liar totalmente al pescuezo el manto desgarrado.

El inquisidor quiso ver si conseguia volverla á su aposento, y se aventuró á decir.

—Anda á tu alcoba, Catalina, pronto te pondrás buena; van á quemar hoy á la hechicera.

—¿Hoy? interrumpió aquella dando un paso y acometida de un vivo temblor, ¿hoy...? ¡mentira...! mi hija no puede morir.

—¡Siempre ese tema! murmuró desconsolado el viejo; y añadió en alta voz despues. Hoy mismo, no tengas cuidado; si no quieres creerme, aqui está Simon que te confirmará mis espresiones. ¿No lo conoces? continuó al ver los ojos de su sobrina que buscaban por todo el cuarto alguna cosa; es Avecilla, el alguacil del Santo Oficio, que va en el momento á disponer la hoguera.

—¡El! ¡él! ¿dónde esta? ¡Oh! ya lo veo, pero no irá.

—¡Don Iñigo! exclamó angustiado Avecilla viendo que se le acercaba la loca, ¡esta mujer deberia estar encerrada!

—¿Tú? prosiguió aquella exaltándose por grados, ¿tú la vas á quemar? ¡miserable, te equivocas! Vive su madre, lo entiendes? su madre que va á impedirlo... porque tengo una hija, existe, me lo ha dicho Fernando; conoces tú á Fernando...? la dueña no la ahogó, y ahora la quiero y tú me la vas á arrebatat? ¡nunca! ¡nunca! ¡Tigre! no te escondas, mi vista te alcanzará á todas partes y despues mis manos que te despedazarán.

—¡Don Iñigo! ¡favor! volvió á repetir el alguacil metiéndose bajo de la mesa; ¡ay, ay! ¡libradme, señor, misericordia!

—No, no la tendrás de mi hijo, continuó del todo furiosa Catalina, y estendiendo sus crispadas manos asió con una fuerza sobrenatural á Simon por la golilla y lo arrastró fuera de la mesa haciendo gestos horrorosos y gritando: ¡Ven acá, infame! no te escaparás de mis uñas! y echándose de golpe sobre el alguacil, que estaba tendido en el suelo, lo sujetó con su cuerpo y empezó á retorcer con extraordinaria ligereza la blanca golilla, que por desgracia era de buen lino y estaban bien pegadas las corchetas.

—¡Socorro! ¡que me.... ahogan! gritó el infeliz sacando la lengua y poniendo en blanco los ojos.

—¡Catalina! exclamó don Iñigo precipitándose sobre ella y pugnando por separarla de Avecilla.

—¡No, no me arrancarán de aquí! dijo resistiéndose y apretando los dientes para dar mas impulso á la mano que retorcía la golilla.

El viejo se cansaba en vano. Sus débiles fuerzas no eran bastantes para separar á Catalina, que rugiendo como una hiena rabiosa, se revolvía sobre el mísero Plumeró.

—¡Hola! ¡aquí de mis criados! ¡pronto! ¡pronto! gritó don Iñigo agitando una campanilla.

Rompíose en este instante la malhadada gola; pero las descarnadas manos de la loca reemplazaron prontamente á aquella, oprimiendo como candentes tenazas el cuello de Avecilla, que ya no respiraba.

—¡Socorro! volvió á repetir el inquisidor.

La dueña y tres criados mas entraron despavoridos con aquel estrépito.

—Separad á esa desgraciada, pronto; va á estrangular al pobre Simon.

Estos ejecutaron las órdenes de su amo, consiguiendo no sin mucho trabajo apartarla del alguacil.

Pero era tarde. Avecilla no tenia movimiento. Su rostro estaba hinchado, cárdeno, con la lengua de fuera. Una cinta roja rodeaba su pescuezo: eran las señales que en él habian impreso las uñas de Catalina.

—¡Muerto! ¡está muerto el desventurado! exclamó tristemente el inquisidor despues de haberlo reconocido.

—Una risa histérica hizo estremecer de espanto á los que se hallaban en la habitacion.

—No, no matará á mi hija, dijo la loca señalando el cadáver y riendo.

—Llevala á su cuarto, volvió á exclamar su tio en extremo apesarado, y que no vuelva nunca á salir de él.

Los domésticos, que miraban atónitos cuanto habia pasado, se llevaron á Catalina, que repetia continuamente las mismas palabras incoherentes que la hemos oido pronunciar.

Don Iñigo las juzgaba efecto de su locura, y no llegó á saber jamás que tenian un verdadero y doloroso significado. Unicamente la dueña Gomez conocia á fondo el valor de ellas, pero se abstuvo siempre de demostrarlo.

Tal fué el fin que estuvo reservado al que se creia con derecho á la inmortalidad, el infatigable perseguidor de herejes y azote de los réprobos, é inquisitorial alguacil Simon Plumerio y Avecilla.

CAPÍTULO XXVII.

Cual fué el lecho nupcial de los amantes de esta historia con lo que se pone término á la misma.

Un gentio inmenso ocupaba desde muy temprano la placeta de Santiago, calle de Elvira, plaza Nueva, Zacatin, calle de Mesones, Duquesa, San Juan de Dios, plaza del Triunfo, estendiéndose despues por el barrio de San Lázaro, al sitio donde estaba el quemadero, el mismo dia de la muerte de Avécilla. Esta era la estacion que habia de cruzar la sentenciada, segun lo dispuesto por el tribunal de la Fe, para que á su justicia se le diese toda la publicidad necesaria.

La noticia de un auto de fe cundió por los barrios de la ciudad, y aunque en aquellos tiempos no era cosa nueva un espectáculo semejante, sabido es el afán que el pueblo muestra siempre por esta clase de *diversiones*, contribuyendo entonces á aumentarlo, el ser la primera persona de esta notable funcion una mujer jóven y bonita y conocida ademas de casi todos los vecinos de Granada.

Al contemplar el bullicio de las calles del tránsito, era imposible creer que hubiese la misma afluencia en la parte de campo próxima al suplicio; por lo que haciendo muchas personas este mismo razonamiento, se dirigian llenas de anhelo al Triunfo, donde quedaban desconsoladas y mas frias que corazón de corchete. La multitud, apiñada por ambos lados en el desembocadero de la calle de San Juan de Dios, formaba una doble carrera engrosada por instantes, que se extendia en dos alas hasta el mismo lugar de la escena. Bien se podria decir que las tres cuartas partes de un pueblo de noventa á cien mil almas iba á presenciar la justicia que el Santo Oficio ejecutaba en la persona de la pobre Violeta.

Negros nubarrones encapotaban el cielo, corria un viento glacial y empezaba á caer una menuda lluvia; pero la gente estaba firme en sus lugares, resuelta á desafiar la cólera de los elementos.

Mas allá del viejo puente del rio *Beyro* hay una esplanada, que era donde se verificaban los autos; en la actualidad (*suple* el día á que me refiero) habian dispuesto un grande tablado, bajo el cual estaban amontonados porcion de carbones á medio encender y leños prontos á encenderse del todo á la menor

señal por varios hombres de siniestra catadura.

A larga distancia de este tablado se elevaba otro de mayor altura donde iba á celebrarse la solemne misa con que debia comenzar el acto.

Sin embargo de la ausencia del infortunado Aveci-lla, que como dijo al de Vargas, le era forzoso cuidar del servicio de la hoguera, estaba tan bien asistida por aquellos satélites, que no se hacia notable su falta.

La lluvia era cada vez mas fuerte y los espectadores empezaban á impacientarse.

—Si continúa lloviendo de este modo no arderá la hoguera aunque le apliquen mas teas que cabezas hay en la estacion, esclamaban unos.

—No haya miedo, decian otros; nunca faltan llamas para los condenados.

—¡Aprieta, aprieta! ¡cómo cae! creo que no se celebrará hoy mas auto que ayer.

—Y es una lástima, despues de habernos puesto como sopas.

La lluvia no cesaba y algunos truenos retumbaban distantes; pero la muchedumbre prefirió calarse hasta los tuétanos primero que dejar de ver siquiera á la condenada.

A las once y media en punto comenzó á salir de la Inquisicion la fúnebre comitiva. Abria la marcha de dos en dos una escolta de carboneros, que tenian el privilegio de asistir á estas ejecuciones por suministrar gratis el combustible de la hoguera; seguian despues los religiosos de la órden de Santo Domingo, que auxiliaban á los reos; á continuacion venia el estandarte de la Fe, acompañado de todos los familiares vestidos de negro; y á alguna distancia detras, la

pobre víctima rodeada de frailes y guardias, cerrando la marcha un grueso piquete de soldados.

Iba Violeta con su hermoso cabello negro, suelto y caído sobre las espaldas, sirviendo como de manto á su rostro angelical, donde estaba pintado el mas profundo dolor al par que la resignacion mas santa. En su cabeza se elevaba la infernal coraza de los réprobos, y la esbeltez de sus formas desaparecia bajo el asqueroso y horrible sambenito sembrado de diabólicos trofeos. Sus manos, cruzadas sobre el seno, eran oprimidas por gruesos cordeles que desollaban su delicada piel.

Al mirar esta linda criatura, de perfecto y peregrino rostro cubierto de tan ridiculos como infames atavios, mas bien parecia una víctima destinada al martirio por los bárbaros enemigos de Dios, que una condenada por aquellos que se nombraban ministros de su justicia.

En este momento caminaban lentamente por la calle de Elvira con direccion á la plaza Nueva.

Mil exclamaciones de dolor salian de la apiñada multitud, desarmada de su indignacion con la vista de la jóven.

—¡Qué hermosa es! decian muchos.

—¡Lástima que sea hechicera!

—Nadie lo diria al mirar su cara.

—¡Y no llora...!

—¡Pobre muchacha!

—¡Qué hermoso pelo!

.

Mientras la gitana era conducida al suplicio, un

hombre al pié del aljibe que estaba junto á la cueva de Violeta *en las Minas* aparecia sentado con la cabeza sobre el pecho y en el mas profundo abatimiento. Era Lara.

Aquella mañana se habia despedido de Fernando sin saber que pensar ni que hacer. Intentar salvarla era imposible. Abil-Malehk no contaba con partidarios. Todos los habia ganado su émulo Abu-Agius. Antes al contrario, peligraba su vida en la ciudad; por consiguiente, dos hombres solos, ¿cómo habian de levantar un motin que era el único modo de libertarla? Sin embargo, Malehk estuvo toda aquella mañana visitando los que se nombraban amigos suyos, y en todos habia encontrado una frialdad que destrozaba su corazon.

Tuvo que desistir de su propósito; pero quiso antes de marchar para las Alpujarras conocer á su hija, su hija que la habia encontrado para verla morir... y de qué modo!

Lara, como hemos dicho, se separó de Abil-Malehk y tomó maquinalmente el camino *de las Minas*. Estaba cual un idiota, sin ideas, sin conocimiento. Cuando llegó al aljibe se sintió desfallecer de tal modo, que cayó al suelo como una masa inerte.

En este instante llegaba el fúnebre acompañamiento á la plaza Nueva, donde empezó á dar la vuelta.

Al pasar por delante de la casa de don Iñigo se abrió de golpe una ventana y apareció en ella una figura espantosa.

—¡Violeta! gritó frenética y haciendo gestos horribles: hija mia, ven... quiero ir contigo... no, no te quemarán!

Y diciendo estas palabras, y antes de que por dentro tuvieran tiempo de sujetarla, se arrojó la desgraciada Catalina desde la ventana, quedando atravesada en las picas y alabardas de los soldados que cerraban la marcha.

En el mismo momento se oyeron gritos de sedicion y unas voces que decian:

—¡Vivan los moriscos! ¡mueran los opresores!

Y lucian multitud de alfanjes. Un sordo murmullo se alzó entre el pueblo que corrió en todas direcciones huyendo del peligro que le amenazaba, confundándose paisanos y soldados y mujeres y moriscos, resultando un desórden terrible y cruel.

Este alboroto era promovido por los partidarios de Abu-Agius, que creyeron buena ocasion aquella para matar á los sospechosos de ser fieles á Aben-Humeya.

La comitiva se deshizo instantáneamente, procurando cada cual poner á buen recaudo su persona. Los piqueros fueron arrollados por grandes masas de pueblo, que apesar de ser recibidas con las puntas de las alabardas, se precipitaban por cualquier lado.

En medio de aquel tumulto hirió una voz los oidos de Violeta que estaba absorta contemplando la ventana por donde se habia arrojado la loca.

—¡Huye, Violeta, huye! dijo Abil-Malehk.

Ligera como una pluma, y aprovechando aquel aviso, corrió Violeta hácia la cuesta de la *Cárcel alta* seguida de su padre que cortó las ligaduras de sus manos; pero un piquete de soldados salió en su persecucion.

—¡Huye, Violeta, huye! repetia Malehk animándola.

La jóven corria... corria cuanto le era posible, mas aquellos no la perdian de vista.

De este modo llegaron á la calle de *Santa Isabel la Real*.

Un pensamiento hirió como el rayo la imaginacion del morisco, que iba tambien detrás de su hija, al llegar á este sitio, resolviéndose desde luego á ponerlo en práctica.

El solo, con ayuda de su espada, podia detener algunos instantes á los soldados; instantes que bastarian para hacerles perder el rastro. Pero la fatalidad habia escogido por víctima á la jóven. Al tiempo de tirar de su hoja tropezó con una saliente piedra, cayendo de bruces al suelo.

Los soldados pensaban que aquel aventurero iba igualmente en seguimiento de la gitana y pasaron por su lado sin hacerle caso alguno.

Cuando pudo levantarse ya no vió á su hija; pero sí á los soldados doblar la esquina de la calle del *Cristo de las Azucenas*.

Violeta llegó á las *Minas* jadeando y cubiertos los piés de sangre; Lara, que de allí no se habia movido, alzó maquinalmente la vista.

—¡Violeta! exclamó levantándose y abriendo los brazos.

—¡Hernando! gritó la jóven arrojándose en ellos.

Los soldados llegaron en este momento á la esplanada.

—¡Date, perra! dijo uno adelantándose á los otros y asiendo por un brazo á la gitana; mas cayó al acto de espaldas á impulso de un tremendo puntillon de Ginés.

—Atravesadlos con las picas, exclamó el jefe del piquete viendo aquella impensada resistencia.

Pero iluminados de una misma idea, los amantes se estrecharon contra el pecho, diciéndose:

—¡Adios, Ginés!

—¡Adios, Violeta! ¡Pronto volveremos á encontrar-nos!

Y se precipitaron dentro del aljibe casi al propio tiempo que iban á ser pasados por las alabardas.

Este fué el lecho nupcial que estaba reservado por el destino á los desventurados jóvenes.

Desde entonces es conocido este aljibe con el nombre de *Aljibe de la Gitana*.

.

Cuando Malehk llegó á *las Minas*, solo oyó el lúgubre y sordo estruendo de las aguas al abrirse para recibir los cuerpos de Lara y Violeta.

—¡Estaba escrito que habia de morir! dijo el morisco despues de haber conocido lo que sucedia en la sorpresa que se pintaba en los rostros de los soldados y el ruido de las aguas. ¡Estaba escrito que no podria abrazarla...!

Y dando gritos de dolor desapareció por el camino de *San Nicolás*.

El alboroto logró sofocarse, como todos los que despues siguieron. El pueblo se retiró triste, mal parado y algo mohino.

La lluvia continuaba sin interrupcion.

FIN.

INDICE.

Dos palabras á guisa de introduccion, prólogo ó prefacio.	5
CAPITULO PRIMERO.—Donde sin preámbulos ni circunloquios se presentan en escena tres de los principales personajes de esta historia, ó hablando propiamente, cuatro.	11
CAP. II.—De lo que aconteció en Granada la noche del 26 de diciembre de 1568, con otras muchas cosas que si se indicaran perderian el atractivo de la novedad.	22
CAP. III.—Que prueba hasta lo sumo lo poco inclinado que era Lara á las aventuras de amor, cosa que no deja de ser estraña aun en aquellos tiempos.	32
CAP. IV.—De como se encontraron dos ministriles en un mismo sitio y con la propia comision, y se refiere el cariñoso coloquio que tuvo lugar entre Avecilla y su tiernisima conyuge.	40
CAP. V.—Trata de la singular batalla que estuvo á pique de trabarse entre el alguacil de la Inquisicion y el de la Chancilleria, y de la negociacion que hubo para que no se verificase, de la que fué víctima el enamorado mancebo.	48
CAP. VI.—Donde Violeta cuenta su historia.	54
CAP. VII.—Quién era el que llegaba á la casa del viejo, y á lo que dió lugar su venida.	63
CAP. VIII.—Se trata de una reunion de moriscos, donde se dejan entrever sus odios y maquinaciones.	70
CAP. IX.—En que se va á la casa de la dama de la celosia, donde se declara un misterio, que aunque lo hayan adivinado algunos, no es razon para que lo dejen de saber todos.	79
CAP. X.—De como es bueno tener muchos amigos, pues si no hacen favores, pueden proporcionar distracciones y siempre es hacer algo.	89

CAP. XI.—Empieza la leyenda del carcelero.—La campana de las tres.	92
CAP. XII.—Continúa la leyenda del carcelero.	100
CAP. XIII.—Concluye la leyenda del carcelero.	111
CAP. XIV.—Donde se prueba que si en aquellos tiempos no se habia compuesto el adagio En nombrando al ruin de Roma, etc. se verificaba al menos.	122
CAP. XV.—De como las saldas mugeriles han tenido siempre influjo con todos los tribunales, gobiernos, potencias, etc. etc. etc.	128
CAP. XVI.—Que manifiesta claramente como del amor al odio no hay mas que un paso y algo menos.	132
CAP. XVII.—De lo que Lara oyó en una callejuela, que á no haberla oido, se veria muy apurado el autor de esta historia para conducirlo á la casa del botánico.	143
CAP. XVIII.—Donde se prueba que el corazon es á veces el principal enemigo de nuestra felicidad.	149
CAP. XIX.—Como salieron falsos los presentimientos de Violeta.	158
CAP. XX.—Que comprueba lo ya dicho sobre la influencia de las saldas mugeriles, de cuyas influencias, si son para el mal, nos libre Dios por los siglos de los siglos.	169
CAP. XXI.—Que para nada hace falta á la novela, por ser enteramente extraño á la misma: franqueza del autor.	180
A mi querido amigo D. José Salvador de Salvador. Epistola agri-dulce... ó lo que sea.	185
CAP. XXII.—Donde suceden tantas cosas, que por escucharse de nombrarlas todas las calla el autor.	198
CAP. XXIII.—El cual sirve como de introduccion á la graciosa historieta que vendrá despues.	209
CAP. XXIV.—Que cumple lo prometido en el anterior, con mas el epilogo, que no deja de tener algo de patético.	218
CAP. XXV.—Donde se vuelve á la plaza Nueva, en cuyo sitio oye Lara lo que hubiera querido ignorar siempre.	321
CAP. XXVI.—Donde se refiere el premio que estuvo reservado al incansable perseguidor de herejes Simon Plumero y Avecilla.	241
CAP. XXVII.—Cual fué el lecho nupcial de los amantes de esta historia, con lo que se pone término á la misma.	251

